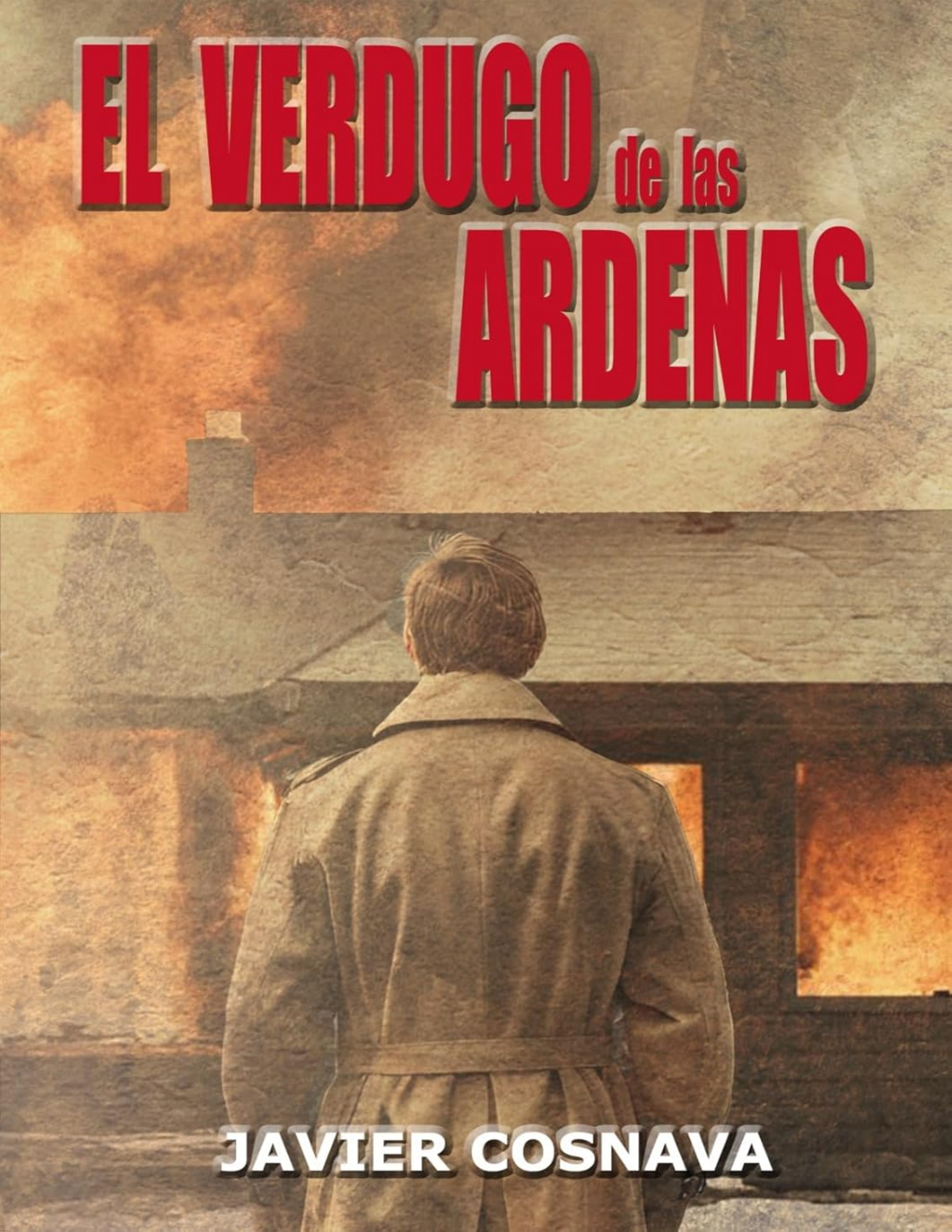
EL VERDUGO de las ARDENAS



JAVIER COSNAVA

Javier Cosnava

EL VERDUGO DE LAS ARDENAS:

El asesinato de Joachim Peiper

Título original: EL VERDUGO DE LAS ARDENAS: El asesinato de Joachim Peiper
© Por Javier Cosnava
© Del diseño de la cubierta: Sofía DeAlma

Primera edición: Julio 2025
Impreso en España
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de
esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en
cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por
fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por
escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede
ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad
en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre
expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición
autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir,
escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para tomar venganza, un hombre se encierra solo y piensa.
Su estómago debe estar vacío para que su cabeza esté llena.
La venganza viene un poco del corazón y mucho de la mente.
Uno debe apartarse del ruido de los hombres y de las cosas,
incluso de lo que se les asemeja;
solo se permiten las voces de las campanas y del trueno.
— Xavier Forneret, en *Sans titre, par un homme noir, blanc de visage* (1838)

PRÓLOGO

Este libro, aunque autoconclusivo, está conectado con la saga *La Segunda Guerra Mundial, la novela* y, sobre todo, con *Asesinato en Mauthausen*.

El protagonista (Otto Weilern), así como otros personajes y situaciones, coinciden, especialmente todo lo relacionado con la batalla de las Ardenas.

Sigo ampliando este universo que tantas alegrías y lectores me ha dado.

Gracias.

JAVIER COSNAVA

LIBRO PRIMERO

Una propuesta

Capítulo 1.

1976. Un empresario demasiado joven.

Otto Weilern aceptó la invitación con la desconfianza de quien ha aprendido a no respetar a los jóvenes demasiado ricos ni las casas demasiado ostentosas, pero sabe que este tipo de relaciones suelen ser lo bastante lucrativas para compensar cualquier molestia.

El empresario (un tal Álvaro de Solís y Marín) tenía veinticinco años, más dinero que gusto y una expresión de fascinación permanente, como si el mundo aún no hubiera tenido tiempo de decepcionarlo.

La casa de don Álvaro Solís, en La Finca, una urbanización madrileña de moda, era un desfile de lujos mal entendidos. Cuadros caros y horrendos (El Bosco, Ensor, Goya… todos presuntamente auténticos, todos seguramente falsos) colgaban junto a esculturas de vidrio pretenciosas y muebles italianos sin alma. Otto los contempló en silencio, mientras se quitaba el abrigo, que el joven anfitrión insistió en tomarle personalmente.

—He oído hablar de usted —dijo Álvaro, guiándolo hacia un salón con chimenea artificial—. Dicen que es discreto, que resuelve lo irresoluble. Que no pregunta lo que no debe.

Otto asintió sin entusiasmo. Ya había oído frases similares en docenas de lugares, algunos mejores que aquel. Lo nuevo era el tono: una mezcla de admiración, nerviosismo y algo que no acababa de tener claro: probablemente estupidez. El muchacho se sentó frente a él, sirvió dos vasos de whisky y, al entregarle uno, lo miró como si fuera una de sus obras de arte, una muy cara y fascinante.

—No quiero incomodarlo —dijo—. Pero también he escuchado rumores más… concretos, por así decirlo. Que usted estuvo cerca de Hitler. Que fue… uno de los suyos… uno de sus hombres de confianza.

Otto no respondió. Observó el fuego artificial titilar en la chimenea y pensó, no por primera vez, que el pasado siempre volvía. No dijo que aquellos años, durante la guerra mundial, habían sido una condena que cumplía a diario. No explicó que nadie que no los vivió

podría entender el silencio, la rabia, la podredumbre que se respiraba en cada rincón del Reich alemán y de toda Europa. Y que cualquier juicio desde la comodidad del presente era poco menos que un mal chiste.

—No soy nazi —continuó el joven, quizá demasiado rápido—. Pero la historia… La historia me fascina. Hitler, las SS… Todo aquello tiene un magnetismo oscuro, ¿no cree?

Otto alzó una ceja. No creía nada, y si lo hacía, había aprendido a no decirlo.

—La historia —dijo al fin, con voz neutra— no necesita nuestra aprobación para continuar ocurriendo.

La frase (que no significaba nada) pareció complacer al joven, que se relamió como si hubieran compartido un secreto. Durante la siguiente media hora, el empresario disertó con entusiasmo sobre uniformes, sobre Himmler y sobre el supuesto arte perdido del Tercer Reich. Otto lo escuchó con la paciencia de quien ha sobrevivido no solo a una guerra, sino a la infinita pedantería de quienes no estuvieron allí.

Entonces, sin transición alguna, como si cambiara de canal en su cabeza de niño rico, Álvaro apoyó el vaso sobre la mesa baja, lo miró con una expresión de intensa concentración y dijo:

—¿Conoció usted a Joachim Peiper?

Capítulo 2.

1976. Poderoso caballero.

Otto decidió ser sincero.

—Sí —confesó, sin bajar la mirada del vaso—. Conocí a Joachim Peiper, y a otros muchos oficiales de las SS. Aunque hace años que no he visto a ninguno.

Álvaro se inclinó hacia atrás, como si estuviera a punto de caérsele la baba y tratase de luchar contra la fuerza de la gravedad.

—¿No sabe lo que le ha pasado a Peiper?

—No. ¿Qué le ha sucedido?

—Está muerto —Álvaro parecía sorprendido—. Lo asesinaron hace casi un mes. En Francia. Lo quemaron vivo en su propia casa.

La noticia no alteró a Otto. Peiper era un hombre con muchos enemigos, y durante décadas había cargado con una historia que no admitía redención. En ciertos círculos, su cabeza seguía teniendo precio. No era sorprendente su ejecución. Lo sorprendente era que hubiese tardado tanto en llegar.

Una sirvienta apareció, silenciosa, con una bandeja de cervezas de importación y cuencos de aperitivos. Otto tomó una cerveza sin entusiasmo.

—¿Qué interés tiene usted en Peiper? —preguntó, girando apenas la cabeza hacia su interlocutor.

Álvaro se acomodó en el sofá.

—Como le he dicho… no soy nazi. Nada más lejos. Pero la historia me fascina. Estoy pensando en escribir un libro sobre Peiper. O quizá sobre los generales del Reich, aún no lo tengo claro.

Otto parpadeó un par de veces. Sabía reconocer una mentira. Aquel muchacho no iba a escribir ningún libro. Y si lo escribía, no era eso lo que le motivaba. Pero le daba igual. Había aprendido hace tiempo que la mayoría de la gente miente. Lo que no miente es el dinero contante y sonante.

—Quiero saber quién lo mató —explicó Álvaro, con un tono intenso, fuera de lugar.

Otto alzó una ceja.

—¿Para qué?

Álvaro lo miró con la expresión del niño que juega a ser mayor.

—Para terminar mi libro, claro —respondió.

Otto había decidido ser sincero, pero Álvaro de Solís y Marín no lo era tanto. Sus ojos, brillantes de una ansiedad mal disimulada, lo delataban. No era simple curiosidad. Se moría por saber el nombre del culpable, por ponerle rostro al asesino. Todo aquello no tenía nada que ver con un libro. Ni con la historia, ni con los generales del Reich. Había otra razón. Pero como Otto sabía que no se la iba a decir, decidió no preguntar al respecto.

—¿Y el dinero? —inquirió, sin rodeos.

Álvaro no dudó.

—El doble de lo que cobre habitualmente.

—Que sea el triple.

—El triple, pues.

Otto lamentó no haber pedido más.

—Es usted generoso.

—Y mucho. Sobre todo con mis amigos.

—¿Siempre que sean discretos?

—Sobre todo en ese caso —reconoció el joven.

Rieron. La tensión se diluyó como un azucarillo (el dinero tiene a menudo ese efecto) y ambos se sirvieron de las bandejas de aperitivos. Había finas láminas de jamón serrano ibérico de bellota, una cremosa terrina de *foie-gras* con un toque de trufa negra, presentada con tostaditas de pan *brioche*, y patatas *soufflé* crujientes que se deshacían al tacto.

Se tomaron su tiempo. La sirvienta iba y venía sin hacer ruido, con una eficacia que solo se consigue cuando se tiene miedo de no parecer perfecta.

—¿Acepta mi propuesta? —dijo Álvaro, limpiándose los dedos con una servilleta doblada con precisión.

—Sí —respondió Otto—. ¿Por qué no?

Álvaro chasqueó los dedos y la criada volvió con una botella de *champagne*. Él mismo la abrió, con un entusiasmo casi infantil.

—Por la verdad —dijo, alzando la copa.

—Y por las investigaciones discretas —añadió Otto.

Álvaro soltó una carcajada que resonó en el salón como un disparo. Otto no rio. Se quedó en silencio, observando el cuadro que presidía el centro de la pared más cercana a la terraza, uno más entre tanto horror decorativo. Era pequeño, casi insignificante al lado de las grotescas obras que lo rodeaban, pero estaba colocado con una precisión reverencial: un paisaje alpino, árboles delgados, una pradera nevada, una cabaña al fondo.

Lo reconoció.

Era una de las obras pintadas por Hitler en su juventud, cuando aún creía que el arte lo salvaría del fracaso… y de sí mismo.

Otto no dijo nada. Solo pensó que era una elección curiosa para alguien que afirmaba no ser nazi.

Capítulo 3.

1944 (septiembre). Una división llamada Leibstandarte SS Adolf Hitler

Treinta y dos años atrás en el tiempo.

Otto Weilern tenía a menudo pesadillas. No solía recordar sus sueños, pero a veces (las peores) sí lo hacía. Aquella noche, el recuerdo regresó envuelto en sudor frío: la Guarida del Lobo: *Wolfsschanze*. El bastión oriental del Führer, encajado en la espesura de los bosques de Prusia como un tumor de cemento. Un complejo blindado, funcional, inhumano. Búnkeres de hormigón con muros de dos metros de espesor, invisibles desde el cielo, cubiertos con maleza muerta que los ocultaba del mundo.

Soñó con pasillos sin ventanas, con puertas que se cerraban solas, con el silencio opresivo de los oficiales esperando una audiencia. Todo estaba ordenado, clasificado, sellado. La humedad subía desde el suelo y olía a moho, a papel viejo, a miedo. Los edificios anexos (salas de operaciones, conferencias, habitaciones sin alma) emergían como apéndices de una criatura subterránea. La fortificación no estaba hecha para vivir, pensó Otto en su sueño, sino para resistir hasta la muerte.

En su sueño (o pesadilla) emergió un día particular, un día cualquiera. Mientras caminaba, el suelo devolvía una tenue reverberación. Otto Weilern paseaba en silencio, las manos cruzadas a la espalda, como un animal de presa que no encuentra rincón donde acomodarse. Frente a él, la puerta del despacho de Adolf Hitler permanecía cerrada.

Otto no encontraba las palabras exactas con las que debía introducir a Joachim Peiper ante el Führer. No se trataba solo de un trámite o de una cortesía militar. Peiper era más que un joven oficial condecorado. Era un símbolo. Un instrumento. Himmler, el todopoderoso jefe de las SS, lo consideraba la personificación de la raza aria.

Lo oyó antes de verlo: pasos firmes, seguros, casi arrogantes, resonando en el pasillo. Joachim Peiper apareció al girar el corredor, impecable. Uniforme de las SS perfectamente ajustado, la chaqueta

ceñida marcando el torso atlético, el rostro limpio y rasurado, el cabello oscuro peinado con una raya lateral impecable. No era rubio, no era "ideal" en lo superficial, pero algo en él irradiaba ese aura que los nazis tanto adoraban. Ese "algo" que no se podía enseñar: una presencia intimidante e irresistible.

—Llega pronto —dijo Otto, consultando su reloj de bolsillo—. El Führer no lo recibirá hasta dentro de media hora.

Peiper asintió, como si esperar fuera parte del protocolo.

—No importa. Así tengo tiempo para fumar uno de estos —respondió, sacando un paquete algo maltrecho de cigarrillos—. Rusos. Los requisé en el frente oriental.

Otto aceptó uno. Lo encendieron en silencio, apoyados contra la pared, sin prisas. El humo subía en espirales discretas. Durante unos segundos, no fueron el asistente de Hitler ni el oficial de las SS, sino simplemente dos hombres compartiendo un instante de tregua a sus obligaciones.

—Dicen que la *Leibstandarte* es la élite de la élite —comentó Otto, observando el humo disolverse—. Debe de ser una sensación peculiar… servir en una división de combate tan famosa.

Peiper sonrió con un brillo opaco en los ojos. El cigarrillo aún colgaba de sus labios.

—También debe de ser una sensación peculiar estar tan unido al Führer.

Otto era el Asistente General de Hitler, lo que en terminología militar a menudo se denomina edecán. Compartía su puesto con otros colaboradores, asistentes y ayudas de cámara, gente como Otto Günsche, Heinz Linge o Gerhard Engel, que asistían a Hitler en mil tareas cotidianas y de protocolo. Pero a él le habían añadido el adjetivo "general", como si su misión fuese superior. O acaso solo era para diferenciarlo del resto.

—Nada comparado con servir en el frente —dijo Otto, tratando de halagar a un hombre al que le gustaba ser halagado.

—Puede que tenga razón —reconoció Peiper—. Porque la *Leibstandarte*... no es una división más. Fue el sueño del propio

Führer. Todo comenzó con apenas ocho hombres, en los tiempos en que el Partido aún estaba en pañales. Julius Schreck fue su primer guardaespaldas. Un fanático maravilloso, igual que todos nosotros. Igual que yo. La misma devoción absoluta.

Otto lo observó de soslayo hincharse como un pavo y añadir:

—La SS tomó forma con ellos. Después, el símbolo de las runas, la calavera en la gorra. Pura estética del poder. Pura obediencia. Nosotros no vinimos al mundo a obedecer las leyes civiles. Vinimos a reescribirlas. A ser la ley.

Otto exhaló lentamente el humo por la nariz.

—Ya veo.

—La *Leibstandarte* fue siempre la punta de lanza —prosiguió Peiper—. Reocupamos el Sarre, marchamos en Austria, tomamos *Sudetenland*, y después vino Polonia. Allí ya no quedaban dudas: éramos una fuerza aparte. Leales solo al Führer. No al ejército, no a los políticos. Solo a él. En Zloczew… —se interrumpió un instante, como si saboreara el recuerdo—. Quemamos todo. Casas, tiendas, incluso iglesias. Un pueblo menos, un mensaje claro. Ni uno solo de los hombres de la Leibstandarte dudó.

«Después, en Francia, fuimos como una guadaña. En Wormhout, no sabían ni qué los había alcanzado. Les habíamos prometido honor de combatientes, pero lo que les dimos fue justicia SS. ¿Qué sentido tiene un prisionero cuando el Reich necesita espacio? Ochenta británicos menos. El mundo no se detuvo.»

Peiper encendió otro cigarrillo.

—No es crueldad. Es eficacia. Somos la columna vertebral del nuevo orden.

Otto puso los ojos en blanco.

—Ya veo —repitió.

—Porque cuando luchamos no lo hacemos solo por una victoria —añadió Peiper—, sino por el eterno deber racial…

Pero el Asistente General ya no escuchaba. Sabía perfectamente lo que venía después: propaganda nazi. Por desgracia, Otto lo había visto muchas veces en los últimos años en otros oficiales que, como

él, eran "fanáticos maravillosos". Aunque Otto no hubiese utilizado la palabra "maravilloso" para definirlos.

—La grandeza del Reich está en sus hombres de la SS. No hay ejército comparable. Ni en disciplina, ni en voluntad, ni en pureza…

Pureza. La palabra zumbó en la cabeza de Otto como un mosquito.

Pensó en Himmler. En la primera vez que se acercó a un joven Peiper de rostro perfecto, con los cabellos oscuros y los ojos entornados por la seguridad de quien se sabe observado con admiración. Tenía diecinueve años, y Himmler ya lo había marcado a fuego. Lo tomó bajo su ala como si hubiese encontrado un hijo legítimo que la historia le debía.

—…nos preparamos para Inglaterra. Entrenamiento anfibio en el Báltico. ¡Imagínese, la élite de Europa cruzando el canal como los romanos antiguos! —seguía Peiper, encendido, los ojos chispeando por su propio relato.

Otto giró la cabeza lentamente hacia él. Asintió. Solo un poco.

—Ya.

Pensaba en Himmler. Pensaba en cómo, desde aquel primer encuentro en 1934, había elegido a Joachim Peiper como a un objeto de colección. Le ofreció un camino rápido, sin pruebas, sin espera. Lo empujó directamente a la escuela de oficiales, lo nombró su adjunto personal, lo rodeó de poder, de secretos, de muerte.

Y Peiper aceptó. Con entusiasmo. Con la sonrisa orgullosa del que cree que lo merece todo por derecho. Dejó que lo convirtieran en herramienta. En ejecutor. En reflejo fiel del *Reichsführer*, del jefe de las SS.

—…y cuando regresé de Francia con la Cruz de Hierro de primera y segunda clase, Himmler me compró dos coches franceses para mi uso personal —seguía Peiper, ajeno a que no lo escuchaban.

Otto pensaba en que el verdadero regalo de Himmler no eran coches, ni medallas, ni ascensos. Era la impunidad. La total y calculada liberación de la conciencia. Lo había moldeado como se moldea una bala: fría, brillante, exacta. Y mortal.

—…las SS no son un ejército cualquiera. Es una orden. Un credo.

Nosotros no combatimos solo con fusiles —dijo Peiper, inflando el pecho—, combatimos con visión, con destino. Con voluntad.

Joachim Peiper no era nazi por convicción, ni un creyente en la causa. No necesitaba eso. Solo necesitaba la guerra. El permiso para matar. La admiración de su maestro. Y la posibilidad de seguir haciéndolo.

—…y lo que más admiraba Himmler de mí era mi voluntad. Nunca temblé. Ni lo haré.

Otto bajó la mirada. Pisó la colilla. Dijo, como si respondiera a algo:

—No lo dudo.

La puerta del despacho del Führer se entreabrió en ese momento.

—Pase, *SS-Obersturmbannführer* Peiper —dijo Otto, pensando en la rocambolesca forma en que las SS llamaban a un teniente coronel.

Abrió la puerta con lentitud ceremonial, apenas un gesto del brazo, el justo para indicar la entrada.

Peiper asintió con un leve movimiento de cabeza. La rigidez de su espalda contrastaba con la fluidez arrogante de sus pasos.

—A sus órdenes, Asistente General Weilern —respondió con tono firme, marcial, impregnado de esa seguridad altiva que le era natural.

Llevaba el uniforme perfectamente abotonado, la Cruz de Hierro visible, el brillo justo en las botas altas. Entró sin dudar, como si le pertenecieran el espacio, el momento y hasta la conversación que aún no había comenzado.

Capítulo 4.

1976. Fuego

Otto estaba de pie frente a lo que quedaba de una casa. La estructura estaba calcinada. El tejado había cedido por completo, y los muros exteriores apenas se sostenían. El fuego había lamido cada rincón con saña, dejando a su paso una geometría retorcida de madera negra y metal fundido. Unas ortigas crecían junto a los restos, indiferentes.

Traves era un pueblo pequeño, escondido entre colinas boscosas del departamento de Alto Saona, al este de Francia, no lejos de Vesoul. La carretera que lo cruzaba era estrecha y poco transitada. Había casas de piedra, muchas cerradas, y jardines mal cuidados. El lugar parecía detenido en el tiempo.

Otto se detuvo al borde del camino. La casa estaba al final de un sendero de tierra, medio oculta entre árboles. El terreno descendía ligeramente hacia un arroyo, y a lo lejos se intuía el curso del río Saona.

La voz llegó desde su espalda, seca y con un acento entre francés y español.

—Se mudó aquí con su esposa —dijo el desconocido—. Fue alrededor de 1971, hará cinco años. Construyeron esta casa ellos mismos. La llamaban *Le Renfort*, que viene a significar en francés "refugio" o "un punto de encuentro seguro", lo que no deja de ser una ironía, ¿no cree?

Otto se giró despacio, sin sobresaltarse. Un hombre de unos cuarenta años, delgado, con gafas y un sombrero de ala corta, lo observaba con expresión neutra.

—¿Y usted es?

—Antoine Santos, un amigo de don Álvaro.

Otto frunció el ceño, irritado.

—No necesito una niñera.

Antoine se encogió de hombros.

—No es usted quien decide lo que necesita.

Durante unos segundos se miraron en silencio. Otto evaluaba a su

adversario. El otro, simplemente esperaba. Como si supiera que, más tarde o más temprano, todo acabaría ocurriendo según lo previsto; es decir, lo ordenado por su jefe.

La brisa movió las hojas de los árboles; el olor a ceniza vieja seguía flotando en el aire.

—Haz lo que quieras —dijo por fin Otto—. Vigílame en la distancia o márchate. Pero yo trabajo solo.

—Eso me han dicho —respondió Antoine Santos, con voz calmada —. Pero créeme… más temprano o más tarde, necesitarás mi ayuda.

Otto no dijo nada. Caminó hacia su coche, aparcado unos metros más arriba, entre árboles frondosos y la grava suelta del camino rural. El capó aún estaba caliente. Se detuvo junto a la puerta y echó una última mirada a los restos humeantes de lo que había sido *Le Renfort*.

—Traves tiene menos de trescientos habitantes —dijo Antoine, alzando la voz para hacerse oír—. No es precisamente el tipo de sitio donde uno esperaría encontrar la vivienda de un exoficial de las SS.

Otto se apoyó en el techo del coche.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en los pueblos pequeños todo el mundo se conoce, y todo se sabe —respondió Antoine—. Es más fácil pasar desapercibido en las grandes ciudades. En lugares como este… esconderse es casi imposible. Las habladurías son peores que la peste cuando alguien intenta ocultarse.

«Además, aunque Peiper no participó personalmente en masacres dentro de Francia, hubo varios episodios atroces cometidos aquí por unidades alemanas. Y la memoria, aquí, no es corta.

Otto se frotó la nuca.

—Peiper no tenía miedo. Ni de la gente, ni del pasado. Ni siquiera de la muerte.

—¿De verdad? El jefe me ha dicho que lo conocías bien. Pero me cuesta entender esa actitud tan… temeraria. Casi suicida. Ni él ni su esposa, Sigurd, cambiaron sus nombres.

—Peiper jamás se habría escondido tras un nombre supuesto. No

creía haber hecho nada malo. Al contrario: presumía de ello.

Antoine se cruzó de brazos.

—Ya veo… Pero quizá debería haber tomado precauciones. No hacerlo es lo que lo llevó a acabar calcinado… y cosido a balazos.

Otto abrió la puerta del coche y se sentó. Miró por última vez la casa destruida y pensó que, aunque Antoine tenía razón, Peiper no habría actuado de otra forma. Nunca. Era demasiado orgulloso.

—Hueles bien.

Se volvió, sobresaltado. Al otro lado de la ventanilla del acompañante, pegado al cristal con la nariz aplastada contra el vidrio, había un hombre de unos cincuenta años. Iba mal peinado, con un jersey de lana pasado de talla y pantalones de trabajo manchados de barro seco. Su expresión era curiosa, abierta, y en sus ojos había una mezcla de inocencia y desconexión. Movía los labios antes de hablar, como si necesitara ensayar las frases por dentro.

No lo había oído acercarse. Por segunda vez en un solo día, alguien había logrado aparecer a su espalda sin que lo notara. Le preocupó. O estaba perdiendo facultades, o su cabeza no estaba donde debía. En cualquier caso, no le gustaba.

—¿Qué has dicho? —preguntó, bajando apenas la ventanilla.

—Hueles bien —repitió el hombre, con una sonrisa—. Hoy hueles bien.

Desde la zona de la casa calcinada, Antoine se acercaba a paso rápido, con cara de fastidio.

—¿De qué habla ese tipo? ¿Qué quiere? —preguntó.

Antes de que Otto pudiera responder, el hombre se adelantó con entusiasmo:

—¿Hoy has comido? —le dijo a Antoine—. ¿Qué has comido? Estás fuerte. Has comido bien, ¿eh?

Se acercó más a él, casi invadiendo su espacio personal. Antoine no tuvo paciencia.

—Calla, retrasado.

Le empujó con brusquedad en el pecho. El hombre trastabilló, cayó de espaldas en la grava y soltó un pequeño gemido. No pareció

dolerse. Se levantó de rodillas, luego a gatas, y se arrastró hacia Antoine con insistencia infantil.

—¿Qué has comido? —repitió, como si esa fuera la única pregunta que mereciera respuesta.

Antoine levantó el puño. No era un gesto simbólico ni un amago: iba a golpearle. El hombre seguía en el suelo, mirándolo con la boca entreabierta, como si no entendiera del todo lo que estaba pasando.

—¡Eyyy! —gritó Otto, desde el coche.

La voz fue un aullido seco, cargado de rabia. Antoine se detuvo.

—Si le tocas con esas manos —dijo Otto, saliendo del coche—, no tendrás dedos con los que tocar a nadie nunca más en tu vida. Te aplastaré cada una de las falanges. Una por una. Te lo prometo.

Antoine compuso una expresión burlona.

—Vaya, vaya… El gran defensor de los débiles. No esperaba eso de ti. ¿No ves que es un subhumano? Solo es un idiota cuya vida no tiene valor.

Otto se quedó inmóvil. No había oído esa palabra (*subhumano*, *Untermensch*) desde la caída del Reich. Tampoco la otra expresión, casi idéntica: "vidas sin valor". Los nazis hablaban de "seres cuyas vidas no merecen ser vividas". Palabras que Otto conocía de memoria, que había escuchado de bocas de algunos de los criminales más deleznables de la historia.

—Es cierto —reconoció Otto— que estoy viendo a alguien cuya vida no tiene ningún valor. Pero no es ese tipo, precisamente.

Antoine sonrió con los dientes apretados y soltó al hombre del jersey gris. El otro se apartó sin decir nada, gateó unos pasos hacia atrás, se levantó con dificultad y comenzó a alejarse por el camino de tierra.

Otto esperó a que se perdiera entre los árboles. Luego volvió al interior del coche, cerró la puerta con fuerza, encendió el motor y pisó el acelerador a fondo. Las ruedas levantaron piedras y polvo mientras el vehículo desaparecía por la primera curva, dejando atrás la casa calcinada, a Antoine y a su propia rabia contenida

Capítulo 5.

1944 (julio). Esperando la llegada de un hombre que pudo cambiarlo todo

Parecía un día más. Tenía que parecerlo: un día más en la Guarida del Lobo. Pero no lo era.

Otto recibió la orden, una petición del Führer en persona: "Resumen breve de las últimas acciones de Joachim Peiper".

Y él obedeció, claro. Siempre lo hacía. Había redactado en su cuaderno más de 10 páginas y las repasaba mentalmente por si Hitler pedía un informe verbal.

"Unidades bajo el mando de Peiper ocuparon los asentamientos de Yefremovka y Semyonovka en el sector oriental. Tras el ataque hostil a una aeronave que transportaba altos oficiales de las SS, en respuesta a dicha agresión, Peiper dirigió una operación de disuasión ejemplar contra los focos de resistencia local. La operación concluyó con el asesi… la erradicación (no, no debía decir asesinato delante del Führer) **de elementos potencialmente vinculados al sabotaje. Estas acciones tuvieron un efecto inmediato en la disminución de ataques partisanos en el sector."**

Otto dobló una esquina y se detuvo ante un ventanal. El bosque detrás de la Guarida parecía inmóvil, como congelado en ámbar. Recordó los ojos de Peiper: brillando con seguridad fanática. En su informe, no olvidaba sus hazañas en el frente ruso, pero tampoco dejaba de lado sus excesos.

"Durante la contraofensiva alemana en la región de Járkov, Joachim Peiper, al frente del III Batallón del 2.º Regimiento Panzergrenadier, ejecutó un avance decisivo de más de 50 kilómetros para liberar a fuerzas alemanas rodeadas de la 320.ª División de Infantería. Al descubrir la masacre y mutilación de camaradas capturados, Peiper procedió a eliminar cualquier presencia hostil en el sector, incluyendo centros logísticos y núcleos civiles utilizados como escudos por los partisanos (es decir, que había asesinado a un gran número de civiles, implicados o no en la masacre, cosa que tampoco pensaba decir a Hitler)."

Miró su reloj otra vez. Casi la hora. Encendió un cigarrillo. El

humo le ayudaba a pensar y a disimular su nerviosismo. Le importaban poco Peiper y sus "hazañas" en ese momento. Había otras cosas en juego.

Otto tragó saliva. Faltaban solo minutos. Caminó hacia el extremo del pasillo, giró en seco y volvió sobre sus pasos con la frente perlada. El reloj marcaba la hora.

"Este acto de represalia demostró su compromiso con la moral, la justicia militar y la erradicación de subhumanos y de seres cuya vida no merece ser vivida. Se le ha concedido la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y Espadas."

Y luego terminaría su informe relatando que Joachim Peiper estaba temporalmente fuera de servicio por enfermedad, aunque se iba a reincorporar en breve.

Se detuvo ante una puerta cerrada. Había olvidado el informe Peiper; ahora eso era lo de menos. El hombre al que esperaba no llegaba. Escuchó sus propios latidos, presa de la excitación. Una figura cruzó el pasillo, a lo lejos. No era él. No aún. La figura dobló una esquina y desapareció.

Otto cerró su cuaderno. Lo metió dentro del abrigo.

Y entonces lo vio.

El oficial avanzaba por el pasillo. Llevaba un parche sobre el ojo derecho, el cabello oscuro peinado hacia atrás, la expresión decidida. La manga izquierda colgaba vacía: le faltaba un brazo.

Otto murmuró:

—Stauffenberg.

Había llegado el momento de la verdad.

Capítulo 6.

1944 (julio). Un atentado

Stauffenberg no era un magnicida, un asesino ni un terrorista: era un organizador. Pudo matar a Hitler el día once de julio de 1944 en la Guarida del Lobo. Llevaba la bomba: debió matarlo. Pero puso como excusa (sobre todo ante sí mismo) que Himmler y Goering no estaban presentes. Cuatro días después, la excusa fue que no podía salir del búnker y no quería suicidarse. Necesitó armarse de valor una vez más y alcanzar el estado de ánimo suficiente. El día veinte estaba listo. O eso quería creer. Aunque lo cierto es que, si le obligaban a quedarse en el búnker, no pulsaría el botón de la bomba.

No quería morir. Quería pasar a la historia. Y ver con sus propios ojos cómo era entronizado como el legítimo salvador de Alemania.

Y para eso debía seguir vivo.

Así que el veinte de julio de 1944 tampoco estaba claro que la bomba que llevaba en su maletín fuese a estallar. De cualquier forma, provisto de la determinación suficiente para cumplir su cometido, Stauffenberg salió de su casa junto al lago Wannsee. Luego se subió a su coche oficial, que lo llevó hasta el *Junkers 52* que lo trasladó hasta Rastenburg en un vuelo de algo menos de dos horas.

Llegó a la Guarida del Lobo a las diez y media de la mañana para asistir a la *Lagebesprechung*, o reunión sobre el estado de la guerra. Pasó los cuatro controles preceptivos, atravesó los altos muros, las alambradas y todas las medidas de seguridad. Respiraba con dificultad, nervioso, preocupado.

Hacía un calor sofocante.

Su chófer y hombre de confianza, Hans-Bernd von Haeften, le informó de un problema inesperado:

—El búnker donde tenía que celebrarse la reunión no está terminado y hace demasiado calor. Hitler ha ordenado que la reunión tenga lugar en una de las cabañas y que se abran las ventanas para ventilarla.

En aquel momento debería haberse cancelado el atentado. De

hecho, de las tres intentonas de Stauffenberg, esta era la única en la que tenía una excusa real para cancelarla. Porque dentro del búnker, la onda expansiva, al rebotar contra las paredes de hormigón, mataría con seguridad no solo al Führer, sino al resto de los reunidos. Pero en una cabaña de madera, con tres grandes ventanales abiertos, la onda expansiva sería mucho menor. De hecho, era imposible estar seguro de que Hitler moriría.

Pero Stauffenberg sabía que, desde su primer intento fallido, varios de sus amigos conspiradores habían sido trasladados. Era lo normal. Los mandos militares en tiempo de guerra varían mucho sus funciones.

El caso es que ya no controlaba algunos puntos clave, destacamentos, guarniciones… que debían alzarse en armas en el momento en que el Führer hubiese muerto.

No podía retrasar el atentado otra vez. Además, no sabía si tendría el valor para hacerlo en cualquier otro momento. Llevaba días autoconcienciándose de que había llegado la hora. Así que era la hora.

Hoy mataría a Adolf Hitler. No le quedaba más remedio.

Capítulo 7.

1944 (julio). Un atentado fallido

Una de las secretarias pasó junto al roble donde Stauffenberg desayunaba, sentado en el suelo junto a su chófer. Ella solo vio a dos oficiales que esperaban a que comenzase una reunión y procuraban parecer alegres y distendidos, como si fuese un día más y no el momento más importante de sus vidas.

O tal vez ni siquiera los viera. Iba con otras trabajadoras del complejo a pasar un rato al lago Moysee. No se fijó en nadie. Hacía un día maravilloso y se bañaron, y tomaron el sol.

Regresaron de muy buen humor.

Cuando llegaron a los búnkeres de la Guarida del Lobo, vieron al entrenador de Blondi, el sargento primero (*Feldwebel*) Fritz Tornow, haciendo correr al animal para luego refrescarlo con un cubo de agua. La perra de Hitler corría y corría en círculos, esquivando los chorros de líquido, y la secretaria soltó una carcajada.

Para ella, la guerra quedaba lejos; el sufrimiento de la población alemana, también. Vivía en una burbuja, lejos del mundo real, de las calles bombardeadas y los padecimientos del pueblo. Cuando Hitler debía visitar alguna ciudad, su tren personal, el *Amerika*, iba con las ventanas bajadas para no ver el paisaje desolado, el país destruido que habían dejado los bombardeos. Lo mismo pasaba cuando cogían un coche: las ventanillas iban bajadas para preservar la imagen de una Alemania que ya no existía.

Y esa era la razón por la que el ambiente en la Guarida del Lobo era excelente. Allí no había miseria ni destrucción, solo camaradería. Y, por encima de todo, sobrevolando el conjunto, se hallaba el Führer, soberano de todos ellos, tratando de salvar al país del bolchevismo ruso y las plutocracias occidentales.

Pero la bomba lo cambió todo. La secretaria pensó que los soldados estaban haciendo un ejercicio de defensa aérea, lo que era común y tenía lugar periódicamente. Pero, al poco tiempo, se oyeron chillidos, voces que pedían un médico. La muchacha se asomó y vio a Otto Weilern, de pie, mirando hacia la cabaña donde estaba

reunido el Führer y el resto de oficiales.

—¿Pasa algo?

Otto la miró.

—No te preocupes. Ha habido una explosión. Pero todo está bien.

—¿Qué tipo de explosión? Déjame pasar. Quiero ver lo que está sucediendo.

El Asistente General no contestó, pero, ante su insistencia, la acompañó hasta la cabaña, de la que salía humo. Estaba parcialmente destruida, y por todos lados había trozos de madera, vigas y un polvo denso que hizo que la secretaria se tapase la nariz.

—Será mejor que se marchen las señoritas —dijo Günshe, otro de los asistentes del Führer, que tenía sangre en la cara, aunque parecía un arañazo superficial.

La joven se volvió y descubrió que tres de sus compañeras estaban tras ella.

—¿Pero el Führer está bien? —preguntó.

Jodl y otros oficiales salían en ese momento de la cabaña con manchas escarlatas en sus uniformes, en el cuello o en las manos. A otros los llevaban en volandas porque no podían caminar. Comenzaron a llegar médicos y sanitarios.

—Estoy bien, querida —dijo alguien detrás de Günshe—. Gracias por preocuparse.

Aquella voz dulce solo podía ser la de Adolf Hitler. La joven casi se echa a reír al ver los pantalones desgarrados hasta casi los calzoncillos y el cabello de punta y lleno de esquirlas de madera. Adolf tenía un brazo inmovilizado y le colgaba a un lado como un peso muerto. Nunca recuperaría del todo el control de aquella extremidad.

—La Providencia me ha salvado —dijo entonces el Führer en voz alta, para que todos le oyeran—. He sobrevivido a la explosión. Me ha caído una viga encima, pero sigo aquí, indemne. El destino quiere que siga al frente del Reich porque solo yo puedo acabar con la hidra soviética. Debo enseñar a las potencias occidentales que ese es el verdadero peligro. Y lo haré. Alemania ganará la guerra y

construiremos un mundo nuevo.

Otra de las secretarias se puso a aplaudir, pero se detuvo al ver que estaba sola en el aplauso.

—Hay que descubrir quién está detrás de esto —dijo Hitler, mirando directamente a Otto Weilern, su hombre de confianza—. Quiero en el paredón a todos los conspiradores. Y a sus esposas, a sus hijos y hasta a sus vecinos. Los quiero muertos o metidos en un campo de concentración. ¿Está claro? ¡Hasta el último de ellos!

El Asistente General Weilern miró al Führer largamente. Por fin, dijo:

—Así se hará.

LIBRO SEGUNDO:

Varios sospechosos

Capítulo 8.

1976. Los Vengadores.

Otto aparcó a dos calles del local, en una callejuela con farolas bajas y casas de una sola planta. La fachada del edificio era anodina, sin rótulo oficial. En la puerta se leía: *Centre d'Action Sociale Populaire*. Nada demasiado visible. Pero todo el mundo sabía que era el lugar de reunión de los comunistas del pueblo.

No estaban afiliados a ningún partido. Para ellos, el Partido Comunista Francés era una marioneta más del sistema. Se consideraban autónomos, libertarios, marxistas sin doctrina cerrada, herederos ideológicos de la resistencia pero también de la desilusión.

Otto entró sin saludar. Había tres hombres en el interior, sentados en torno a una mesa con papeles, ceniceros y vasos de vino barato. Uno era delgado, con barba negra y gafas redondas; otro, calvo y con un jersey raído hasta los codos; el tercero, joven, moreno, con una camisa militar sin insignias. Miraron a Otto con recelo, pero no dijeron nada.

Se sentó con calma.

—Voy a contaros una historia —dijo, mirando al más viejo—. Imagino que os gustan las historias. Peiper vivía tranquilamente en vuestro pueblo hasta hace dos años. Un día, un veterano de la Resistencia lo reconoció en la calle y avisó al Partido Comunista Francés.

—Nosotros no somos del partido —dijo el del jersey raído, sin levantar la voz.

—Pero sois comunistas.

—Libertarios —matizó el de las gafas—. El partido está vendido desde los años cincuenta. Solo sirven al Parlamento y al oportunismo. No tienen nada que ver con nosotros.

Otto exhaló con fuerza.

—Bien… seáis lo que seáis, imagino que estáis al tanto de lo que ocurrió luego. Empezaron a aparecer panfletos por el pueblo. Notas anónimas, pintadas. Señalaban a Peiper como criminal de guerra. Hablaban de sus acciones en Bélgica, en Italia. De su tiempo en las

SS.

—No sabemos tampoco nada de eso —dijo el del jersey, encogiéndose de hombros.

Otto los miró, uno a uno. Mentían. Pero al menos lo hacían con convicción.

—Tampoco sabréis, entonces —dijo Otto, sin moverse de su silla —, que el diario comunista *L'Humanité* publicó un artículo exigiendo la expulsión del nazi Peiper de Francia. Lo acusaban de crímenes de guerra y, de paso, daban su dirección exacta.

Los "libertarios" no dijeron nada. Ni un gesto. Solo se miraron de reojo y comenzaron a rodearlo. El joven de la camisa militar se levantó primero, tirando al suelo su taburete de una patada. Luego el de la barba. Por último, el calvo, más lento, más torpe, pero no menos hostil.

El más joven dio un paso más y escupió cerca del zapato derecho de Otto.

—Alemanes. Sois todos iguales.

Otto ignoró la provocación. Hablaba a la perfección español y francés, pero tenía un acento claro y reconocible. Dijo entonces:

—Tampoco sabéis nada, supongo, de las pintadas contra Peiper, ¿no? Ni de las esvásticas que aparecieron en las paredes del pueblo. Algunas incluso en su casa. Grandes, rojas, con insultos.

—No —respondió el de las gafas.

—Vaya, no sabéis gran cosa —replicó Otto, sin perder el tono—. Y yo que os tomaba por tipos listos.

Los tres ya lo rodeaban. Una sensación ominosa flotaba en el aire. En el local no había nadie más, y desde la calle no se escuchaban pasos.

—Yo, si fuera tú, me iría cagando leches —dijo el joven, entre dientes.

—Pero yo no soy tú —contestó Otto, mirándolo con frialdad—. Si tuviera tu cara de idiota, creo que no soportaría seguir viviendo.

Un silencio. Breve. Suficiente.

Otto vio el destello fugaz de metal en el puño del de la barba: un

puño americano, medio oculto bajo la manga. Entonces, sin brusquedad, Otto llevó una mano a la sobaquera, rozando la culata de su pistola, sin sacarla. No hizo falta. Los tres lo notaron al instante.

Retrocedieron, sin mirarse entre ellos.

—No sabemos nada —repitieron a la vez, como si ensayaran una línea de un diálogo teatral.

—Eso ya lo habéis dicho. Y mirad, os creo. Ahora que os he mirado con atención, tengo claro que sois tontos de remate. Pero me pregunto si tenéis amigos más listos que vosotros… unos que se hacen llamar "los Vengadores".

»Porque esos "Vengadores" —añadió Otto con voz pausada— llamaron por teléfono a un periódico de París para adjudicarse el asesinato de Peiper. Dijeron que habían ejecutado a un ex coronel de las SS por su responsabilidad en matanzas y crímenes de guerra en suelo francés. ¿Os suena?

—No hemos oído hablar de esa gente —respondió uno de ellos.

Otto se levantó. Ya estaba harto de aquella gente. Sacó la pistola de su funda y golpeó al calvo en la sien con la culata: el hombre cayó hacia un lado, gimiendo. Luego se giró, y al delgado de las gafas le propinó una patada seca entre las piernas. El impacto fue sordo y limpio; cayó de rodillas al instante. El joven trató de retroceder, pero Otto ya estaba sobre él, con el arma apuntando directamente a su cara.

—Estoy empezando a hartarme de oíros decir "no". Odio los "no". Me cabrean. ¿Entiendes?

Le metió el cañón en la boca.

—Pe… pedo… es pe…

No podía hablar, solo farfullar. Otto sacó la pistola de entre sus labios.

—¿Cómo dices?

—Pero es que… es verdad… no sabemos…

La bofetada fue rápida, brutal.

—Respuesta incorrecta.

—Le juro que no…

—¡Incorrecta!

Otra bofetada. Le volvió a meter la pistola entre los dientes, esta vez con más fuerza. El joven gimió.

—Voy a volver de visita, amigos "libertarios". Pronto. Un día de estos. Y quiero que hayáis preguntado a todo el mundo. Por el pueblo, por donde sea. Si existen esos "Vengadores", quiero saberlo. ¿De acuerdo?

El joven asintió despacio, con la boca aún ocupada en lamer el metal.

—Bueno, pues tenemos un trato.

Los otros dos seguían fuera de combate. Uno se retorcía en el suelo; el otro parecía dormir y sangraba por la oreja. Otto caminó hasta la puerta sin darse la vuelta, guardando el arma bajo la chaqueta. Salió al exterior y respiró hondo. El aire era más frío que antes.

A unos metros, apoyado en una farola, Antoine lo observaba. No hizo gesto alguno y Otto no le dirigió palabra.

Subió al coche, encendió el motor y se fue.

Capítulo 9.

1944 (julio). La ira del Führer.

Los días, semanas y meses que siguieron al atentado fueron terribles en la Guarida del Lobo. Hitler chillaba, bramaba a los cuatro vientos:

—¡Traidores, cobardes, parásitos infiltrados en el corazón del Reich!

El aire se había vuelto irrespirable. Cada oficial era mirado con recelo. Nadie dormía. Nadie hablaba más de lo necesario. Pero Otto Weilern quedó al margen. El Führer jamás lo señaló. Nunca fue llamado a declarar, ni vigilado, ni siquiera observado con sospecha. Hitler confiaba en él, con la certeza ciega que solo reservaba a los hombres que consideraba extensión de su propia voluntad. Otto era, para todos, el Asistente General, un hombre fiel, un apéndice perfectamente engrasado en la maquinaria del poder. Mientras Stauffenberg y los demás conspiradores eran detenidos, fusilados o colgados como traidores, Weilern se mantuvo en silencio, como si aquel estallido no lo hubiera rozado ni por dentro ni por fuera. Y, en cierto modo, así era.

—¡Me voy a vengar de esos malditos! ¡Los voy a borrar de la faz de la Tierra! Ya lo veréis —gritaba a diario Hitler.

Y luego se enfrascaba en uno de sus largos discursos. Pero, en lugar de los temas habituales, como la arquitectura, la historia militar (y en particular Federico el Grande), la literatura, la filosofía, la sociología, todo ello mezclado desde su tamiz de diletante… en lugar de todo eso, un nuevo tema era el eje de sus razonamientos: las represalias que iban a caer sobre los traidores dentro del ejército. En una palabra: la venganza.

—Tienes que hablar con el jefe —le decían a Otto otros oficiales, incluso gente de su círculo más íntimo.

El Asistente General respondía:

—¿De qué queréis que le hable?

—Nos gustaría que lo serenases. Hemos visto la influencia que ejerces sobre él. Ahora mismo está fuera de cont… bueno, como si

estuviera desqu… No es el de siempre.

Nadie se atrevió, como es lógico, a decir que estaba "desquiciado" o "fuera de control", pero lo cierto es que Hitler estaba completamente fuera de control y hacía mucho tiempo que estaba desquiciado.

Tras el atentado, la actitud del Führer se transformó. Siempre había sido posible razonar con él (hasta cierto punto, al menos), pero ahora pedía a los generales victorias imposibles, soñaba con reconquistas inimaginables de territorios en el frente oriental y occidental, y se mostraba más irascible e intratable que de costumbre.

—No sé si podré calmarlo —reconoció Otto—. Solo le interesa saber quién más ha sido condenado y colgado por el Tribunal de Honor que está juzgando a los traidores. Y quiere extender el castigo a sus familiares mediante la argucia legal del *Sippenhaft*. Ya sabes, cuando alguien es acusado de traición, su *Sippe*, su estirpe, también es responsable. Están cayendo familias enteras.

En total, murieron más de cinco mil personas, menos de la mitad realmente conectadas con el complot.

Pero eso no calmó a Adolf, que estaba realmente enfermo, aparte de desquiciado. Eso lo pudo comprobar el Asistente General una mañana, mientras preparaban la primera reunión del día.

—Te sangra el oído, Adolf —le comentó Otto.

El doctor Morell le colocó un apósito en la oreja.

—Tiene el tímpano roto —dijo el galeno.

Luego le miró una pierna, que aún sangraba a veces a causa de una esquirla de la bomba que le había arrancado un trozo de piel.

—La presión arterial está muy alta, mi Führer —dijo entonces Morell, mientras inyectaba uno de sus remedios milagrosos a Adolf. Y le dio un montón de pastillas de colores. Su paciente las engullía a todas horas.

Poco después, el doctor se fue y Hitler se quedó a solas con el Asistente General Weilern.

—No estoy bien, Otto.

—Pronto sanarás. No te preocupes.

—No tengo ganas de comer. Me duele la cabeza a todas horas. Creo que hoy no asistiré a la reunión de la mañana.

—Es la tercera vez que faltas esta semana.

—Ya lo sé. No me gusta reunirme con los generales del frente; tengo miedo de que intenten matarme.

—Ahora tienes una guardia armada de las SS a pocos metros.

Hitler miró a su ayudante. Seguía preocupado, enfermo, herido... Pero era cierto, tenía que alzarse y demostrar a sus enemigos que la Providencia le había salvado para hacer cosas aún más grandes de las que había hecho hasta ahora.

—Ojalá todos esos oficiales que despachan conmigo fueran de confianza, gente sencilla, que ha ascendido desde abajo, gente como Joachim Peiper. Le daría mucho más que un *Kampfgruppe* si tuviese más de veintinueve años. Lo haría general —dijo Hitler.

Otto asintió con deferencia.

—Pero su *Kampfgruppe* será la élite de nuestro ejército. Peiper puede estar más que satisfecho, *mein Führer*.

—Lo está. Me consta.

Hubo un silencio breve.

—¿Sabes por qué le he dado un *Kampfgruppe* y no una división entera? —preguntó de pronto Hitler.

Otto no respondió. El Führer continuó:

—Porque he aprendido que los grupos pequeños, dirigidos por hombres decididos, son más letales que ejércitos enteros. Los *Kampfgruppen*... son quirúrgicos. Rápidos. Inesperados. Cada uno es como un puñal directo al corazón. —Y luego añadió con un destello de entusiasmo—: Y a Peiper le daré los cuchillos más afilados.

—¿Los nuevos tanques, mi Führer?

—Exactamente. Los Tiger II. Bestias. Imponentes. Imparables en campo abierto.

Otto bajó la mirada.

—La división de Peiper, la *Leibstandarte*, se está reorganizando precisamente ahora, ¿no es así?

—Sí. Pero aún no es momento de revelar por qué. Lo sabrás cuando llegue el día.

Y entonces, Hitler sonrió, como quien paladea una victoria que aún no ha llegado, pero que ya considera suya.

—La guerra necesita espadas, Otto. Pero para ganar, hacen falta lanzas. Joachim Peiper será la mía. Y cuando la enarbole... aterrará al mundo.

Capítulo 10.

1976. Pilar

—Hoy hueles bien.

La voz salió del rincón, tranquila, casi alegre. Otto se detuvo en seco. Estaba en el salón de una casa de muros gruesos y muebles pasados de moda. En el centro de Traves.

Otto se apoyó contra la pared, junto a una cómoda baja llena de figurillas de porcelana. Frente a él, a unos tres metros, estaba el mismo hombre con el que se había cruzado por la mañana delante de la casa de los Peiper. El rostro era inconfundible.

—Hoy hueles bien —repitió el hombre, con una sonrisa abierta y los ojos brillantes.

—Lo sé. ¿Vives aquí, amigo? Yo voy a quedarme unos días.

No había hoteles en Traves. El pueblo tenía muy pocos habitantes y vivía del bosque, del campo y del silencio. Solo dos mujeres alquilaban habitaciones.

Primero fue a casa de la señora Bertrand, y le preguntó si conocía a un tal Antoine Santos. Ella dijo que sí, que le había alquilado una de sus habitaciones. Otto le dio las gracias antes de marcharse.

La otra era Pilar Delon-Épine, viuda desde hacía dos décadas. Tenía setenta y nueve años, era delgada, recta de espalda, con el pelo recogido en un moño apretado y un rostro afilado que inspiraba respeto más que calidez. Sus ojos eran claros y su voz, aún firme. Había sido maestra.

Otto le alquiló la habitación de arriba, la única con baño propio.

Y al llegar al salón se encontró con su amigo, que lo miraba sonriente. Su expresión era limpia, sin dobleces.

—Hoy hueles bien —repitió una vez más.

—Es mi hijo, Julien —dijo Pilar desde la puerta—. No le haga caso. Es un débil mental, pero inofensivo. No molesta a nadie.

Otto asintió, sin moverse. Julien volvió a sonreír.

—¿Tiene hambre? —preguntó Pilar, alzando una ceja.

—Como un lobo —respondió Otto, quitándose la chaqueta.

La mesa estaba ya servida: sopa de cebolla con pan tostado y

queso gratinado, un estofado de ternera con zanahorias y patatas, y una botella de vino de mesa sin etiqueta. La cocina olía a mantequilla. Comida francesa sencilla, de la de verdad. Sin florituras, pero abundante y honesta.

Se sentaron uno frente al otro. Julien no apareció; Pilar lo había enviado a su habitación, con una mirada firme y sin palabras.

—¿Ha venido de visita? —preguntó, sirviendo el vino con pulso perfecto—. ¿O de caza? La mayoría de los que vienen son cazadores. Aunque usted no lo parece.

—Pese a ello, vengo de caza… o al menos podría decirse así —respondió Otto—. Me han contratado para averiguar quién mató a Joachim Peiper.

Pilar se quedó inmóvil, la cuchara en el aire, detenida justo delante de la cara.

—¿Es usted policía?

—No. Solo descubro cosas. Observo, escucho y, si tengo suerte, encuentro la verdad. Se me da bien.

Ella reanudó el movimiento de su cuchara con naturalidad.

—¿Le gusta Balzac? —preguntó Pilar, cambiando de tema—. A mí me agota, pero hay que leerlo. Es una obligación moral más que un placer. Como hacer la cama todos los días.

«Camus, en cambio, me parece más honesto. Esa forma seca de escribir, sin adornos. El mundo no necesita más adornos. Gide también me interesa, aunque solo en dosis pequeñas. Su ego es más grande que su talento.

Pilar bebió un sorbo de vino antes de continuar.

—Stefan Zweig es mi autor preferido. Tenía una mirada frágil, centrada en Europa, como si supiera que todo iba a romperse con el nazismo.

Otto era un ávido lector, pero despreciaba a la gente que hablaba de libros. La mayoría lo hacía para parecer inteligente, no para decir nada verdadero. Eran snobs con biblioteca.

—La política me aburre —dijo entonces Pilar—. Todo el mundo grita, nadie escucha, y al final ganan los mismos. Y los votantes… —

sonrió con cierta amargura— pobres. Siempre creyendo que el siguiente será distinto.

Se inclinó hacia Otto, con gesto conspirador.

—Yo voto nulo desde 1958. No es rebeldía, es higiene.

Otto mantuvo la mirada fija en su plato.

—Mi difunto esposo era radical-socialista, de esos que todavía creían en la República. Le duró poco. A los seis meses de casarnos ya me pedía que apagara la radio cuando hablaba el político de turno. Nunca soportó la contradicción entre sus ideales y cómo funcionan de verdad las cosas en este mundo. Eso lo destruyó.

Frunció los labios.

—Yo nunca me hago ilusiones. La vida es lo que es, y mi destino es cuidar una casa llena de recuerdos y a un hijo que no pedí.

Se quedó callada un momento.

—¿Eso le escandaliza?

Otto levantó la vista.

—A mí no me escandaliza nada, señora Delon-Épine.

Porque Otto no estaba escandalizado, pero aquella mujer no le resultaba simpática. Le parecía que Pilar sentía vergüenza de su hijo. No de forma cruel ni activa, sino como quien carga una piedra que no puede soltar; una especie de Sísifo a la francesa. Por eso, mantenía a Julien al margen, lo escondía, y ni siquiera estaba invitado a cenar cuando había visitas. Ella no podía saber, claro, que el hermano de Otto, Rolf Weilern, también era "un débil mental". No, su hermano no era eso: era, sencillamente, la mejor persona que había conocido en su vida. Había fallecido hacía treinta y seis años y seguía añorándolo. Pensaba en él todos los días.

Así que se limitó a comer en silencio. No le interesaba lo que le contaba su anfitriona. Ella se dio cuenta. Le gustaba ser el centro de atención. Buscó la forma de seguir siéndolo, de decir algo que obligase a Otto a levantar la cabeza.

—Conocía bien a Joachim Peiper —dijo de pronto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando él y su esposa llegaron, compraron el terreno… pero

su casa aún no estaba construida. Pasaron unos meses aquí, como huéspedes. No éramos amigos, pero nos saludábamos por la calle. Que ya es más de lo que hicieron otros.

—¿Otros?

—Cuando se supo quién era, muchos cruzaban la acera para no encontrarse con Joachim. Ridículo, ¿no cree?

»Después empezaron a llegar los periodistas. Ingleses, belgas, incluso japoneses. Todos querían una entrevista. Y él se las dio. Se presentó como un simple soldado: todo lo que había hecho era obedecer a sus superiores. Decía estar sorprendido de que, tres décadas después, la gente aún recordara su pasado.

—¿Y usted qué pensaba?

—Yo no pienso en términos de culpa o inocencia. No soy juez ni fiscal. Pero sí recuerdo que, desde entonces, empezó a recibir amenazas. Cartas, llamadas… cosas desagradables. La policía local le puso vigilancia, pero solo durante el día. Y la embajada alemana, como era de esperar, no movió un dedo. Creo que al actual gobierno alemán no le interesa demasiado que lo relacionen con los nazis.

—¿Y su esposa?

—Joachim la envió de vuelta a Alemania poco antes de que lo asesinaran. Estaba nervioso. Yo entendí su decisión.

Otto lo entendía aún mejor. Joachim se había quedado solo para enfrentarse a su asesino. Seguía siendo un SS y no daba un paso atrás. Pero esta vez se equivocó.

Pilar bebió otro sorbo de vino.

—Me caía bien Sigurd Peiper. Una mujer discreta, educada. Buena mujer. ¿Está bien?

—Hasta donde sé… perfectamente.

Era mentira. Había oído que tenía cáncer, pero si Pilar no lo sabía, él no se lo iba a contar.

—Me alegro. Una mujer no debería pagar por los crímenes de su esposo —dijo, mirando fugazmente hacia el techo, como si recordara algo—. Ni por los de sus hijos.

Otto siguió su mirada. Julien debía de estar al fondo del pasillo, en

su habitación, esperando que le diesen permiso para ir a cenar.

No hablaron más. Pilar se alzó y comenzó a recoger los platos.

—Buenas noches —dijo Otto al pie de la escalera.

—Buenas noches —respondió Pilar desde la cocina.

Subió despacio. La madera crujía bajo sus pasos, pero de forma suave, como si la casa aceptara su presencia sin protestar. La habitación era sencilla: cama estrecha, mesa de noche, un armario de madera clara, una silla bajo una ventana que daba al jardín trasero. Sobre la mesa había una jarra de agua y un vaso. Todo estaba limpio, aunque olía a cerrado.

Se sentó en el borde de la cama y sacó un sobre de su abrigo, cortesía de don Álvaro Solís. Lo llevaba desde que salió de Madrid, pero no había querido leerlo hasta ese momento. En la solapa, una etiqueta: *Rapport médico-légal, Département de la Haute-Saône*. El dictamen forense sobre la muerte de Joachim Peiper.

Otto sacó su petaca del bolsillo interior de su chaqueta. Whisky. Dio un sorbo, no por placer, sino para mantenerse alerta. No le gustaba beber. Lo hacía solo cuando era estrictamente necesario.

Abrió la primera página. El encabezado era frío: *Cadáver masculino, edad aproximada 60-65 años, encontrado en estructura calcinada el 14 de julio de 1976.*

Disparos. Varios. Al menos cuatro impactos de arma corta: uno en el muslo izquierdo, otro en el brazo, otro en el abdomen y uno en el hombro. Todos a poca distancia. Ninguno mortal por sí mismo, pero suficientes para impedir el movimiento. Heridas limpias, hechas con precisión.

El dictamen continuaba: *Causa probable de la muerte: asfixia por inhalación de humo, seguida por carbonización parcial del cuerpo. Signos de vida en el momento del incendio. El sujeto murió quemado vivo; debió perder el conocimiento pocos segundos antes por las emanaciones.*

Otto cerró los ojos un segundo. Volvió a leer.

Había más: indicios de tiroteo dentro y fuera de la vivienda, varios impactos en las paredes exteriores, restos de munición de arma corta y, al menos, de un arma larga. Disparo desde posición elevada.

Probable participación de múltiples agresores.

Otto guardó las hojas en el sobre. Lo dejó sobre la mesa. Luego se quedó sentado, con la petaca en la mano y la mirada fija en la ventana.

Afuera, la noche en Traves era espesa y silenciosa.

Capítulo 11.

1944 (agosto). La Providencia

Desde el atentado, las referencias del Führer a la Providencia se volvieron constantes. Se creía un elegido con una misión divina. Su confianza era tal que, tras sufrir un pequeño infarto, se levantó horas después para recibir a una delegación extranjera, a la que habló sin descanso de esa Providencia que lo guiaba a pesar de los obstáculos que encontraba en su camino.

En aquellos días, sus ojos se tornaron amarillos y fue diagnosticado de ictericia. Despidió a varios de sus médicos y dejó únicamente al doctor Morell a cargo de su salud. Al parecer, también él era instrumento de la Providencia. Le ayudaría a resistir hasta alcanzar la victoria final, pese a los constantes tropiezos que se acumulaban.

Pero quizá esos obstáculos fueran ya demasiados, tanto para él como para Alemania. Cansado, enfermo, con secuelas físicas del atentado, redujo su círculo de confianza. Permanecieron a su lado únicamente sus asistentes, sus secretarias, el doctor Morell, Bormann (su mano derecha), Himmler (a quien aún consideraba el más leal), Goering (el viejo camarada) y Goebbels, cuya entrega y fanatismo seguían ejerciendo sobre él una poderosa influencia. Con el resto, se volvió un hombre hosco, encerrado en sí mismo, cada vez más aislado.

Ese era el escenario político en el que se reanudaron las hostilidades en el frente occidental. No era un buen momento para el Reich. Más de cien mil soldados alemanes se encontraban atrapados en la bolsa de Falaise. La Operación Cobra, lanzada por Eisenhower para romper las líneas alemanas, había sido un éxito rotundo. Hitler sospechaba que algunos de sus generales estaban negociando la rendición, y a más de uno lo obligó a suicidarse.

La bolsa de Falaise se convirtió en una trampa mortal, en la que Montgomery y, sobre todo, Patton lograron cercar a un ejército alemán desmoralizado, sin reservas de combustible y bombardeado sin descanso por la aviación aliada.

Tras aquella derrota, estadounidenses y británicos tenían vía libre hacia París. Pocos días después, se vivieron escenas de júbilo: el pueblo de la capital francesa enarbolaba la bandera tricolor y cantaba la Marsellesa como si despertara de una larga pesadilla. Para algunos, efectivamente, había terminado.

Pero para la Wehrmacht, la pesadilla parecía no tener fin. Primero había perdido todos los territorios conquistados en el Este; ahora, lo mismo comenzaba a suceder en el Oeste.

El frente se había desplazado ya hacia Holanda y las fronteras del propio Reich. Los aliados estaban listos para penetrar en el corazón de Alemania. Y Hitler no tenía ni tanques, ni aviones, ni hombres suficientes para defenderlo. Sin embargo, los aliados fueron lentos en sus reacciones; detuvieron a sus tropas durante días con la batalla ganada, permitiendo así que sus enemigos escaparan de la aniquilación.

—Estoy contento —le dijo Hitler a Otto la mañana siguiente, al salir de una reunión en su búnker.

La situación era desesperada. Otto no entendía la razón de su buen humor.

—¿Por qué razón, Adolf?

—Se acerca el momento de poner en marcha mi plan. Lo presiento.

Hitler había concebido en su mente un plan brillante y secreto, que pondría en marcha en cuanto se estabilizase el frente. Creía que su plan era una genialidad y cambiaría el rumbo de la guerra.

—Estoy deseando que me expliques ese plan del que llevas semanas hablando —dijo el Asistente General Weilern.

—Ya verás, Otto. Ya verás.

Adolf se alejó en busca de Blondi, disfrutando con su mascota de un momento de felicidad muy poco común a aquellas alturas de la guerra. Porque, a veces, el Führer tenía arranques de optimismo e incluso de exaltación, que contrastaban con su gesto habitual, cada vez más serio y airado.

Otto lo observó con expresión grave. Aunque Hitler no había revelado nada, tenía el pálpito de que aquel plan secreto tenía algo

que ver con el criminal Joachim Peiper.

Capítulo 12.

1976. Antoine y sus amigos

Otto salió de la casa de Pilar a las nueve de la mañana. Al cerrar la puerta tras él, se encontró con un grupo de unas diez personas que ocupaban parte de la acera y la calzada. Iban vestidos con ropa que imitaba uniformes militares: camisas pardas, brazaletes rojos con símbolos rúnicos y correajes. Un estilo deliberadamente inspirado en el nazismo, aunque con algunas licencias.

Comprendió que se hallaba ante uno de esos grupúsculos que, tras la caída del Tercer Reich, seguían adorando a su difunto líder desde la clandestinidad y el folclore extremista.

Muchos llevaban la cabeza rapada; otros lucían cortes de pelo pulcros y chaquetas de cuero. Eran jóvenes en su mayoría, aunque su actitud parecía tomada directamente de viejas fotografías en blanco y negro.

Uno de ellos, con perfecta entonación, dio un paso al frente:

—¡Alcemos el brazo en honor al Asistente General del Führer!

Los presentes ejecutaron el saludo nazi sin titubear. Los brazos se alzaron en un ángulo conocido. Entonces, como si fuera parte de una liturgia estudiada, comenzaron a entonar los versos de un viejo himno:

«Die Fahne hoch! Die Reihen fest geschlossen,
SA marschiert mit ruhig festem Schritt...»

Era el «Horst-Wessel», el himno del Partido Nacionalsocialista alemán. Una pieza escrita en los años treinta por un miembro de las SA asesinado en 1930 y convertido en mártir del movimiento. La canción fue adoptada como himno oficial del partido y su uso estuvo estrictamente regulado en el Tercer Reich. Su tono marcial y su letra exaltaban la lucha, el sacrificio y la unidad de las filas nacionalsocialistas.

Cerca del grupo, apartado por apenas un metro pero sin ocultar su presencia, estaba Antoine Santos. No saludaba. No cantaba. Pero tampoco parecía incómodo. Observaba una representación que, de

alguna forma, también le pertenecía.

Seguramente aquella pandilla de gilipollas eran amigos suyos.

Otto frunció el ceño y se dirigió directamente al hombre que había sido asignado como su guardaespaldas.

—¿Qué demonios es esto? —espetó.

Antoine fingió indiferencia.

—¿No lo ves? Es un acto de homenaje a un hombre ilustre, uno de los suyos.

—Yo no soy de los suyos. Nunca estuve afiliado al partido.

—De cualquier forma, ellos creen que eres alguien al que admirar —añadió Antoine—. Vamos, vamos… Otto. Sabes lo que representas para esta gente.

Otto lo miró con rabia. No sabía exactamente qué papel jugaba aquel hombre. Oficialmente, era su guardaespaldas o… algo parecido. Pero había algo más. Y no sabía lo que era.

—Quítamelos de encima —rogó Otto.

—Lo haría, créeme. Los mandaría a tomar por culo con gusto. Pero tienen algo que decirte. Y no soy quien para interrumpir el protocolo.

—Lo dudo.

—Tú escúchalos —insistió Antoine.

Hizo un gesto con la cabeza y los exaltados dejaron de cantar el «Horst-Wessel» de inmediato, como si alguien hubiera pulsado un botón. Uno de ellos se adelantó con paso marcial, portando una bandera que desenrolló con solemnidad: tenía el fondo blanco, con un círculo rojo en el centro. Dentro, en lugar de la esvástica clásica, había una variante: una especie de runa negra estilizada que evocaba el símbolo original, flanqueada por hojas de roble.

Se cuadró como si realmente estuviera en una ceremonia militar y levantó el brazo.

—Jefe de Unidad Siegfried Ostmark se presenta ante el Asistente General —dijo con voz firme, impostada—. ¡Heil Hitler!

Dios santo… —pensó Otto, tratando de mantener la compostura mientras aquel joven se cuadraba como un soldado de opereta—.

«Jefe de Unidad Siegfried Ostmark». Sonaba a seudónimo grandilocuente, nombre de guerra de un neonazi de manual. Con toda probabilidad no era su nombre real, sino un alias propagandístico, cuidadosamente elegido para impresionar a los suyos: mezcla de mitología germánica y referencias históricas wagnerianas. Siegfried, el héroe de los Nibelungos. Ostmark, la antigua denominación nazi de Austria tras la anexión. Era como si un español se hiciera llamar Capitán El Cid de Covadonga.

Eran más tontos y no nacían. Pero Otto se guardó todas esas reflexiones, respiró hondo y, en lugar de reírse en su cara, le siguió el juego:

—Descanse, Siegfried. Informe.

—¡Sí, señor! Antoine Santos, aquí presente, nos indicó que debíamos decir la verdad.

—Buena decisión.

—Así pues, confesamos: fuimos nosotros.

—¿Vosotros?

—Sí, señor Asistente General. Lo hicimos.

—¿Vosotros matasteis a Peiper?

El joven dio un paso atrás.

—¡No, no, señor! ¿Cómo íbamos a hacer eso? Hablaba de la llamada…

—¿Qué llamada?

Antoine, que había estado observando la escena en silencio, decidió intervenir. Su tono fue tranquilo, casi didáctico:

—Se refiere a una llamada telefónica anónima que hicieron desde una cabina —explicó—. Fingieron acento alemán y afirmaron que el pueblo de Traves sería incendiado. Dijeron que diez de sus habitantes morirían como represalia por la muerte del coronel Joachim Peiper.

Otto no daba crédito a lo que oía.

—Pandilla de imbéc….

—La amenaza fue tomada muy en serio —prosiguió Antoine, sin dejarle acabar la frase—. La policía acordonó la zona. Helicópteros,

patrullas, periodistas… El pueblo entró en pánico. Hubo evacuaciones. Algunos ancianos fueron trasladados. El tema del nazismo aún es algo muy sensible en Francia.

No habían matado al exoficial de las SS, pero eran culpables de estupidez. En primer grado y con alevosía.

—Fuisteis muy valientes.. Estoy impresionado —dijo Otto, con una ironía tan gruesa que pensó que no pasaría desapercibida.

Pero Siegfried (o como demonios se llamase) no la captó.

—Gracias. Teníamos que hacer algo, señor. Lo sucedido era una afrenta al Reich —respondió con orgullo.

—Pero no matasteis a diez personas en represalia.

—No, señor, claro que no. No hemos matado a nadie.

Otto meneó la cabeza. No sabía si aquella cuadrilla de imbéciles podía servirle de algo. Tal vez sabían más de lo que aparentaban. Quizá, cuando la investigación avanzara, le viniera bien tenerlos localizados. Así que, en lugar de ridiculizarlos, optó por la diplomacia.

—¿Vivís por esta zona?

—Sí, señor. Somos de localidades cercanas: Besançon y Mulhouse —contestó, entrechocando los talones.

—¿Sois todos franceses?

—Sí, señor. Pero servimos al Reich de corazón. Como los franceses de la 33.ª División de Granaderos SS Voluntarios *Charlemagne*, señor. De hecho, mi padre sirvió en la *Charlemagne*, por eso me han elegido Jefe de Unidad.

—Ya veo… Y dime, ¿cómo te llamas realmente?

El joven dudó un instante.

—François Levine, señor.

Otto miró fijamente hacia el cielo, como si quisiese estar en cualquier otro lugar menos allí.

—Bien, François... escúchame…

—Jefe de Unidad Siegfried Ostmark, se lo pido, señor —interrumpió el muchacho con súplica genuina en los ojos—. Nos están mirando… Muchos ni siquiera saben cómo me llamo… y…

Una voz de mando, firme y teatral, se alzó entonces:

—¡Jefe de Unidad Siegfried Ostmark! Gracias por su informe. Puede retirarse.

—¡A sus órdenes, Asistente General! —gritó el joven, cuadrándose de nuevo.

Dio media vuelta y él y su "unidad" comenzaron a marchar haciendo el paso de la oca, un desfile exagerado, ridículo, con las piernas alzadas como si fueran figurantes de una comedia sobre nazis. Uno incluso se golpeó con una papelera al girar la esquina.

Otto se quedó observando la escena, anonadado, frotándose el puente de la nariz con los dedos.

—Dios mío… —murmuró—. Voy a pedirle a don Álvaro que me doble la paga.

Antoine encendió un cigarrillo con gesto indolente, como si lo que acababan de presenciar fuera lo más normal del mundo.

—Yo ya lo he hecho.

Otto sonrió. Primero comunistas de mentira y ahora nazis de mentira. Vaya investigación.

Por desgracia, ahora tenía que visitar a uno de verdad.

—Voy a ver a Eisenhut. Acompáñame, Antoine.

—Creí que trabajabas solo.

—Así es, pero acabo de comprobar que te desenvuelves bien cuando hay nazis cerca. Igual me sirves de ayuda.

Antoine hizo una mueca de desagrado, pero obedeció y le siguió calle abajo, hacia su coche.

Capítulo 13.

1944 (septiembre y octubre). Se desvela el plan secreto

En la Guarida del Lobo, por aquellos días, se respiraba el desánimo y la preocupación. La reacción airada que había seguido al atentado contra Hitler había perdido fuerza. Se había regresado a la vida normal, aunque con ciertas diferencias: las derrotas del Reich se habían acentuado y Hitler estaba cada día más enfermo.

—El Führer tiene espasmos estomacales —le dijo una de sus secretarias a Otto Weilern cuando se encontraron junto a uno de los búnkeres—. Hoy no ha podido cenar con nosotras.

—Lo sé bien —repuso Otto—. Hitler ha estado en cama todo el día.

Estuvo en ese estado varios días. Tenía mucha fiebre y a veces deliraba. Su plan secreto aún no podía ponerse en marcha y su euforia disminuía a cada hora.

Una mañana llamó a su Asistente General, que no tardó en acudir junto a su lecho.

—Mi plan está a punto para llevarse a cabo.

—¿Hablas del plan que cambiará el signo de la guerra?

Hitler se incorporó. Llevaba un camisón blanco porque no le gustaban los pijamas. Estiró una mano y cogió una bata de franela. Temblaba. Se le veía más frágil que nunca.

—Claro, Otto. Las fricciones entre americanos e ingleses están en su momento más alto. Tengo informes de inteligencia que hablan de desavenencias crecientes e irreconciliables. Nos aprovecharemos de ello a su debido tiempo. Pero aún no es el momento. Aunque queda muy poco: unas semanas tan solo.

Pero Hitler estuvo en cama hasta el doce de octubre, el día en que los rusos penetraron en suelo alemán y comenzaron a matar campesinos, violar a sus mujeres y hacer una cosa u otra (a menudo ambas) a sus hijos. Otto acababa de llegar del frente de guerra y se encontró al Führer con peor aspecto que nunca, pero en pie. Lo que ya era mucho, dado el avanzado estado de la neurosífilis que padecía.

—¿Buenas noticias del frente occidental? —le preguntó, con una extraña sonrisa en la boca.

—Estamos combatiendo ahora en la Línea Sigfrido, mi Führer. Batallas terribles en la frontera entre Bélgica y Alemania. Vamos a ralentizar a los aliados al menos otros dos meses. Tal vez tres. Las fortificaciones son poderosas y, cada vez que los aliados avanzan, caemos sobre ellos con nuestra artillería y nuestras reservas de hombres y tanques. Es el mismo sistema, con sutiles variaciones, que nos permitió frenar a los rusos. Yo creo que alcanzaremos varias victorias defensivas de renombre y que la moral de la tropa se verá reforzada.

Cuando Otto acabó de hablar, Hitler batió palmas, contento como un niño.

—Veo que has aprendido mucho en tu viaje. Para eso te envié. Ahora estás listo para ayudarme con mi plan secreto.

—¿Ayudarte?

—Sí. Hablo de una descomunal ofensiva en las Ardenas. He pasado estas semanas postrado preparándola. No he parado ni un momento de trabajar en la nueva ofensiva —añadió Hitler—. Y ahora estoy listo. Será mi venganza personal. Es la única salida que nos queda para alcanzar la victoria.

La contraofensiva de las Ardenas fue, desde el inicio, una operación desesperada. Y, como era natural, se llamó al hombre experto en situaciones desesperadas. De entre las sombras, mientras aún hablaba con el Führer, Otto Weilern vio emerger un rostro conocido, adornado con una vieja cicatriz. ¡Era Skorzeny! El mejor amigo de Rolf, el querido hermano de Otto, y el hombre que había rescatado a Mussolini. Aunque ahora tenía como misión ayudar a salvar a Hitler y a su maldito Reich de los mil años.

—¿Cómo estás? —preguntó Skorzeny.

—Genial, como siempre —repuso Otto, sonriendo de oreja a oreja.

Hitler sonrió también al verlos tan contentos y se marchó a la sala de mapas, a seguir organizando su "plan maestro".

—¿Cuándo será la ofensiva? —preguntó Otto.

—No lo sé —repuso Skorzeny—. Hay mucho que preparar todavía. El Führer quiere dar un golpe sobre la mesa y va a traer a lo mejor que nos queda de todos los frentes. Y eso no es fácil tal y como están las cosas.

Nos fuimos a tomar algo a la cantina. Había bastante ruido, soldados hablando en voz alta, risas entremezcladas con el estrépito de vasos y platos. Varios miembros de la división Leibstandarte se encontraban de visita en la Guarida del Lobo, informando de los avances en la reorganización de la unidad para la ofensiva de las Ardenas. Al cruzar entre dos mesas, uno de ellos tropezó con Otto.

—Perdone, Asistente General —dijo enseguida el oficial, haciendo el saludo reglamentario.

Skorzeny frunció el ceño.

—¿Nombre y unidad?

—Erwin Eisenhut, capitán de artillería, señor.

Skorzeny asintió, evaluándolo con la mirada. Luego le dio una palmada en la espalda y siguió caminando hacia la barra junto a Otto como si nada hubiese ocurrido.

Aquella tarde recordaron viejos tiempos, se contaron confidencias, lloraron por los ausentes, sobre todo por Rolf, y se emborracharon en su memoria.

—Ojalá alcancemos la victoria pronto y se acabe de una vez esta maldita guerra.

Otto puso un dedo en los labios de Skorzeny. Luego cayó al suelo con estrépito.

—Psst. ¡Te pueden acusar de derrotismo!

—Pero si he dicho que quiero que alcancemos ya la victoria. Eso no es derrotismo, es… ganar… joder, ganar.

Skorzeny cayó al suelo con él. Se miraron y soltaron una carcajada. Otto se quedó dormido debajo de la mesa de su cabaña y Skorzeny sobre una pila de libros que el Asistente General tenía esparcidos junto a la ventana. ¿Cómo llegaron hasta allí? Un completo misterio. Otro misterio más de esos años enloquecidos de guerra mundial.

Capítulo 14.

1976. Erwin Eisenhut.

—Me acuerdo de usted, Asistente General.

Otto no lo recordaba. Decidió ser sincero.

—Yo no. Lo siento.

—Nos vimos una vez —dijo Erwin Eisenhut, sin ofenderse—. En la Guarida del Lobo, en 1944. Usted estaba con Skorzeny.

Seguía sin recordar. Así que se limitó a decir:

—Ha llovido desde entonces.

—Ya lo creo.

Erwin era el vecino más cercano a Joachim Peiper. Solo 250 metros separaban ambas casas, a través de un camino de tierra flanqueado por árboles altos. Eisenhut tenía unos sesenta años, delgado, pelo blanco y ojos pequeños, vigilantes. La casa era sobria, de dos plantas, con paredes encaladas y muebles antiguos, bien cuidados. Olía a madera vieja y café recalentado.

Se sentaron en dos butacas frente a una mesa baja de mármol; Antoine ocupó una tercera, algo más alejado, junto a una estufa de hierro fundido que crepitaba. Erwin había servido café, pero nadie lo había probado.

—Necesito información —dijo Otto, directo al grano.

Eisenhut entrecerró los ojos.

—¿Podemos confiar en él? —inquirió Erwin, volviendo la cabeza hacia Antoine.

—Tranquilo —respondió Otto—. Está conmigo.

Erwin dudó unos segundos. Luego asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Pregunte lo que quiera. Aunque le advierto que no soy muy hablador.

—No le molestaré con este asunto mucho tiempo; no se preocupe. Eso sí, prefiero que me llame Otto. Lo de Asistente General forma parte del pasado.

—El pasado siempre vuelve, Otto. Fíjese en el pobre Joachim.

Durante unos segundos no hablaron. Solo el ruido de la estufa

llenaba la sala. Erwin giró lentamente la cabeza hacia la ventana. Desde allí, se veía claramente la silueta negra y calcinada de la casa de Peiper, perfilada contra el bosque.

—¿Habló con él… antes de su muerte? —preguntó Otto, en voz baja.

—Sí. El día anterior. Por la mañana. Fui a verlo.

—¿Estaba inquieto?

—No lo parecía. Pero se había armado —dijo Erwin, con la mirada clavada aún en la ventana—. Llevaba una pistola en la cintura, otra en el bolsillo. Yo le dejé mi rifle. No quería, pero insistí. Sabía que podía hacer falta.

—¿Y su esposa?

—Mandó de vuelta a Sigurd a Alemania ese mismo día. Me dijo que estaba enferma… de nuevo. Cáncer. No quería que pasara allí una noche más.

—¿Y él? ¿Por qué no se fue con su mujer?

—Dijo que si se iba, lo perdería todo. Que alguien aprovecharía para quemarle la casa. Ya lo habían amenazado. Pintadas, cartas… esas cosas.

—¿Le ofreció usted ayuda?

—Claro. Le dije que podía pasar la noche en un molino viejo que conozco, un sitio seguro, apartado. Se negó y le pedí que me dejara acompañarle, que podíamos luchar juntos una última vez. Me miró, sonrió y me dijo que no. No quería meter a nadie más en el asunto. "Podrías recibir una bala solo por estar aquí", me dijo. Y añadió… —Erwin tragó saliva—… añadió que ya habían muerto suficientes personas por su culpa.

—¿Qué hizo Joachim esa noche?

—Esperó. Se sentó en el mirador de su casa, que da al río Saona. Desde allí se ve todo. El camino, los árboles, la curva del agua…

—Le apreciaba mucho, ¿verdad?

—Sí —dijo Erwin, con los ojos húmedos—. Fuimos compañeros en la Leibstandarte, ya debe saberlo. Compartimos muchas cosas. Era un tipo duro, sí, pero leal. Aquí vivía en paz, sin esconderse. Nunca

hizo nada malo.

Otto no pensaba igual. Pero no dijo nada. Solo escuchó. A veces, eso basta.

—La noche de su muerte, ¿qué sucedió?

—Nada. No vi nada anormal —dijo Erwin, con voz seca.

Antoine parpadeó.

—¿Cómo dice?

—La noche del trece al catorce de julio —repitió Eisenhut—, no oí ni vi nada. Ni los disparos, ni las llamas. Nada. Dormía.

—¿Dormía? —preguntó Antoine, incrédulo—. ¿No oyó las detonaciones? ¿No vio el incendio?

—Nada.

Antoine lo miró con incredulidad.

—¿Y eso cómo se explica?

Erwin suspiró.

—Me acosté sobre las once. Leí un rato. Veinte minutos, más o menos. Luego tomé un comprimido para dormir.

—¿Una pastilla? ¿El día que esperaba un tiroteo en casa de su amigo, se toma una pastilla para dormir?

—No me crea si no quiere —dijo Erwin, sin alterarse—. Pero es lo que hice. Sabía que si escuchaba algo, saldría corriendo a ayudarle. Y yo había recibido orden de no intervenir de mi superior jerárquico. Nosotros, los de la Leibstandarte, sabemos obedecer órdenes.

Otto se puso de pie repentinamente.

—¿Qué sucedió después?

—Me despertó la sirena de la policía —dijo Erwin—. Me levanté, salí a la terraza… y el cielo estaba rojo. Las llamas ya habían hecho su trabajo. La casa de Peiper era solo una carcasa humeante. En ese momento supe que ya era tarde. Demasiado tarde.

—¿No se sintió… responsable?

—No. Ya lo he dicho. Recibí una orden. Y sin obediencia, no existirían los ejércitos. Puede que no siempre entiendas lo que te mandan hacer, pero si cada soldado decide por su cuenta, lo único que queda es el caos.

—Pero usted ya no es un soldado.

—¿Eso cree? Yo pienso que nunca se deja de serlo.

Erwin se quedó en silencio un momento, como si buscara palabras que no quería pronunciar. Entonces dijo:

—Terminemos. Cuando los bomberos apagaron las últimas llamas, la policía entró. Encontraron un cuerpo… o lo que quedaba de él. A las cinco de la mañana me llamaron. Me llevaron a ver el cadáver… o lo que quedaba de él. Un tronco ennegrecido, irreconocible. Pero supe que era Joachim.

»Llevaba el reloj aún puesto. Detenido a la una de la madrugada. También hallaron tres armas, todas disparadas. Y los restos de varios cócteles Molotov. Había señales de que luchó. No se dejó matar sin pelear.

—Era un valiente —dijo Antoine.

—Y además era mi mejor amigo.

—No merecía morir así. Un tipo como él… después de todo lo que había vivido.

Erwin estuvo de acuerdo con Antoine.

—Era un caballero. Un soldado. Había desafiado muchas cosas, cruzado fuegos peores. Que acabara… quemado como un animal, solo… eso no está bien.

Se interrumpió. Una lágrima asomó por su ojo derecho. Otto le ofreció el silencio que se merecía. Luego bajó la mirada. Pero se preguntó cuántas de las personas que mató Peiper murieron también solas, en llamas o cosidas a balazos. Y si Erwin Eisenhut habría llorado por alguna de ellas.

No. Estaba seguro de que no.

Capítulo 15.

1944 (octubre). Persiguiendo alucinaciones.

La preparación de la ofensiva de las Ardenas no fue cosa fácil, tal y como había vaticinado Skorzeny. El ejército alemán era una ruina, por lo que congregar a las tropas necesarias para una operación de tal envergadura fue una tarea titánica.

Hitler puso a sus mejores generales al frente de las tropas para la operación *Wacht am Rhein*: así se llamaba la ofensiva (oficialmente contraofensiva) para el ejército alemán.

Durante aquellas semanas, el trasiego de oficiales se intensificó en la Guarida del Lobo. Los SS de la guardia personal de Hitler hacían horas extras escondidos detrás de las cortinas durante las reuniones, pues el Führer estaba convencido aún de que querían asesinarle.

Otto se dio cuenta de que los generales estaban desanimados.

—Hitler se opone a cualquier modificación a sus planes —le decían a Otto al salir de aquellas maratonianas reuniones—. La ofensiva de las Ardenas es demasiado ambiciosa. El plan original, *Wacht am Rhein*, es prácticamente una quimera.

Hitler pretendía atravesar las Ardenas, cruzar el Mosa, llegar a la costa, tomar Amberes y dividir en dos los ejércitos aliados. Pero aunque consiguiese los tanques necesarios para alcanzar esos objetivos, carecía de combustible para completar la ruta.

—El Führer espera que os saquéis un as de la manga —explicó Otto a los generales.

—¿Qué as? ¿Qué manga? Nos estamos quedando sin trucos. Es mucho mejor una ofensiva limitada, Asistente General.

Otto negó con la cabeza.

—Debéis pensar como el Führer. ¿De qué le serviría al Reich una ofensiva limitada que haga retroceder unos kilómetros el frente y retrase otro mes la derrota? Hitler quiere una victoria que nos permita aislar los ejércitos enemigos y luego destruirlos uno por uno.

Los generales miraron a Otto sorprendidos. Se preguntaban con qué tropas derrotaría a cada uno de esos ejércitos. Y con qué

combustible. No existían tales tropas ni tal combustible. Alemania estaba agotada, su industria destruida, sus fuentes de energía y sus materias primas en manos del enemigo.

Y es que la ofensiva de las Ardenas era, en efecto, una quimera. La última ofensiva estratégica alemana de la guerra mundial fue Kursk, en verano de 1943. Y estaban a finales de 1944.

La ofensiva de las Ardenas no fue una ofensiva real sino una soberana estupidez. No podía tener éxito (ni aun teniendo éxito) porque no perseguía un objetivo real. Era el penúltimo desvarío de un hombre enfermo. Pero claro, eso los generales no podían decirlo en voz alta. Aunque lo que realmente temían era fallarle a su amo.

—Si eso es lo que quiere el Führer —dijeron finalmente tras reflexionar largo rato—, tendremos que conseguirlo para él y para Alemania. ¡Heil Hitler!

Y se marcharon dando largas zancadas. Otto, a aquellas alturas, les conocía lo suficiente para saber que en unas horas pensarían que el sueño de Hitler era posible y se pondrían manos a la obra con una tenacidad y denuedo irreprochables, soñando el sueño del Führer, persiguiendo alucinaciones.

Aunque es bien posible que, en aquellos días, todos persiguieran sombras y alucinaciones. La atmósfera en la Guarida del Lobo había vuelto a transformarse: del desánimo y la preocupación se había pasado por primera vez al miedo cuando los rusos comenzaron a conquistar las primeras ciudades alemanas y una columna de miles y miles de civiles alemanes colapsó las carreteras huyendo de la guerra y de los excesos soviéticos.

Por fin, los habitantes de la Guarida del Lobo, de aquel lugar de ensueño, comenzaban a darse cuenta de que la guerra era algo real y que un día llamaría a su puerta. De hecho, por las noches se apagaban las luces y se escuchaba a lo lejos el sonido de las bombas. Porque la Guarida del Lobo estaba en el este de Prusia, muy cerca ya de las avanzadillas del Ejército Rojo.

—Se acaban los días de esta "Guarida" —le dijo una mañana Skorzeny a su amigo Otto.

Skorzeny llevaba un tiempo muy activo en las reuniones, no solo porque sus hombres iban a jugar un papel clave en la ofensiva de las Ardenas, sino porque había tenido que realizar una de sus acciones de comando en Hungría, evitando la defección del regente Miklós Horthy, que pretendía abandonar el Eje y rendirse a los rusos. Como no podía ser de otra manera, la operación fue un éxito, Horthy fue depuesto y sustituido por un regente títere pronazi. Otro éxito para el gran Skorzeny.

—Es cierto. Pronto nos iremos de la Guarida del Lobo —reconoció Otto—. Pero Hitler tiene otros búnkeres y emplazamientos como este. Encontraremos acomodo en cualquier otro lugar.

—Estoy seguro de ello —dijo Skorzeny.

Recordando la última vez que se emborracharon, prefirió no decir esta vez ninguna frase que pudiese interpretarse como derrotista y solo añadió:

—Vayáis donde vayáis, cuida tu culo. Ni siquiera tú eres inmune a las bombas.

—Tú tampoco.

Skorzeny sonrió y la cicatriz de su rostro pareció titilar.

—Yo vivo siempre en el filo de la navaja. Estoy acostumbrado. Hasta las bombas que me tirarán en las Ardenas saben que a Skorzeny no se le puede tocar. Los dioses de la guerra no lo permitirían.

Los dos amigos se abrazaron, deseándose mutuamente suerte.

La iban a necesitar.

Capítulo 16.

1976. Rainer Buschmann

Otto pasó la tarde con Erwin Eisenhut y Antoine, caminando por los alrededores del bosque. Llegaron hasta las ruinas de la casa de Peiper. Se quedaron un rato en silencio, observando lo que quedaba: un rectángulo ennegrecido entre árboles, madera y metal retorcidos, como una cicatriz vieja.

Antoine, dejando mostrar por fin su verdadero rostro, dejó caer comentarios nostálgicos sobre "la disciplina" y "el orden perdido" desde la muerte del Führer. Erwin asentía, completaba frases. Los dos hablaban de Peiper con respeto, incluso con afecto. A Otto no le sorprendía. Antoine intentaba parecer duro y neutral, pero ahora, entre iguales, se le notaban sus inclinaciones. Que fuera un nazi, un ultraderechista o simplemente un nostálgico del régimen, le daba igual. Dejó que hablaran de sus cosas.

Cuando empezó a oscurecer, Otto se despidió. Antoine decidió quedarse un rato más con Erwin.

—¿Te vas ya? —preguntó.

—Sí. Ya he tenido suficiente por hoy.

—Nos vemos mañana, entonces.

—O no. Ya te dije que me gusta trabajar solo. Lo de hoy ha sido la excepción que confirma la regla.

Esa noche, Otto volvió a su alojamiento en la casa de Pilar Delon-Épine. La cena ya estaba servida cuando entró.

Julien no estaba, como de costumbre.

—¿No debería tu hijo comer con nosotros? —preguntó Otto, mientras se servía un poco de pan.

—Oh, no —respondió Pilar, sin levantar la vista—. Por mucho que se esfuerce, siempre acaba perdiendo las formas. Comerá más tarde, cuando yo friegue los platos. Y estaré pendiente de que no rompa nada.

Otto se mordió los labios, pero prefirió no insistir. Empezaron a comer en silencio. Sopa, pasta, pan duro, un poco de embutido. No era un restaurante de cinco tenedores, eso estaba claro. Se había

esforzado mucho menos que el día anterior. Había cobrado una semana por adelantado y pensó que ya no hacía falta mostrarse ostentosa.

—¿Ha averiguado muchas cosas hoy? —dijo Pilar, sirviéndose más vino.

Otto tardó en responder. Pensaba en Erwin Eisenhut. No en los nostálgicos de opereta que hablaban del Reich como de un mito, sino en los que estuvieron allí. Los que no creían haber hecho nada malo.

—No mucho, la verdad —dijo al fin.

—Tampoco la policía averiguó gran cosa —contestó Pilar—. Recuerdo cuando vinieron, tras la muerte de Joachim, bien armados, con cara de querer dar ejemplo. Se paseaban por el pueblo como si esperaran una guerra civil. Interrogaron a medio Traves. Ni una pista. Al final se fueron.

—El nazismo sigue dando miedo.

—Supongo. A mí Joachim Peiper nunca me dio miedo. Si no hubiese leído esas cosas sobre él, sobre sus crímenes… nunca lo habría imaginado. Para mí solo era un alemán amable que trabajaba como traductor.

—¿Traductor? —Otto alzó la vista.

—¿No lo sabía? Menudo investigador está usted hecho.

Pilar caminó hasta una de las estanterías del salón, repleta de volúmenes de Proust, Sartre, Neruda, Zweig, entre otros muchos. Sacó un volumen grueso, con sobrecubierta verde oliva.

—¿Conoce este libro, señor Weilern?

Otto tomó el volumen. Estaba escrito en alemán. El título era largo: *Königsfeld: Strategien und Taktiken der spätmittelalterlichen Feldzüge.* Autor: Dr. Charles Cuffy.

Lo hojeó. *Königsfeld: Estrategias y tácticas de las campañas bajomedievales.* Un ensayo técnico sobre la guerra en el Medievo.

—No lo conozco.

Pilar abrió el libro por la página de créditos y señaló con el dedo una línea impresa en letra pequeña.

—*Übersetzung: Rainer Buschmann*, o sea, "Traducción: Rainer

Buschmann" —leyó en voz alta—. ¿Le suena?

Otto negó con la cabeza.

—¿Rainer era Peiper?

—Eso es. Yo sé leer un poco en alemán. Viví en Berlín hace muchos años. Joachim me regaló ese ejemplar. Me dijo que lo había traducido él mismo, del inglés al alemán. Así que no fue difícil deducir que....

—Joachim Peiper y Rainer Buschmann son la misma persona.

—Exacto.

Otto buscó el nombre de la editorial, que encontró en la misma página de créditos: *Stuttgarter Motor-Buch Verlag*. Se levantó, fue hasta su chaqueta, sacó una libreta pequeña y lo apuntó.

—Me ha conseguido una pista excelente, señora Delon-Épine. Mil gracias.

Pilar aceptó el cumplido, pero en su cara no se dibujó rictus alguno:

—De nada.

Otto cerró la libreta y volvió a su asiento. El pan duro era lo mejor del ágape.

Terminada la cena, Otto aprovechó que Pilar estaba recogiendo la mesa para entrar subrepticiamente en la habitación de Julien.

Tocó dos veces con los nudillos, muy flojito. Nadie respondió, pero abrió igual. Julien estaba sentado en el suelo, rodeado de papeles doblados y lápices sin punta.

—Hoy hueles bien —dijo Julien en cuanto lo vio, con una sonrisa tímida.

Otto le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de pastelería.

—Son dulces y un pedacito de pastel de trufa.

Julien lo tomó con cuidado, como si tuviera miedo de estropearlo. Comenzó a comerlo extasiado.

—Tienes que pedirle a tu madre que te deje comer con nosotros en la mesa —dijo Otto, cuando se lo hubo terminado.

Julien abrió mucho los ojos, como si acabaran de proponerle saltar

por la ventana.

—Rompo… cosas… a veces —dijo en voz baja—. Ella se enfada.

—Me sentaré a tu lado —repuso Otto—. Y si se te cae algo, lo cogeré antes de que llegue al suelo. Soy muy rápido.

Julien le señaló con el dedo, como si estuviera nombrando a un superhéroe.

—Tú puedes… hablas con ella y…

—Ya se lo he pedido —añadió Otto—. Mañana volveré a insistir. Le diré que quiero que estés en la mesa. Pero hazlo tú también. Igual entre los dos la convencemos.

Julien no parecía muy convencido.

—No… ella no… no querrá.

Otto le revolvió el cabello, despacio, como si fuera un niño pequeño. Tal vez lo era.

—Ya veremos, Julien.

Salió del cuarto sin más. Subió al último piso, donde estaba su habitación. Cerró la puerta sin hacer ruido.

Capítulo 17.

1944 (noviembre y diciembre). Del lobo al águila.

Se fueron de la Guarida del Lobo en un tren especial. Fue una fría noche de noviembre. Toda la plana mayor de ayudantes, secretarias y generales iba en el primer vagón, acompañando a un Hitler melancólico y poco hablador. No solo era por la apatía o la añoranza: dos días después lo operarían de un pólipo en la garganta y no quería empeorar el diagnóstico.

Así que estuvo callado todo el viaje. Otto lo agradeció.

Después de la operación (que fue un éxito), se instalaron en la Cancillería del Reich. Y se quedaron allí durante unas semanas.

El majestuoso edificio había sido bombardeado y estaba irreconocible, aunque seguía en pie. Todos miraron anonadados los impactos en la fachada, los agujeros en el techo de varias salas o en las puertas del despacho del Führer, sobre las que deberían estar las esculturas de las virtudes cardinales: la Fortaleza, la Templanza y la Justicia, una vez poderosas y aterradoras, pero ahora hechas pedazos, los miembros cercenados, la cabeza de dos de ellas en el suelo.

—No me gusta la idea de trasladarnos a Berlín —le dijo uno de los guardias de las SS a Otto, sin dejar de mirar las estatuas.

—A nadie le gusta Berlín hoy en día —repuso el Asistente General —. Pero no se preocupe, pronto nos iremos a otro cuartel general, uno más cerca del frente occidental y de las Ardenas. Y lo bastante lejos de los rusos.

—¿Seguro?

—Seguro. Hitler querrá dirigir la ofensiva, como siempre, y tener sus salas de mapas para poder ver en tiempo real las evoluciones de los generales. Así que solo nos quedaremos un tiempo. Un mes a lo sumo. No creo que llegue ni a eso.

Sus palabras tranquilizaron al guardia de las SS, que bramó un "Heil Hitler" y se alejó a ocupar su puesto.

Otto tenía razón, por descontado: se fueron de la Cancillería del Reich el diez de diciembre. Nuevo destino: Adlerhorst, el Nido de

las Águilas, en Ziegeberg (Bad Nauheim), muy cerca del sector donde tendría lugar la ofensiva de las Ardenas.

Había llegado el momento de la verdad.

Capítulo 18.

1976. Un viaje a Alemania.

—Buenas tardes —dijo Charles Cuffy, tendiéndole la mano.

Otto la estrechó con firmeza.

Había viajado deprisa desde Traves a Stuttgart en cuanto recibió confirmación telefónica: el Dr. Cuffy, historiador militar del Departamento de Estudios de Guerra y Asuntos Internacionales en la Universidad de Defensa Cranfield, estaba de visita en la sede de *Stuttgarter Motor-Buch Verlag*, la editorial donde se había publicado el libro traducido por Peiper bajo seudónimo.

—Un placer, doctor Cuffy —dijo Otto.

—Por favor, llámeme Charles.

Otto asintió, pero no cambió el trato.

—Querría hacerle unas preguntas, doctor Cuffy.

—Por supuesto. Me han dicho que está investigando la muerte de Joachim. Una pérdida irreparable. Haré lo que esté en mi mano para ayudarle.

El despacho estaba en el segundo piso del edificio de oficinas de la editorial, en las afueras de Stuttgart. Muebles modernos, minimalistas, todo de madera clara. Dos estanterías, una máquina de escribir eléctrica, un escritorio y una cafetera recién encendida. La ventana dejaba ver la autopista a lo lejos.

Otto se sentó frente al escritorio, y Cuffy tomó asiento al otro lado, cruzando las piernas con elegancia.

—¿Tuvo contacto personal con Peiper? —dijo Otto, yendo al grano según su costumbre.

—Con Joachim… sí, en varias ocasiones. Colaboramos estrechamente en un par de publicaciones.

—Cuénteme su colaboración. Deme detalles, si le es posible.

—Nuestro sistema era sencillo —respondió Cuffy—. Nos carteábamos con frecuencia. Yo le enviaba borradores de capítulos. No era una traducción convencional: quería que formase parte del proceso creativo. Su conocimiento sobre temas militares era profundo, casi enciclopédico. De vez en cuando veníamos aquí, a la

editorial, y pulíamos juntos los textos.

—Ya veo. ¿Eran amigos?

—No tanto. Pero yo soy una persona abierta, trato a todos mis colaboradores como si lo fueran. Así que podríamos decir que sí, supongo que lo éramos. Al menos a efectos prácticos.

Cuffy tenía cuarenta años. Catorce menos que Otto. Atlético, piel morena, gesto juvenil. Transmitía confianza con una facilidad que a Otto le incomodaba. Era de esos hombres que caen bien demasiado pronto.

—Mire —dijo Charles Cuffy, inclinándose hacia adelante—, estábamos trabajando en mi nuevo libro sobre los ejércitos de Federico el Grande. Él era un experto. Por eso lo escogí. No hay ningún misterio en eso.

Pero Otto pensaba lo contrario. Sí que lo había.

—¿Sabía que Rainer Buschmann era Peiper desde el principio de su relación?

—Sí.

—¿Sabía que era un criminal de guerra?

—Sí.

—Y aun así lo eligió.

—Hasta los presos más terribles tienen derecho a la reinserción.

—¿Y no podía haber elegido otro experto?

—Podía. Pero Peiper era el mejor.

—¿En Federico el Grande?

—Y en muchos otros temas relacionados con historia militar.

Otto apuntó algo en su libreta. Luego levantó la vista.

—Usted forma a jóvenes oficiales británicos en la Universidad de Defensa de Cranfield, ¿verdad?

—En efecto.

—Y aun así eligió trabajar con alguien que fue parte activa de una maquinaria genocida.

Cuffy no respondió al instante. Respiró hondo, sin perder la compostura.

—Me interesa el conocimiento, señor Weilern. No la pureza moral.

Si solo trabajara con hombres sin pasado, me quedaría muy solo.

—¿Y le habla de esto a sus alumnos? —preguntó Otto—. ¿Cree que es un buen ejemplo colaborar con un oficial con la hoja de servicio de Peiper?

—La hoja de servicio de Peiper era admirable —respondió Cuffy.

—Por favor…

—No sé a dónde quiere llegar, señor Weilern.

—Quiero saber por qué *él*. No me dirá que no hay otros expertos en Alemania sobre Federico el Grande. Mire, le seré sincero: últimamente me he topado con muchas personas que aseguran no ser nazis, pero que luego resulta que añoran al Führer, que tienen sus cuadros en casa, que sus padres sirvieron en las SS… en fin, se lo puede imaginar.

Cuffy apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y cree que eso influyó en su muerte?

—Tal vez alguien se cansó de ver tanto nazi.

Cuffy ladeó la cabeza, con una expresión incrédula.

—Perdone, pensé que usted había sido Asistente General de Hitler.

Era evidente que Cuffy se había informado antes de recibirlo.

—Sí, lo fui. Pero no creo que haya en el mundo nadie que odie más a Hitler, o a los nazis, que yo.

El inglés mantuvo las manos juntas, como si meditara una respuesta.

—Le seré también sincero. No soy nazi. Y no elegí a Peiper por serlo. Simplemente le di una oportunidad, sin importarme quién había sido. Y él respondió de forma excelente. Nunca tuve una queja. Fue un colaborador profesional, preciso, educado. Y, sinceramente, mucho más fácil de tratar que muchos hombres con pasados intachables.

Otto decidió cambiar de tema. Había presionado bastante, y no esperaba conseguir mucho más por esa vía.

—¿Cuándo se cartearon o vieron por última vez?

—Una carta… hace un mes. Verlo, hará medio año. Pero hablé con

él por teléfono dos días antes de su muerte. El doce o el once de julio, tendría que consultarlo en mi agenda en Inglaterra, pero fue apenas unas jornadas antes.

—¿Y de qué hablaron?

—De Federico el Grande. De sus campañas en Silesia, concretamente. —Cuffy hizo una pausa, recordando—. Hablamos de una frase textual que quería usar en mi ensayo: *"La clave está en golpear antes del amanecer, sin previo aviso y sin piedad"*. Era una cita del propio Federico.

Otto asintió, sin comentar nada. Se quedó pensativo. Algo en la conversación que estaban teniendo le había llamado la atención, una pequeña vibración fuera de tono. Pero no lograba identificar qué. Como si una pieza no encajara, y no supiera todavía cuál.

Hablaron un poco más sobre detalles editoriales y proyectos inacabados. Cuffy se mostró siempre cordial, casi entusiasta, y volvió a recalcar la profesionalidad de Peiper en todo momento.

Finalmente, Otto se levantó, estrechó su mano y agradeció que le hubiera recibido. Cuffy insistió en ofrecerle un café, pero Otto se negó con cortesía.

Bajó por las escaleras de la editorial sin mirar atrás, y salió a la calle. La tarde era clara, pero el aire era denso, plomizo.

Aún tenía esa sensación sorda, incómoda, de haberse perdido algo importante… aunque no supiera aún qué.

LIBRO TERCERO

Recuerdos de las Ardenas

Capítulo 19.

1944 (diciembre). Comienza la ofensiva.

Perder es perder. Cuando se ha perdido y algo se ha terminado, no hay nada más que hablar. Ni que hacer. Ni que decir.

Lo anterior es válido para casi todos los seres humanos. Pero no lo fue para Adolf Hitler. Aunque el ejército alemán había sido derrotado en Rusia hacía más de un año y combatía desde entonces a la defensiva, perdiendo terreno y descontando los días que faltaban para la llegada de los soviéticos a Berlín… a pesar de ello, Hitler soñaba con una victoria maravillosa, mágica, al son de las fanfarrias de una orquesta wagneriana. Los planes ligados a la lógica habían sido sustituidos por los planes ligados a la fantasía. Y así, en un lugar de fantasía, un hombre enfermo soñaba que los ejércitos aliados estaban a punto de desmoronarse, que las tropas enemigas huirían en las playas francesas, de vuelta a Inglaterra y Estados Unidos.

Sentado en su despacho en *Adlerhorst* (el Nido de las Águilas), dentro del búnker n.º 1, el Führer repasaba la ofensiva de las Ardenas y daba rienda suelta a sus sueños. Todos percibían que volvía a estar activo, plenamente entregado a aquella batalla. La apatía había quedado atrás, el Hitler de siempre estaba de vuelta para llevar a sus tropas a la victoria.

—Llegaremos a Amberes en unos días —le dijo a Otto Weilern cuando amaneció el día dieciséis de diciembre y los cañones alemanes percutían ya las posiciones aliadas—. La enemistad entre americanos e ingleses, y entre ellos y los rusos, crece a tal velocidad que el menor revés los destruirá. Comenzarán a matarse, a traicionarse… y nos dejarán en paz.

El razonamiento de Hitler era, una vez más, una locura. Porque sus enemigos odiaban a la Alemania nazi mucho más de lo que se odiaban entre ellos. Podía haber diferencias entre Stalin, Churchill y Roosevelt; podía haber más que diferencias entre Eisenhower y Montgomery, pero los unía el afán por destruir al Führer. Y ese afán era demasiado grande y demasiado específico. Ni cincuenta Ardenas

podrían ralentizar el ímpetu del avance aliado. Y el avance soviético era, sencillamente, imparable.

Pero Hitler, detrás de las paredes de grueso hormigón de su búnker, escondido en un frondoso bosque donde el suyo y el resto de edificios del complejo apenas eran visibles, se preparó para las buenas noticias que (estaba completamente seguro de ello) no tardarían en llegar del frente.

Pero nunca llegaron del todo, aunque de inicio dio la sensación de que la victoria era posible.

Los Panzer comenzaron su ataque bajo el resplandor irreal de unas nubes bajas, iluminados por reflectores para crear una falsa luz lunar bajo cuyo influjo podían avanzar los tanques como si fuera de día.

Pero la acción más importante (para Hitler) de los primeros momentos de la Ofensiva de las Ardenas (Operación *Wacht am Rhein*) fue cosa de los comandos de Skorzeny.

—No hay buenas noticias —informó Skorzeny a Otto por teléfono —. He oído que la punta de lanza de los Panzer, los hombres de Joachim Peiper, están avanzando lentamente, con muchas dificultades. No se prevé la ruptura del frente.

En efecto, el *Kampfgruppe* Peiper era uno de los mejor equipados, contando con unidades del nuevo y flamante *King Tiger* (o *Tiger II*). Se esperaba que atravesasen las líneas enemigas con facilidad. Pero a aquellas alturas de la guerra, nada era fácil para los alemanes. Aunque los *Kampfgruppe* (esas fuerzas independientes, guiadas por jefes carismáticos como Peiper) habían sido claves en el pasado, el enemigo cada vez estaba mejor armado y conocía de sobra las estrategias de los *Panzer*.

—Pese a todo, algo más lento de lo previsto, y a veces desviándose de la ruta… pero Peiper prosigue su avance —concluyó Skorzeny.

Otto hacía las funciones de enlace del frente con el Führer, y le llevaba información de primera mano.

—No te preocupes de lo que pasa con Peiper —dijo el Asistente General Weilern a Skorzeny—. Los generales americanos Bradley y Hodges consideran que una ofensiva en ese sector del frente no es

posible y han mandado allí a divisiones agotadas, diezmadas por los combates. Acabarán por ceder. Tú tienes otra misión y el Führer confía en que será un éxito. Ponla en marcha. Ya.

—Sí, señor. ¡Heil Hitler! —dijo Skorzeny.

—¡Heil Hitler! —repuso Otto de mala gana, sabedor de que el servicio de escuchas telefónicas de Goering podía estar oyendo sus palabras.

Skorzeny lanzó a sus hombres tras las líneas enemigas. Su misión (Operación *Greif*) era idea del propio Führer. Su objetivo era crear confusión entre los aliados. Y para ello se infiltró con algo más de dos mil hombres, al menos un centenar de ellos capaces de hablar un inglés perfecto con acento estadounidense.

Montados en vehículos americanos o bien en tanques *Panther* camuflados para parecer *Sherman*, iban de un lado a otro dando órdenes falsas, engañando a soldados y mandos intermedios.

Skorzeny en persona tuvo que liderar uno de los grupos a causa del fallecimiento de uno de sus hombres de confianza justo al inicio de la ofensiva. Llevaba un uniforme americano que le quedaba estrecho y su chaqueta no era la reglamentaria, pero en medio de una batalla y del caos esperaba que nadie se diese cuenta.

—Tenemos que llegar al río Mosa y tomar uno de los puentes —les dijo a sus hombres.

Aquella era su misión secundaria. Su verdadera misión: tomar un puente más adelante que permitiese a los blindados alemanes seguir con su avance una vez hubieran destruido al enemigo.

Pero el enemigo no estaba por la labor de ser destruido. Los zapadores e ingenieros americanos volaban edificios y cualquier infraestructura que les fuese útil a los alemanes, frenando el avance de las tropas. Las SS de Sepp Dietrich (a las que pertenecía la división *Leibstandarte* en la que servía Peiper) estaban bloqueadas.

¿Quién podría salvar la situación?

Precisamente el propio Peiper. Solo la determinación de un hombre como él podía dar un giro a los acontecimientos. Pero, ¿realmente podría conseguirlo? ¿Y hasta dónde sería capaz de llegar

para alcanzar los objetivos imposibles marcados por Hitler?

Capítulo 20

1976. Una moribunda y un vagabundo.

Otto viajó a Múnich en tren. El trayecto fue largo y monótono, pero lo agradeció. Le permitió ordenar sus ideas.

Tomó un taxi hasta el *Klinikum Schwabing*, un hospital general con un ala oncológica donde Sigurd Peiper pasaba casi todos los días.

Otto cruzó la avenida, pero al llegar frente al edificio se detuvo. Se quedó inmóvil unos segundos. Suspiró. Luego se dio la vuelta.

Vio entonces a Antoine Santos, que estaba apoyado en una farola, como si llevara allí horas.

—No vas a interrogarla, ¿verdad? —preguntó.

—No. La conocí en su día. Y se muere. Su marido acaba de morir asesinado. Ya tiene suficiente. No necesita oírme hablar.

—¿Te caía bien? Me refiero a durante la guerra.

—Era secretaria de Himmler. El hombre que moldeó a Peiper y lo convirtió en lo que fue. Nunca hablé con ella, pero la vi diez o doce veces entre 1943 y 1945. Un rostro más del pasado… y en el presente, no tengo casi nada que preguntarle.

Antoine lo miró con atención.

—¿Casi?

—Bueno, iba a preguntarle una sola cosa.

Otto dudó un momento.

—El cuerpo que encontraron en Traves estaba completamente calcinado. Aunque ella lo reconoció… lo hizo por los restos de sus ropas y efectos personales, un anillo… cosas de esas, pero no se podía identificar con precisión. Me preguntaba si realmente era el cadáver de Peiper… o si alguien más murió en su lugar.

Antoine se ajustó la montura de las gafas.

—El muerto tiene que ser Peiper —dijo Antoine, con tono firme—. De lo contrario… ¿qué? ¿El bueno de Joachim mata a un desconocido, lo deja en su casa, espera que lo ataquen varias personas, los engaña, prende fuego a la vivienda y escapa sin ser visto? Parece el argumento de una mala novela de espías.

—Y Peiper era un asesino, no un genio —replicó Otto—. A él sí lo

traté lo suficiente como para saberlo. Por eso creo que me ahorraré preguntarle a su mujer si Joachim puede estar vivo.

Antoine frunció ligeramente el ceño. No le gustó oír "asesino" aplicado a Peiper. Tampoco le gustaba la forma en que Otto afrontaba el caso, ni la forma en que le trataba.

—No hablas como un antiguo Asistente General del Führer.

—Ni tú como alguien que no es nazi y trabaja para gente como don Álvaro, que tampoco lo es, o eso dice.

Antoine encendió un cigarrillo, despacio, en silencio. Dio una calada y desvió la mirada hacia la acera.

—Hablemos de otra cosa, "Asistente General" —dijo con sarcasmo —. He encontrado una pista.

—¿Cuál?

—Durante esos días… las semanas anteriores a la muerte de Peiper… hubo un vagabundo en las montañas. Cerca de Traves, entre el bosque y el camino de pastores. Ya sabes: sucio, con la barba como un matorral, viviendo en una tienda de campaña de esas baratas. Meando y cagando en el bosque...

—¿Y? No será el único excursionista de la zona —dijo Otto, sin mucho entusiasmo.

—Este no era normal —replicó Antoine—. No trataba con nadie, rehuía a todo el mundo. No compraba en el pueblo, nadie sabe de dónde sacaba la comida… y desapareció el mismo día que murió Peiper. La policía lo buscó, pero nunca se ha sabido más de él. Ni de su tienda. Ni un rastro. Incluso recogió su basura. O la enterró, no se sabe. Pero la zona donde vivía estaba limpia como una mesa de quirófano.

—Sospechoso —murmuró Otto, mirando distraídamente hacia las ventanas del hospital.

—Igual Peiper mató al vagabundo y le prendió fuego —soltó Antoine.

—¿Tú te crees eso?

—No. Peiper está muerto. Pero lo que te he contado es…

—Sí, ya lo he dicho: sospechoso. Habrá que investigarlo. Por

cierto, ¿cómo conseguiste la información?

—De un amigo policía.

—¿Un amigo? ¿También echa de menos los viejos tiempos del Reich, donde imperaba el orden y la ley del más fuerte?

—No. Él echa de menos no tener más billetes de quinientos francos —respondió Antoine con una sonrisa torcida—. En cuanto le di un fajo, se le soltó la lengua como un loro.

Otto soltó una carcajada inesperada, seca.

Antoine fingió reír.

Lo cierto era que no le gustaba el ex Asistente General Weilern. No era lo que él ni don Álvaro habían pensado. Solo esperaba que aquello no se convirtiera en un problema. Porque si lo era, tendría que tomar cartas en el asunto.

Capítulo 21.

1944 (diciembre). La masacre de Malmedy

Nido de las Águilas, 18 de diciembre de 1944.
Autor: Otto Weilern, Asistente General del Führer

1. Propósito y alcance

Redacto la presente nota para dejar constancia, sin adorno ni atenuante, de los hechos protagonizados por el *SS-Obersturmbannführer* Joachim Peiper entre el 16 y el 18 de diciembre, durante la operación *Wacht am Rhein*. La intención no es tramitar responsabilidades ante instancia alguna, sino poseer una relación fidedigna (y utilizable a posteriori) de cuanto ocurrió en el sector Losheim–Malmedy.

2. Narración de los hechos

Peiper había prometido velocidad. "Celeridad absoluta", había dicho en la reunión del 14 de diciembre, delante de sus jefes de compañía. Y con esa frase dejó claro que no habría contemplaciones. "No cargaremos con prisioneros; cualquier obstáculo será eliminado."

Nadie protestó. Nadie fingió no entender.

El 16 de diciembre, al amanecer, comenzó la operación *Wacht am Rhein*. Pero antes de que pudiera arrancar el golpe relámpago planeado por el Führer, la columna de Peiper quedó inmovilizada en un lugar que no aparecía en los informes: Lanzerath. Veintidós soldados americanos (sí, solo veintidós) resistieron diez horas contra 500 paracaidistas *Fallschirmjäger*. Como resultado, los seiscientos vehículos de Peiper, incluidos los Tiger II, quedaron atrapados en carreteras nevadas, consumiendo combustible. El reloj corría, y el plan se deshacía en el aire.

Al día siguiente, el 17, a las 13:15 horas, en el cruce de Baugnez, en Malmedy, las consecuencias de aquella demora tomaron una forma brutal y homicida. Un convoy aliado, 113 soldados, se rindió. No hubo registro. Bastó una orden escueta. Un soldado de infantería

abrió fuego. Después, las MG-42 completaron el trabajo. Tres minutos de ejecución. Ochenta y cuatro muertos en el acto. A los que suplicaban ayuda, se les remató.

Peiper no detuvo a sus hombres. Siguieron adelante, dejando los cuerpos al sol. Habían perdido el factor sorpresa, pero conservaban la determinación.

Y, sin embargo, el efecto fue el contrario al esperado. La noticia corrió por las radios aliadas como un reguero de pólvora: rendirse a la SS era morir. Cada puente, cada cruce, se volvió un infierno. El nombre Malmedy dejó de ser un lugar: se convirtió en consigna. En grito de guerra.

El frente se endureció. Algunos informes hablaban ya de represalias. El efecto boomerang. La propaganda enemiga preparaba panfletos, recogía testimonios, alimentaba el símbolo.

Peiper había cometido un error estratégico, moral, político. Su desprecio por las reglas del combate no había acelerado la victoria. La había hundido más en el barro.

No hablamos de un soldado fuera de control. La barbarie fue consecuencia lógica, no accidente. Un oficial brillante, sí, pero quizá demasiado amoral para seguir sirviendo incluso en una maquinaria corrupta como el Reich de Hitler. Peiper es demasiado peligroso.

3. Consideración jurídica y moral

El fusilamiento de prisioneros rendidos contraviene los Convenios de La Haya (1907, art. 23). La argumentación de «necesidad táctica» pierde peso por la evidencia de que las ejecuciones no ahorraron tiempo y sí multiplicaron la resistencia enemiga.

4. Valoración personal

El desprecio de Joachim Peiper por las mínimas reglas de la guerra se ha revelado contraproducente tanto en el plano operativo como en el propagandístico. La barbarie innecesaria no acelera la victoria; al contrario, encadena reacciones que alargan el conflicto.

En conclusión, la masacre de Malmedy no fue un exceso aislado de

un grupo de subordinados, sino consecuencia lógica de la directiva emitida y tolerada por Peiper.

El retraso de Lanzerath y la reacción asesina posterior de los hombres de Peiper degradaron la ofensiva más que cualquier fuego aliado de artillería.

He dejado copia única en mi caja fuerte personal, clave O.W.–Z-128/44

Capítulo 22.

1976. Los “libertarios” y sus amigos.

Otto volvió a Traves al volante de su coche, con Antoine siguiéndole en el suyo, a una distancia prudente pero sin perderlo de vista. Esta vez no había obedecido la orden (o el deseo expresado por su compañero) de dejarle trabajar solo. Otto sabía que no le caía bien a Antoine, que desconfiaba.

"Peor para él", murmuró en voz baja, sin apartar los ojos de la carretera.

Al llegar al pueblo, aparcó frente a la casa de Pilar. Antoine hizo lo mismo, colocándose justo detrás. No tuvo tiempo de abrir la puerta. Un grupo de encapuchados se abalanzó sobre él. Lo sacaron del coche con violencia, apuntándole con pistolas. Otros dos agresores hicieron lo mismo con Antoine, que forcejeó.

—¿Qué hacéis, imbéciles?

Uno de los encapuchados le golpeó en la cabeza con la culata de su arma. Antoine cayó al suelo como un saco. Se lo llevaron en volandas.

—Tranquilos —dijo Otto—. Yo no daré problemas.

Les vendaron los ojos con tela gruesa, apretada. También le ataron las muñecas. Manos firmes los empujaron hacia una furgoneta que debía estar muy cerca: apenas dieron unos pasos antes de que los subieran. Otto no dijo nada más. Se concentró en contar los minutos. No llegaron a veinte.

El vehículo se detuvo y los bajaron a empujones. El aire olía a bosque húmedo, a leña y a tierra.

Al quitarle la venda de los ojos, Otto parpadeó ante la luz tenue de una lámpara de gas. Estaban en el interior de una cabaña de madera, desnuda, mal iluminada. Antoine yacía en el suelo, con la cabeza ladeada. Un hilo de sangre le corría por la sien hasta el cuello de la chaqueta. Se movió. Luego abrió los ojos, desorientado.

—Somos el Grupo de Acción Oradour-sur-Glane —dijo uno de los encapuchados.

Ahora eran ocho. A los cinco que habían ejecutado el secuestro se

les habían sumado tres más, que esperaban dentro de la cabaña. Otto los reconoció enseguida: eran los mismos pseudocomunistas con los que había tenido un "amable" encuentro días atrás. No necesitaban quitarse las capuchas. Uno llevaba una chaqueta de lana, otro una bufanda tejida a mano que colgaba hasta las rodillas, y el tercero vestía un abrigo que parecía de segunda mano, con manchas de pintura en una manga. Nerviosos. Torpes. No eran profesionales. Solo estaban allí porque alguien les había dicho que formaban parte de algo importante.

—Veo que habéis traído a los Vengadores. Bien hecho, muchachos —dijo Otto, clavando la mirada en los tres recién llegados.

Uno de los otros cinco (más robusto, más seguro, con voz educada pero fría) se adelantó un paso.

—Vaya, debes creerte muy listo, nostálgico de Vichy. Pero a mí me pareces un tonto.

Otto sonrió.

—Ocho tipos de campo. Tres que se definen como "libertarios" y cinco que se hacen llamar "vengadores". Sinceramente, yo no llamaría tonto a nadie si tuviera que moverme con semejante tropa.

El encapuchado alzó la mano, preparado para golpearle, pero se contuvo. Bajó lentamente el brazo, conteniendo el impulso.

—Yo soy Tulle —dijo con firmeza—. Hablarás conmigo. Y te comportarás.

Antoine ya parecía más despejado. Se incorporó un poco, apoyándose en un codo, y escupió al suelo antes de hablar:

—Mira, Tulle. Más te vale que nos desates o nos liberes ahora mismo, si sabes lo que te conviene. Porque, de lo contrario, voy a meterte un tiro entre ceja y cej...

El encapuchado sacó un revólver y apuntó a la cabeza de Antoine.

—Tulle no es exactamente un nombre, Antoine —dijo Otto, sin quitar la vista del encapuchado—. Tulle es una matanza. Junio del 44. Días después del desembarco en Normandía. Soldados de la 2.ª División Panzer SS Das Reich tomaron la ciudad, colgaron a casi un centenar de civiles a plena luz del día. Otros cien murieron en el

campo de concentración de Dachau. Y se hacen llamar Grupo de Acción Oradour-sur-Glane, refiriéndose a otra matanza de tropas alemanas contra civiles franceses.

El encapuchado se volvió hacia Otto con lentitud.

—Al final va a ser verdad que eres listo, o el menos tonto de una pareja de contrarrevolucionarios —sentenció—. Bueno, eso da igual. Habéis molestado a nuestros amigos de Traves, habéis llamado a los Vengadores y ahora vamos a poneros en vuestro sitio. Y, de paso, os explicaremos lo que pasó con ese nazi de Joachim Peiper.

—No hace falta —respondió Otto—. Vas a decirme que era un terrorista. Que preparaba una acción violenta en Francia. Que por eso lo matasteis.

Era difícil leer la expresión en un rostro cubierto de lana. Pero, incluso con la capucha, el silencio, el rictus boquiabierto lo delataba.

—¿Cómo sabes eso?

Otto alzó un poco los hombros.

—Ayer mismo hablé con el doctor Cuffy, un historiador militar con el que Peiper colaboraba desde hace años como traductor. Hablaron por última vez unos días antes del asesinato, desde una cabina telefónica. El doctor recordó que, durante la conversación, Peiper citó una frase de Federico el Grande: "La clave está en golpear antes del amanecer, sin previo aviso y sin piedad". Cuando la oí, algo comenzó a darme vueltas en la cabeza. Al principio no sabía si era esa frase u otra cosa lo que me preocupaba, hasta que entendí que, fuera de contexto, esas palabras podían parecer una amenaza o los preparativos de un acto criminal.

«Luego pensé que, sin duda, llevabais tiempo espiando a Peiper, desde que los periódicos publicaron dónde vivía. Luego pensé que, quizá, escuchasteis esa frase sin entenderla del todo. Y la sacasteis de contexto, pensando que estaba preparando un atentado fascista en Francia.

Por supuesto, la base del razonamiento de Otto era que aquellos cinco encapuchados (los autodenominados "Vengadores") eran casi tan idiotas como los tres libertarios que les acompañaban. La

diferencia era de actitud. Aquellos cinco se movían con aires de comando, como si hubieran entrenado en el ejército, pero bastaba escucharles hablar para intuir que su preparación táctica no iba más allá de unas cuantas películas sobre la resistencia francesa y algunas tardes en campos de tiro rurales. Otto, atado y apuntado por un arma, se abstuvo de compartir su opinión. No por cortesía, sino por simple prudencia.

De pronto, los cinco se apartaron a deliberar. Dejaron atrás a los tres libertarios como si no existieran. Hablaban los Vengadores entre ellos, rápido, nerviosos, a veces subiendo el tono:

—Ya te dije que no iba a cometer ningún atentado. No debimos atacarle.

—Yo soy el líder y tomé una decisión de combate basada en lo que sabíamos.

—¿Líder? ¿Tú qué vas a ser el líder, si no sabes ni cambiar el cargador de una AK-47?

La conversación bajó de volumen. Otto ya no los entendía. Solo percibía el murmullo tenso del desacuerdo y el sonido seco de egos tropezando entre sí.

Finalmente, el grupo se volvió hacia ellos. El que se hacía llamar Tulle dio un paso al frente.

—Sea como fuere —dijo elevando el tono, como si eso le diera autoridad—, decidimos que había que eliminar la amenaza.

Contó (algo avergonzado) que atacaron a Peiper de noche. Que el nazi los estaba esperando. Que disparó primero y casi mata a uno de los suyos, que ahora estaba hospitalizado. Que Peiper tenía varias armas y disparaba como enloquecido. Que casi no lo cuentan.

—Así que no lo matasteis —dijo Otto.

—No. Pero lo intentamos. Y no queremos nazis en nuestro pueblo. Así que os pedimos amablemente que os vayáis, que no molestéis a la gente del *Centre d'Action Sociale Populaire*, que dejéis de remover la mierda.

Levantó el arma.

—No repetiremos nuestra advertencia.

Los Vengadores salieron a la carrera de la cabaña y arrancaron la furgoneta con estruendo. Se alejaron a toda velocidad y dejaron atrás a los tres libertarios, que salieron corriendo tras ellos como gallinas descabezadas. Uno tropezó, otro gritaba insultos, y el tercero agitaba los brazos, incapaz de creerse que los hubiesen abandonado.

La furgoneta frenó de golpe unos metros más allá, chirriando sobre la grava.

—¡Idiotas! ¡Nos habíais dejado de lado!

—No. Solo nos olvidamos. Lo juro. Estábamos nerviosos y…

De pronto, se elevó la voz de Tulle:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí de una puta vez!

Los Libertarios subieron a la furgoneta. Los Vengadores aceleraron y desaparecieron tras una curva.

—Bonita tropa —comentó Otto.

—Vaya que sí. Por cierto, ¿cómo nos desatamos? —preguntó Antoine, mirando las cuerdas que inmovilizaban sus manos—. De armas no entienden, pero la cuerda es de primera y los nudos también.

—Desatarnos no es problema —repuso Otto.

Levantó el brazo y, con un giro sutil de muñeca, hizo deslizar un pequeño cuchillo desde el interior del puño de la camisa. Lo había llevado todo el tiempo, pegado a la piel.

Cortó sus propias ataduras en segundos, y luego se inclinó para ayudar a Antoine. La pernera del pantalón se alzó lo suficiente para que Antoine viera otra cosa: una pistola, bien sujeta en el tobillo de Otto.

—¿Podías haberte soltado en cualquier momento y no lo hiciste?

—Claro. Y también podía haberlos matado. Pero muertos no me habrían contado nada.

Antoine se frotó las muñecas.

—¿De verdad crees que no fueron ellos los que mataron a Peiper?

—No lo sé. Tal vez lo mataron y luego se dieron cuenta del lío en el que se habían metido. Por eso ahora mienten, intentan cubrirse. Pero la historia que nos contaron los deja como a unos memos, lo

cual resulta coherente, creíble… porque son unos memos.

—¿Y tú qué crees? La verdad.

Otto miró hacia el claro por donde se había ido la furgoneta.

—Lo que creo es que es mucha casualidad. Un grupo de asesinos vigilando a Peiper, y otro esperando a ver qué pasaba. Los primeros fallan… los segundos lo terminan sin dejar huella alguna de que haya un segundo grupo.

—Así que fueron ellos… esos comunistas de salón disfrazados de guerrilleros —bufó Antoine, con desprecio—. Ni siquiera saben sostener una pistola sin temblar.

Otto no respondió. Por un instante, se preguntó si el auténtico "vengador" no sería el propio Antoine. ¿Y si don Álvaro lo había enviado a Francia con un propósito más oscuro del que aparentaba? Tal vez no buscaba respuestas, sino nombres. Tal vez esperaba que Otto descubriera quiénes habían matado a Peiper para luego eliminarlos. ¿Era aquello una retorcida venganza de admiradores del Reich contra los que habían acabado con uno de los suyos?

—Ya te he dicho que no tengo claro si fueron o no los asesinos —replicó Otto, con tono seco—.Este tipo de casos siempre es más complejo de lo que parece.

Antoine se frotó la nuca, dolorida y todavía sangrante.

—Investigaré la matrícula de la furgoneta. Alguno de esos imbéciles seguro que la tiene a su nombre. Ni siquiera se molestaron en taparla.

—Haz lo que quieras —dijo Otto, encogiéndose de hombros—. Yo seguiré otras pistas.

Antoine salió de la cabaña maldiciendo en voz baja. Afuera, el bosque estaba en calma. A lo lejos, muy lejos, se divisaban las luces pálidas del pueblo de Traves. Al menos a cuatro o cinco horas andando.

—¿Y ahora cómo volvemos? —preguntó Antoine, ajustándose el abrigo.

—A pie, por supuesto. Porque por aquí no pasa ni un alma. No creo que podamos hacer autostop —repuso Otto.

Y comenzó a caminar, mientras silbaba una tonadilla.

Capítulo 23.

1944 (diciembre). El efecto Peiper.

Nido de las Águilas, 19 de diciembre de 1944.
Autor: Otto Weilern, Asistente General del Führer

1. Expansión del fenómeno

En apenas once días, lo que comenzó como una ofensiva se ha convertido en un proceso de degradación. Malmedy ya no es un hecho aislado. Es el modelo. Lo que vi, lo que me contaron, lo que sé… confirma que algo profundo y oscuro ha arraigado en la división Leibstandarte. He empezado a llamarlo el "efecto Peiper".

Desde que se conoció su matanza, la fórmula se repite: prisionero capturado, prisionero ejecutado. No como acto de guerra, sino como demostración de pureza ideológica.

Y los oficiales intermedios (en lugar de frenarlo) lo exhiben como símbolo de eficacia.

Anoto aquí uno de los episodios más recientes. Ocurrió la tarde del 17 de diciembre en Wereth, un caserío de la provincia de Lieja.

2. Los hechos

Once artilleros estadounidenses de raza negra, pertenecientes al 333.º Batallón de Artillería de Campaña, huyeron a pie tras rendirse cerca de Schönberg. Llegaron exhaustos a la granja de Mathias y María Langer. Pidieron refugio.

Poco después, una patrulla de reconocimiento motorizado los encontró. Era gente de la 1.ª SS-Panzer, bajo mando de Knittel. Los obligaron a sentarse detrás de la vivienda. Luego los condujeron a un prado cercano. No hubo juicio, ni informe oficial. Hubo golpes, bayonetas, fracturas deliberadas. Una ejecución prolongada, meticulosa.

No existe constancia escrita del hecho. Solo un testimonio civil belga interceptado. Y una frase suelta de un radiofonista SS, que durante un enlace nocturno se jactó de la "caza".

Es evidente que esto ya no depende de Peiper. La consigna «sin

prisioneros» ha mutado en credo. Aquellos once hombres no solo eran enemigos. Eran negros. La ideología hizo el resto.

Cada nuevo incidente fortalece la imagen de impunidad. Se compite por el exceso. Y mientras tanto, en cada bosque, en cada cruce, la resistencia enemiga se vuelve más fiera. Han comprendido que rendirse equivale a morir. Nosotros les hemos enseñado eso.

Lo que más me inquieta no es la brutalidad. Es su aceptación.

Siento que hemos cruzado un umbral del que no hay retorno. La violencia ya no sirve a un objetivo militar. Se sirve a sí misma. La división Leibstandarte ha dejado de ser un cuerpo de élite. Hablamos de un grupo de criminales.

3. Conclusión

El patrón no nace de la nada: la orden verbal de Peiper, «sin prisioneros», se ha convertido en santo y seña para toda la división, aun cuando Peiper no está presente.

El mando supremo persigue la velocidad; la tropa interpreta que la manera más rápida de avanzar es ejecutar cautivos in situ.

Resultado: se ganan minutos, se pierden horas bajo el fuego de un enemigo que no puede rendirse. Siento que hemos cruzado un umbral del que no hay retorno moral ni político: la violencia desatada ya no sirve al objetivo militar, sino a sí misma.

He sellado la presente nota con la clave OW-Z/131-44. Nadie más la leerá por ahora.

Capítulo 24.

1976. Julien.

El sol no perdonaba, ni siquiera en un rincón tan frío como Traves. Después de casi cinco horas caminando, Otto y Antoine llegaron al pueblo con la ropa pegada al cuerpo y la cara enrojecida.

Pilar Delon-Épine estaba justo delante de su casa, sacando un par de bolsas de un coche viejo. Al verlos, levantó una ceja.

—Vaya, señor Weilern. ¿Se ha traído compañía?

—Este es mi amigo Antoine Santos —dijo Otto.

—Un placer —dijo Antoine, y amablemente tomó una de las bolsas.

—¿Se queda a cenar, señor Santos? —preguntó Pilar.

—Encantado —respondió Antoine, con su mejor sonrisa.

Otto se limitó a seguirlos, con cara de pocos amigos.

Ya en el interior, mientras Pilar acomodaba las bolsas, Antoine le hizo una pregunta:

—¿Se llama usted Pilar porque tiene raíces españolas, como yo?

—Oh, no —respondió ella, riendo suavemente—. A mi madre le encantaba el nombre. Decía que lo había visto en un cartel de una cantante o de una actriz, cuando era niña. Me lo puso sin más, y a mí siempre me ha gustado. Me hace sentir… distinta. No hay muchas Pilar por aquí.

Otto entró al salón detrás de ellos. No dijo nada, pero su expresión dejaba claro que habría preferido cenar a solas.

Se ducharon y luego se sentaron a la mesa. Pilar sirvió sopa de cebolla y pan aún caliente. El aire olía a tomillo y un poco a jabón. Antoine hablaba con soltura, agradecido, encantador. Pilar parecía contenta.

Otto comía en silencio. Prefería escuchar. Como siempre.

—¡Ah, por cierto! Se me olvidaba —dijo Pilar, dándose un golpe en la frente, como si acabara de recordar algo importante.

La mujer dejó suavemente la cuchara sobre su plato

—Una cosa quería decirle, señor Weilern. Usted aquí es un invitado, y debe respetar las costumbres de esta casa.

—¿Perdón? —Otto la miró, sorprendido.

—Julien me ha dicho que quiere cenar con nosotros. Me ha confesado que usted le ha animado. Que fue idea suya.

Otto carraspeó.

—No era más que una sugerencia —dijo por fin—. Pensé que…

—No piense más. Julien es mi hijo y lo conozco mejor que nadie. Cuando se emociona, cuando se pone nervioso, pierde el control. La mesa se convierte en un infierno. No se comporta. No come. Rompe cosas. Y luego llora durante horas. ¿Quiere eso?

—Tal vez…

—Tal vez, nada. —La voz de Pilar era firme, sin aspereza, pero sin espacio para la desobediencia—. Si no está contento con las costumbres de esta casa, puede irse cuando guste.

Otto bajó un poco la vista.

—Tiene razón. Le pido disculpas.

Y continuaron con la cena.

Al cabo de un rato, Antoine sacó a colación un asunto que le rondaba la cabeza. Otto comprendió que aquella era la razón por la que había aceptado la invitación a cenar. En el pueblo, se decía que Pilar Delon-Épine estaba al tanto de todo lo que pasaba en Traves.

—¿Podría hacerme un favor, Pilar?

—Si está en mi mano.

—¿Recuerda a un vagabundo que ha estado por Traves estos meses?

—¿Vagabundo?

—Sí, un hombre que hasta la muerte de Peiper rondaba por el pueblo. Vivía en una tienda de campaña, por las montañas…

—¡Ah! Lo de vagabundo me ha descolocado al principio. Usted habla del "hombre sucio"… —dijo Pilar, y bajó ligeramente la voz—. Así lo llamaba Julien. Lo veía por la calle y se ponía a gritar "¡mamá, el hombre sucio!", señalándolo como si fuera un monstruo de feria. A veces lo seguía, le hablaba. Tuve que prohibírselo. Pero ya sabe cómo es Julien… hace lo que quiere. Pero en casa tiene que comportarse.

Se giró hacia Otto, con gesto acusatorio.

—¿Ve, señor Weilern? Por eso le digo que Julien no sabe comportarse. Él lo intenta, pero no… no sabe. No puede.

—¿Ese hombre… alguna vez les dijo su nombre? —preguntó Antoine.

Pilar negó con la cabeza.

—No. Yo nunca le hablé. Nunca lo vi de cerca, realmente. Siempre huía de los demás. Parecía estar… esperando que pasase algo… o que pasase alguien.

—¿No sería a Peiper? —insistió Antoine—. ¿No coincidía su presencia con las salidas al pueblo de Peiper o de su esposa Sigurd? Piense bien antes de contestar.

Pilar quedó en silencio, el tenedor suspendido entre el plato y la boca.

—Ahora que lo dice… sí. Las tres veces que lo vi, Peiper o su esposa estaban comprando en la tienda de comestibles. O en la panadería. No había reparado en ello, pero ahora me doy cuenta. Tiene usted toda la razón.

A Antoine se le iluminaron los ojos. No preguntó nada más. Otto se sirvió un poco más de vino y dejó que la cena siguiera su curso.

Hablaron otra media hora al menos, de banalidades, recuerdos de la época en que Pilar fue maestra, libros clásicos franceses y cosas por el estilo. La anfitriona sirvió un yogur natural con miel. La conversación se fue apagando lentamente.

Poco después, la cena terminaba en un silencio amable, interrumpido solo por el tintinear de los cubiertos sobre los platos. Otto se levantó para ir al lavabo. Cuando regresó, Antoine ya no estaba.

—¿Y mi amigo? —preguntó, mirando alrededor.

—¿Antoine? —respondió Pilar sin dejar de fregar—. Pensé que estaba con usted, en su habitación. Me he puesto con los platos y he perdido la noción del tiempo. Ah, por cierto, tendrá que pagarme aparte la ducha y la cena de su amigo.

Pilar parecía obviar que ella misma le había invitado. Otto meneó

la cabeza. La mujer le daba la espalda, los brazos sumergidos en el agua jabonosa.

Otto decidió no protestar. Se apoyó un momento en el quicio de la puerta del salón. Estaba seguro de que Antoine no había subido a la segunda planta. Entonces, ¿dónde estaba?

Fue entonces cuando escuchó un crujido al final del pasillo. Alzó la vista justo para ver a Antoine salir con paso rápido de la habitación de Julien.

—Tengo que irme, Otto —dijo sin mirarlo.

—¿Espera... has averiguado algo?

—Sí. No. Bueno… —se pasó una mano por la frente—. Tengo que pensar.

—Te acompaño.

—No —cortó él—. Debo comprobar una cosa. Te aviso en breve.

Y sin añadir nada más ni despedirse, Antoine abrió la puerta de la casa y se marchó a toda prisa.

Otto se quedó solo en el recibidor. Miró durante unos segundos la puerta cerrada de la habitación de Julien. Pilar seguía fregando platos en la cocina. El sonido del agua y la porcelana chocando entre sí se le antojó ahora más inquietante que cualquier grito.

Capítulo 25.

1945 (enero). Derrota.

A pesar de la actuación criminal de la división Leibstandarte y de Joachim Peiper, las tropas alemanas fueron derrotadas. Solo el 5.º Ejército Panzer de Hasso von Manteuffel pudo alcanzar sus objetivos y abrir una brecha en las líneas enemigas, a pesar de avanzar en medio de la nieve y con temperaturas bajo cero.

—Manteuffel está cerca del Mosa, a la altura de la ciudad de Bastogne —informó Otto a Hitler en el búnker unos días después.

—¡Bien! ¡Por fin!

El Führer se levantó, visiblemente nervioso, e inició uno de sus discursos acerca de Federico el Grande y los caudillos que resisten ante cualquier adversidad, y en contra de los banqueros, los plutócratas, los judíos y los marxistas, que eran la escoria de la sociedad. Todos los generales, asistentes y el resto de oficiales allí reunidos aguantaron el chaparrón estoicamente.

Cuando acabó, el Führer estaba exhausto y las manos le temblaban de forma incontrolable. Otto decidió que era el momento de darle las malas noticias.

—Por otro lado, nos estamos quedando sin combustible y los informes meteorológicos indican que el mal tiempo podría terminar en breve.

Hitler cogió los informes que le tendía Otto y los leyó furibundo. La Luftwaffe no se podía enfrentar a las fuerzas aéreas aliadas. Eso era indudable. Por ello habían escogido para la ofensiva unas fechas con mal tiempo, con cielos muy nublados que impedían los movimientos de los aviones enemigos y el reconocimiento aéreo. Si el tiempo cambiaba, la derrota estaba asegurada. Los bombarderos americanos e ingleses destruirían los tanques alemanes, que estaban operando a campo abierto. Por no hablar de las líneas de suministro o los depósitos de combustible, si es que quedaba alguno.

—La Providencia no puede haberme salvado para perder, ¿no es verdad, Otto?

Hitler se había olvidado del resto de los presentes y hablaba solo

para su Asistente General. Este pareció titubear:

—No, Adolf. No parece lógico —dijo por fin.

—Si la Providencia me dejó con vida tras el atentado del veinte de julio fue sin duda porque sabía… ella sabía que yo daría con la llave para la victoria. Lo sé. Nada más tiene sentido.

Pero, tuviera sentido o no, las cosas se torcieron. Aquel mismo día llamaron a Otto desde el frente:

—Skorzeny está herido —le informaron.

El Asistente General se quedó mudo al otro lado de la línea. Aquel gigante austríaco le caía bien, le traía recuerdos de su hermano fallecido, de tiempos mejores. Era su amigo.

—La cosa no es grave —le explicaron—. Sucede, sencillamente, que los americanos terminaron por darse cuenta de que había un montón de falsos americanos a su alrededor, gente con tanques de pega, documentos falsificados y uniformes que no les quedaban bien del todo.

La Operación Greif había sido orquestada con prisas. Apenas un par de meses para algo que necesitaría ocho, al menos, de preparación. Y los comandos de Skorzeny habían sido descubiertos demasiado pronto y finalmente perseguidos como ratas. Al fin y al cabo, al no vestir con uniformes alemanes, no eran realmente soldados y no podían acogerse a la Convención de Ginebra. Oficialmente eran espías. Pese a todo, solo unos pocos fueron capturados (y ejecutados sin derecho a juicio).

—¿Y el resto de la ofensiva, cómo va? —preguntó Otto a su interlocutor, uno de los generales al mando.

—Manteuffel sigue en Bastogne. Los americanos se niegan a rendirse; no podemos avanzar y se rumorea que Patton y sus hombres están al llegar. No tenemos combustible y han fallado los intentos de apoderarnos de algún depósito enemigo. Los Panzer de Peiper, por otro lado, han avanzado heroicamente, pero se han quedado también atascados. Pronto cambiará el tiempo y la aviación enemiga nos encontrará expuestos, desplegados en combate.

—No pinta bien.

—Seguiremos luchando —dijo el general—. Tengo fe en la patria alemana y en el Führer. No admito excusas para la derrota. No nos detendremos hasta que perezca el último hombre.

—Le transmitiré sus palabras al Führer.

—Hágalo, Asistente General.

La batalla estaba perdida. Pero Hitler se negó a aceptarlo. Por el contrario, llevó a toda su plana mayor a un pinar cercano y dio otro discurso acerca de resistir, de no ceder ni un palmo de terreno.

En total, sumando todas las operaciones y ofensivas fallidas esos días en todos los frentes, hablamos de unos cien mil soldados alemanes muertos, desaparecidos o incapacitados, ochocientos aviones y seiscientos tanques. Un desastre en toda regla, un golpe para la maltrecha moral de unas tropas que abiertamente hablaban ya de qué iban a hacer tras la derrota final. Hasta los generales más fieles expresaban en público sus opiniones sobre la inminente catástrofe que se avecinaba.

El 8 de enero, los alemanes comenzaron la retirada de las Ardenas. Hasta Hitler tuvo que reconocer que mantener la cuña entre los ejércitos enemigos exponía a sus tropas a una catástrofe.

El 15 de enero, Hitler y su Estado Mayor abandonaron Adlerhorst, el Nido de las Águilas. Una hora antes del traslado, un hombre enfermo, cabizbajo, miró a su Asistente General y dijo:

—¿Debería quitarme la vida?

Otto le lanzó una mirada de ojos desorbitados. ¿Y si todo fuera tan sencillo como eso? ¿Y si con ese acto se acabase la guerra mundial?

—La situación es complicada, Adolf —dijo, tanteando el terreno, tratando de no disuadirle.

—Goering es un imbécil. Si los aviones de la Luftwaffe no me hubieran fallado… —Hitler se quedó callado y añadió—: Pero siempre me ha sido fiel. No como esos generales prusianos estirados, que llevan años esperando mi caída.

De pronto, el cuerpo de Hitler pareció convulsionar. Pero no era su enfermedad. Era pura rabia. Estaba en plena crisis bipolar, lo que sucedía cada vez más a menudo: primero la apatía, la depresión…

luego la ira. Pronto la locura.

—¡No! ¡No! ¡Y mil veces no! ¡Traidores! ¡Farsantes! —chilló—. No voy a rendirme. No voy a matarme. Muy al contrario, arrastraré al mundo entero a una batalla final que se llevará las vidas de millones de personas. ¡Millones! No quedará ni una sola persona en Alemania, en Europa ni en el maldito planeta.

Hitler tenía los ojos encarnados, como si fuese un demonio. Aquellas palabras fueron oídas por solo dos personas: Otto Weilern y Nicolaus von Below, otro de los asistentes de Hitler, su consejero en temas de la Luftwaffe, que así lo declararía meses más tarde ante los interrogadores aliados. Ambos hombres se miraron horrorizados. Sin decir palabra, abandonaron el búnker n.º 1 mientras el Führer seguía despotricando y lanzando espumarajos por la boca.

LIBRO CUARTO

Toda investigación llega a su fin

Capítulo 26.

1976. Una llamada y dos mudanzas

Otto estaba agachado junto a lo que quedaba del huerto de la familia Peiper, en la parte trasera de lo que había sido la casa. Con la pala iba removiendo tierra húmeda, cubierta aún por restos de ceniza y hojarasca. Cada tanto se detenía, observaba el fondo, escuchaba los sonidos del bosque. Se inclinó un poco más.

—¿Qué busca? —preguntó una voz a su espalda.

Otto no se sobresaltó. Se volvió con calma. Erwin Eisenhut estaba a unos metros, con las manos en los bolsillos, el rostro marcado por la fatiga.

—Una pista. Cualquier cosa —respondió.

—¿Y cree que la policía se dejó algo en el registro?

—La policía siempre se deja algo. Y más en un caso donde no hay voluntad de resolver nada.

Se incorporó despacio y se sacudió la tierra de los pantalones. Al levantar la vista, notó una furgoneta blanca aparcada más allá de los árboles. En su interior, varias cajas mal apiladas que sobresalían y podían verse apretadas tras la ventanilla.

—¿Se marcha? —preguntó Otto.

—Sí. Aquí ya no hay sitio para hombres como yo. Traves siempre será el lugar donde mataron a Joachim Peiper. Yo solo quiero que me olviden. Y aquí nunca lo harán.

Miró una última vez hacia el huerto medio abandonado de sus amigos, donde alguna vez crecieron hortalizas. Aún se adivinan los surcos, ahora cubiertos de hierba.

—Así que me voy —añadió—. No muy lejos. Abandono Traves y me instalo en Cussey-sur-l'Ognon. A unos pocos kilómetros. Me gusta este clima.

Otto asintió. Aquella zona era hermosa, a su manera.

—Hay una cosa que quería preguntarle, señor Eisenhut —dijo entonces.

—¿Sí?

—Solo una duda. He hablado con gente de los alrededores. Hay

algo que no me cuadra. Usted sigue insistiendo en que no vio nada la noche del crimen. Y eso resulta curioso. Porque dos vecinos de pueblos cercanos, Chassey-lès-Scey y Vy-le-Ferroux, aseguraron haber visto el resplandor del incendio alrededor de las doce y media. Y cuando llegaron, ya sobre la una, el incendio lo devoraba todo y las tejas estaban cayendo con estrépito.

Erwin Eisenhut se encogió ligeramente.

—Me tomé una pastilla para dormir. Ya se lo expliqué.

—Sí —asintió Otto—, pero una pastilla para dormir no te deja inconsciente. Si hay ruido, fuego, disparos... y a menos de 250 metros... uno se despierta.

Erwin bajó la cabeza. Y entonces habló, rápido, como si necesitara liberarse de algo que llevaba tiempo pugnando por salir.

—Tuve miedo.

Otto había notado en el temblor de la voz a una vieja conocida: la sinceridad.

—Estaba medio ido —continuó Eisenhut—. Me desperté un momento. Vi siluetas. Cinco, tal vez seis hombres disparando hacia la casa de Joachim. Y... voy a ser claro. Cuando luché por el Reich tenía veintitantos. Ahora tengo sesenta. No quiero morir. Así que cerré la ventana, me volví a la cama, me tomé otra pastilla. Y me dormí. Era mi amigo, me había dicho que no lo ayudara… pero… debí hacerlo. Y sabía que debía hacerlo. Pero aun así me fui a dormir.

Otto no dijo nada al principio. Chasqueó la lengua.

—Lo entiendo —dijo al fin—. Los cementerios están llenos de héroes. Y, ¿sabe? Creo que ya sabía lo que había pasado. Era lo más lógico. A veces la explicación más sencilla es la verdad.

—Eso me dijo anteayer su amigo.

—¿Mi amigo?

—Antoine.

—Ah...

—Estuvo en mi casa. Me preguntó por un vagabundo que el mes pasado rondaba esta zona. Le dije que sí, claro que lo recordaba. Y

entonces me hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Cuál?

—Me preguntó si creía posible que Joachim hubiese matado al vagabundo. Que lo hubiese usado para simular su propia muerte. Le respondí que era imposible, que Joachim no haría eso. No mataría a un desconocido para salvar el pellejo. Pero él insistía, dudaba. Tenía tres teorías, me dijo. La del vagabundo muerto, la de los comunistas que atacaron la casa, y otra... una locura, según sus palabras. Pero también dijo que las locuras a veces son verdades disfrazadas. Y que aquella, precisamente por increíble, era la más sencilla. Lo explicaba todo.

—¿Le contó cuál era esa explicación mágica?

—No. Pero cuando se marchó, tuve la impresión de que ya lo tenía claro. Que había resuelto el caso.

—¿No le dio ni siquiera una pista de lo que era?

—Parecía incómodo cuando hablaba del tema. Como si algo lo inquietara. Me dio la sensación de que tenía miedo. No de mí. Miedo a la respuesta, quizás. A las consecuencias de lo que acababa de descubrir. Pero bueno —hizo una pausa—, sea como fuere, puede preguntarle usted mismo cuál es su teoría.

—No. No puedo. Hace casi dos días que no sé nada de Antoine. Cené con él, hablamos, y a partir de ahí... se esfumó. No he encontrado rastro de sus movimientos. Acabo de enterarme de que vino a verle, pero desde entonces... nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Otto frunció los labios, hundió la pala en la tierra húmeda y removió sin esperanza. La ceniza, la madera y el metal retorcido parecían reírse de su esfuerzo.

—Es frustrante, sí —dijo Eisenhut, adivinando en su gesto la misma impotencia que él sentía—. Ojalá encuentre algo y la persona que mató a mi amigo pague por ello. Precisamente para eso he venido hoy: para rezar por él… y pedir justicia.

—Supongo que es como despedirse de su camarada.

—Sí. Eso también.

Otto no dijo nada más. Se limitó a darle una palmada en la espalda. Luego se alejó, dejando solo al veterano de la Leibstandarte, inmóvil frente a las ruinas. Eisenhut se quedó allí un momento, como si esperara que del silencio brotara una respuesta. Pero no lo hizo. Solo el viento respondió, arrastrando ceniza entre los árboles.

Y pasaron otras 48 horas, y luego 48 más. Otto no dejó de moverse, de buscar, de preguntar. Volvió a interrogar a los tres Libertarios. Esta vez estaban menos nerviosos y más hostiles, crecidos por el apoyo de sus amigos los Vengadores. Uno de ellos, el de la bufanda roja, le dijo sin rodeos que debía largarse. Ya. Se lo habían advertido. Si seguía haciendo preguntas, pondrían precio a su cabeza.

Mientras tanto, en el pueblo el rumor era ya casi certeza: Antoine Santos había sido asesinado por los Vengadores. Nadie lo decía en voz alta, pero todos lo pensaban. A la policía local no parecía importarle… pero les estorbaba la mera sospecha de que fuera cierto. Con un muerto podían disimular. Con dos, el asunto ya empezaba a oler mal.

El pueblo comenzó a temer que apareciesen más cadáveres y se cerró en banda. La gente de Traves era sencilla, de campo. Nadie quería problemas.

Otto llamó a todas las puertas, pero algunas comenzaron a cerrarse incluso antes de que él apareciera.

Pasó una semana. Cierto día, Otto se dio cuenta de que no valía la pena seguir allí. No conseguiría nada más, ni una pista, nadie que tuviese algo que contarle, mucho menos una confesión. Resignado, estaba metiendo en su coche un par de abrigos y una pequeña maleta. El cielo era gris, el aire olía a nieve. Se inclinó para cerrar el maletero.

Era hora de irse.

Entonces, sonó el teléfono.

—Es un tal Álvaro Solís —dijo Pilar, asomándose a la puerta con el teléfono en la mano.

Otto entró, cogió el aparato. Al otro lado, la voz de don Álvaro Solís sonó cargada de tensión.

—¿Sabe algo nuevo?

—No. De momento no hay avances. Ni creo que los haya. Así que me marcho. Aquí no pinto nada.

—¿Deja el caso?

—No… Sí. En realidad, sí. No hay nada que pueda hacer.

—¿Y sabe algo de Antoine?

—No. Ha desaparecido. Tal vez…

—Tal vez… nada. A estas alturas lo doy por muerto. Antoine era de mi total confianza. Si no ha dado señales de vida es porque no puede darlas.

—Le busqué por todo Traves y por la zona alta del valle del Saona, por los caminos que suben hacia las colinas de Saint-Ferjeux, pregunté en el cementerio viejo, en la granja abandonada junto al bosque de pinos, incluso en la cantera cerrada desde hace años. Nadie lo había visto. Nadie sabe nada, o eso dicen.

—¿Qué cree que le pasó?

—Debieron ser los comunistas, esos que se hacen llamar los Vengadores. Tienen armas y miedo a que los descubran. Pero en este caso, no hay nada seguro.

—Lleva casi un mes en ese lugar y lo que me ha dicho es lo mismo que ya sabíamos desde el primer día.

—Estoy en un pueblo pequeño, una aldea donde hay dos tipos de personas: los que no hablan porque no saben, y los que no hablan porque saben demasiado. Solo alguien de la zona podría sacar más información.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Luego don Álvaro habló, más bajo:

—¿Y si Antoine se acercó demasiado? ¿Y si descubrió la identidad de uno de los comunistas, de los que apretaron el gatillo, y por eso lo callaron?

—Puede ser. Pero también puede ser que no. Antoine tenía su propia agenda, sus propias pistas. Me dijo que estaba investigando la matrícula de una furgoneta, pero no he sabido más de ese tema. La noche que desapareció, estaba detrás de una idea nueva. No me

dijo cuál.

Otto oyó cómo don Álvaro contenía la respiración. Se sentía tan impotente como Eisenhut. No se trataba solo de que había perdido a su hombre de confianza, sino de no tener a quién castigar por la muerte de Peiper y la de Antoine.

—No me quedaré de brazos cruzados. Alguien debe pagar.

—Es difícil castigar a fantasmas, don Álvaro. Más aún si ni siquiera estamos seguros de que sean culpables.

—Me habían dicho que era capaz de resolver cualquier situación, señor Weilern. Me ha defraudado —la voz de don Álvaro era seca, dura.

—Puedo con cualquier situación en la que se pueda interactuar con la gente y descubrir la verdad —respondió Otto—. Pero este lugar es una tumba. Ya se lo he dicho antes: contrate a un investigador local, alguien de los contornos.

—No hay investigadores en los contornos. No hay nada en los contornos. Solo vacas y campesinos.

—Eso complica todo un poco, sí —admitió Otto.

—¿Y entonces? ¿Lo dejo estar? ¿Tiro la toalla?

—No le estoy diciendo eso. Solo que yo ya no puedo avanzar más. Al menos no aquí, no ahora.

Álvaro soltó una exhalación larga y pesada. Después, dijo:

—Usted era el Asistente General del Führer. Pero parece que no ha heredado el espíritu de su antiguo jefe.

—No, señor. Por fortuna.

La frase no debió agradar a su interlocutor. Sin más palabras, Álvaro colgó.

Unos segundos después, Otto salió de la casa y caminó hacia el coche. Pilar estaba junto a la puerta, esperándolo con algo envuelto en papel de aluminio. Parecían sándwiches.

—Para el camino —dijo.

—Gracias, señora Delon-Épine.

—Ha sido un placer tenerlo en casa. Sé que no soy una mujer fácil, pero…

—No se disculpe. Yo también lo soy. Todos lo somos, en mayor o menor medida.

Otto abrió la puerta del coche y se sentó. Metió la llave en el contacto.

—¿Y Julien?

—Por ahí, como siempre —respondió Pilar con una mueca—. Dando vueltas, preguntando a la gente qué ha comido. Lo de siempre.

Otto sonrió. Giró la llave y el motor rugió con suavidad. Mientras se alejaba por la carretera polvorienta, miró por el retrovisor. Pilar seguía allí, de pie, inmóvil. Una mujer inmensamente triste.

Capítulo 27.

1945 a 1976. Impunidad.

Pocos meses después de la Ofensiva de las Ardenas, la guerra mundial terminó y el Reich de Hitler se desmoronó como un castillo de naipes. Otto Weilern, como tantos otros, fue arrestado en la primavera de 1945. Pasó meses en manos soviéticas, luego fue transferido a los americanos.

Durante sus primeros días en prisión escuchó el rumor: Joachim Peiper había sido capturado. No le sorprendió. Pensó que lo ejecutarían, como a tantos otros criminales de guerra: oficiales de los Einsatzgruppen, guardias del campo de Belsen, o las grandes culpables de ese monstruo llamado nazismo, que fueron ajusticiados en los juicios de Núremberg.

Otto tenía la certeza de que aquello que ocurrió en las Ardenas sería suficiente para que Joachim Peiper corriese la misma suerte. Por eso, cuando en su celda repasó mentalmente sus antiguos informes (que nunca entregó), decidió que el mundo no necesitaba su testimonio. El mundo ya lo sabía todo de los crímenes de las Ardenas. Había cadáveres, testigos, incluso fotografías.

En 1952, Otto fue puesto en libertad. Regresó a una Alemania irreconocible, dividida, ocupada, triste. Pero viva. Pasaron unos días antes de que, en una conversación trivial con un vecino, escuchara el nombre de Peiper.

—Sigue vivo —le dijo.

No lo creyó al principio. Pero era cierto. Había sobrevivido.

El juicio había tenido lugar seis años antes, en Dachau. Un tribunal militar estadounidense juzgó a setenta y tres miembros de la Waffen-SS por la masacre de Malmedy y otros crímenes durante la Ofensiva de las Ardenas. Peiper estaba entre ellos. Recibió la pena de muerte. No solo él: cuarenta y tres condenas a la horca, veintidós a cadena perpetua.

Pero el mundo había cambiado. En plena Guerra Fría, la presión diplomática y mediática (sobre todo desde Washington) empezó a ablandar los veredictos. Estados Unidos necesitaba aliados en la

nueva Europa, no mártires nazis. Y así, entre 1951 y 1952, las penas de muerte fueron conmutadas una a una.

Otto no se sintió feliz, precisamente. Recordó el rostro de Peiper, su voz arrogante, la seguridad que transmitía, la creencia de que todo cuanto hacía era lo correcto… incluso el asesinato.

A finales de 1952, Otto leyó en un periódico una carta firmada por Joachim Peiper desde prisión. La leyó varias veces. Peiper se describía como "un monje ultrajado", alguien a quien se le había tratado "peor que a un animal".

Otto dejó el periódico sobre la mesa, se sirvió un café y se quedó mirando la ventana. No había una sola palabra sobre sus remordimientos. Ni un gesto de empatía. Ni una línea para los ejecutados por orden suya. Nada.

En su lugar, el antiguo oficial se presentaba como mártir, no como verdugo. Denunciaba una conspiración contra los soldados de la Waffen-SS, a quienes (según sus propias palabras) se había "convertido en chivos expiatorios". La lógica estaba invertida: el criminal era víctima; el que dio la orden era ahora el ofendido.

Peiper se reivindicaba como un soldado idealista que había luchado por Europa. Un caballero germánico. Un cruzado traicionado por su propia patria. Un hombre que debía salir libre porque su castigo era injusto.

Y tenía razón. Cuatro años después, saldría libre.

Su pena se conmutó a cadena perpetua, y fue liberado bajo vigilancia en 1956. Diez años en total. Algunos de sus subordinados apenas cumplieron cinco.

Otto entendió entonces lo que había pasado. El juicio no logró probar su participación directa en las ejecuciones. Dio la orden, sí. Pero no disparó. Y ese vacío técnico bastó para salvarlo.

43 penas de muerte dictadas… cero ejecuciones.

Otto cerró el periódico con lentitud. Sintió el peso de los años. La Historia, pensó, ya no tenía verdugos. Solo víctimas.

Poco tiempo después, se fue a vivir a España. Valencia era un lugar ideal para antiguos nazis. También para hombres como Otto

Weilern, que jamás lo fueron. El clima amable, la burocracia laxa y el mismo anticomunismo creaban el ambiente perfecto para envejecer sin problemas si eras un veterano del Reich.

Allí, entre cafés cargados y paseos por la playa, Otto siguió el rastro de Joachim Peiper, como si aún no pudiera cerrar esa página. Descubrió entonces la red HIAG, fundada en 1951 por antiguos mandos de la Waffen-SS. Decían que querían "rehabilitar" la historia de su cuerpo, pero lo que hacían era propaganda y revisionismo. Y sí, fueron ellos quienes, con presión diplomática y contactos en Bonn, allanaron la salida anticipada de Peiper.

"Quizá —pensó Otto, encendiendo un cigarrillo— la historia no premia la inocencia ni castiga la culpa. Solo protege a los que saben reescribirla."

Poco después se casó y trató de olvidar.

Durante los años sesenta, el clima político en Alemania comenzó a cambiar. Nuevas generaciones preguntaban por las viejas heridas, y la justicia, empujada por una renovada conciencia, reabrió causas que se creían enterradas. Entre 1964 y 1969, Peiper volvió a ser investigado por la masacre de Boves. Su unidad había incendiado casas y matado a civiles desarmados. El caso fue archivado por "falta de pruebas directas", aunque su responsabilidad quedó clara. Poco después, una denuncia impulsada por Simon Wiesenthal le implicó en la deportación de judíos desde Borgo San Dalmazzo. También quedó en nada.

Joachim Peiper era un tipo con suerte.

Otto Weilern, ya viudo, vivía entonces en Madrid. Había dejado atrás Valencia y encontraba en la capital, una urbe mucho más poblada, el anonimato que buscaba. Por entonces trabajaba de investigador privado o, para ser más exacto, de solucionador: si había un problema, él lo solucionaba… en ocasiones por las buenas, la mayor parte de las veces por las malas.

Cuando no estaba "solucionando problemas", le gustaba caminar durante horas, especialmente en la plaza de Callao, observando el ir y venir de una ciudad que no preguntaba de dónde venías. Madrid,

como él, callaba.

Mientras tanto, Peiper comenzaba a notar que el cerco se estrechaba. Muchos, no solo Otto Weilern, creían que se había librado de forma injusta de morir en la horca. La presión mediática y judicial lo empujó a abandonar Alemania en 1971. Se instaló en Francia, en un lugar perdido llamado Traves. Allí vivía con discreción, sin hacer ruido.

En público cultivaba un perfil bajo, y elegía cuidadosamente con quién se relacionaba. En privado, mantenía contacto regular con viejos camaradas de la Waffen-SS. Participaba en la propaganda impulsada por los nazis de la HIAG, y llegó a asistir a una reunión secreta de la Asociación de Condecorados con la Cruz de Caballero (AKCR), celebrada en Ratisbona. Aquel círculo, más cerrado que nunca, no olvidaba a sus ídolos. Peiper seguía siendo uno de ellos.

Otto, que leía los reportajes que hablaban de él desde una cafetería junto a la Gran Vía, pensaba que aquel viejo oficial seguía atrapado en una guerra que nunca había terminado. Y, en efecto, nunca lo hizo. Peiper tenía que librar una última batalla.

Cuando el diario comunista *L'Humanité* publicó un artículo exigiendo la expulsión de Peiper de Francia, Otto supo que esa batalla había comenzado. En el artículo daban su dirección exacta.

Y Otto la apuntó en su libreta. No sabía para qué la quería. Pero lo iba a averiguar.

EPÍLOGO:

¿Cómo huele la justicia?

Otto estaba en su coche, estacionado entre la casa en ruinas de Peiper y la vivienda vacía de Eisenhut. Había llegado hacía horas. La tarde avanzaba lenta, tibia y silenciosa. En algún momento, vencido por el cansancio, se quedó dormido con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla.

Despertó sobresaltado, sin saber cuánto tiempo había pasado. El sol comenzaba a caer, tiñendo el bosque lejano de cobre y gris. Faltaba una hora, tal vez menos, para que anocheciera por completo. Entonces lo vio.

Un hombre avanzaba por el sendero entre los árboles. Llevaba un suéter de lana amplio que le colgaba de los hombros, y pantalones de faena con manchas secas que parecían tierra vieja. El cabello desordenado le caía sobre la frente, y su andar tenía algo de mecánico, como si cada paso respondiera a una coreografía invisible. Había algo ausente en cada uno de sus gestos.

Otto lo observó con atención. Lo reconoció enseguida.

Mi hermano también era un hombre de costumbres, como tú, pensó. Siempre el mismo camino, a la misma hora. También era capaz de convertir el mundo en una línea recta y sin desvíos.

Abrió la puerta del coche, salió y se dirigió hacia él.

—Hola, Julien.

El hombre levantó la vista. Tardó un segundo en responder.

—Hola. Hoy hueles bien.

Otto asintió, sin sonreír.

—Ya. Tenemos que hablar de eso.

Julien sonrió y continuó su marcha, sin prisa.

—No te vayas.

Julien se detuvo apenas un instante. Luego sacudió la cabeza con violencia.

—No, no puedo. Mamá… ella… no llegues tarde a la cena… es de noche… ¡No llegues de noche, Julien!

Giró el cuerpo con torpeza, dispuesto a continuar su marcha, pero Otto le alcanzó y le sujetó del brazo.

—Espera.

—No puedo… debo ir.

Julien le propinó un manotazo seco que casi lo desequilibró. Otto retrocedió un paso. Sin pensarlo, sacó su pistola y apuntó directo a la cabeza de Julien.

—No puedo…

—Sí puedes. Tu madre preferirá que llegues tarde a que no llegues jamás.

—¿Jamás?

—Si uno está muerto, no puede volver a casa.

Las palabras flotaron en el aire. Julien dejó de forcejear. Bajó los brazos con lentitud y alzó la cabeza. En sus ojos, abiertos de par en par, titilaba una chispa de inteligencia. Como si acabara de comprender algo importante. Como si, por fin, ciertas piezas encajaran.

—Hoy hueles bien —dijo.

Otto suspiró con fastidio.

—Deja esa cantinela y camina delante de mí. Vamos a la parte de atrás de la casa de Peiper. Al huerto.

Julien obedeció, cruzando los restos calcinados que alguna vez fueron una vivienda habitada. El crepitar de ramas secas bajo sus botas le daba a la escena un aire fantasmal. Al llegar al borde del huerto, junto al viejo pozo, se detuvo. Observó la tierra removida, el montículo leve pero inconfundible donde Otto había estado cavando días atrás. Lo señaló con el dedo.

—¿Antoine?

Otto soltó una carcajada seca, breve. Aquel hombre, que muchos consideraban poco más que un niño encerrado en un cuerpo adulto, era mucho más que eso.

—Al final va a resultar que eres el más inteligente del pueblo. Sí, ahí está Antoine. Lo enterré hace unos días. Eisenhut casi me pilla… por segundos. Si me hubiera visto, habría otro montículo ahí, con un

segundo cadáver.

Julien giró el rostro, barriendo el terreno con los ojos, y entonces lo vio: un agujero más amplio, recién cavado. La tierra estaba suelta, todavía húmeda. Lo señaló.

—¿Para Julien?

Definitivamente, aquel hombre no tenía un pelo de tonto.

—Puede ser. Espero que no. —Otto inspiró hondo—. Dependerá de cómo vaya esta conversación.

Tragó saliva y añadió:

—Voy a serte sincero… me recuerdas a mi hermano. Yo lo quería más que a nada. Si no fuera por eso, tú ya estarías muerto. Créeme, Otto Weilern no deja cabos sueltos.

Julien lo miraba sin moverse, atento.

—Al principio no vine a matar a Peiper —siguió Otto—. Solo vine a… no sé. A saber si lo merecía. Supongo. No lo tengo claro.

»Me dejé crecer la barba, el pelo también. No me corté las uñas en semanas. Busqué ropa vieja en mercadillos de segunda mano, incluso en cubos de basura. Me untaba el rostro con tierra húmeda, como cuando uno se camufla en una guerra. Dejé de lavarme. Conseguí una tienda de campaña, raída por el sol, y una mochila. La llené de agua, latas, una linterna y algo de papel higiénico. Me instalé en el bosque, al norte del pueblo. Era fácil. Nadie se fija en los vagabundos, y menos aún en los que no piden limosna ni miran a los ojos.

Un relámpago lejano iluminó la escena. Por un momento, parecieron dos fantasmas:

—Lo observaba. Día tras día. Joachim Peiper vivía como si su pasado no existiera. Cortaba leña. Compraba pan. Traducía libros. Un criminal de guerra convertido en un intelectual. ¿Te parece justo? No, no lo era. Y yo pensaba en ello mientras continuaba mi representación. Inmerso en mi papel, no me acercaba a nadie. No quería que alguien pudiera recordarme más tarde. Sobre todo, no quería que Peiper me viera de cerca. Ni su vecino, también antiguo miembro de la división Leibstandarte: Erwin Eisenhut. Al final

resultó que incluso nos conocíamos personalmente. Lo cual demuestra que no estaba tan paranoico. Hice bien en mantener las distancias.

Otto cerró los ojos.

—Solo tú, Julien, te acercaste. Intenté que no lo hicieras. Pero eras… tú. Todo lo nuevo te llama la atención. Me llamabas "hombre sucio" y me decías "hueles mal". Y lo decías riendo. Y tenías razón. Quería que todos huyeran de mí, de mi hedor.

Las aletas de su nariz se dilataron, temblorosas, recordando aquellos días repugnantes, pero otro recuerdo se sobrepuso, un recuerdo terrible:

—La noche de la muerte de Peiper pasaron muchas cosas, demasiadas. Yo estaba allí. Como cada noche. Vigilando. Esperando… qué sé yo. Y entonces llegaron. Los Vengadores. Cinco imbéciles con sus fusiles de caza, pistolas oxidadas y cócteles molotov mal rellenados. Desde el bosque los vi venir. Se movían como elefantes en una cacharrería. Ruidosos, torpes, sin disciplina.

»Avanzaron por la ladera, tropezando, dando voces. Peiper los oyó. Cuando se acercaron, abrió fuego. Tenía el viejo fusil de Eisenhut, y sabía usarlo. Uno de los Vengadores cayó al instante. Otro gritó. Peiper gritaba también, pero no de miedo. Lanzaba consignas contra el comunismo, consignas nazis. Voces del pasado. Voces de su guerra.

«Los idiotas retrocedieron. Lanzaron un solo cóctel molotov. Alcanzó la fachada. Las llamas subieron rápido, pero Peiper reaccionó rápido. Contemplé la escena desde el bosque; estaba demasiado lejos y me acerqué para ver mejor. Salió envuelto en humo, con un cubo de agua. Apagó parte del fuego, dio media vuelta y ahí fue cuando me vio. Se detuvo. Nos topamos de frente. El nazi y el vagabundo.

Otto enmudeció unos segundos.

—Me reconoció al instante. Pese al pelo, la barba, la mugre. "¿Asistente General Weilern?", dijo, con la voz todavía ronca por el humo. "Dios, no le había reconocido… pero… ¿cómo ha llegado a

ese estado? Pase, pase a mi casa".

Bajó la cabeza un momento, como si esa parte le avergonzara.

—Creo que pensó que había caído en la indigencia. Que había venido a Traves a buscar ayuda y que no me había atrevido a pedírsela por orgullo. No sería la primera vez, dijo, que un viejo camarada aparecía así, destruido por los enemigos del Reich, que no paraban de perseguir a hombres buenos, hombres inocentes. Me habló de otros como nosotros, de la lealtad a los viejos camaradas. Me ofreció un café. Se le notaba incluso emocionado. Primero derrotaba a unos tipos que querían asesinarle y luego salvaba a un camarada en apuros. La noche perfecta.

Otto escupió a un lado, como si expulsara un sabor amargo de su boca.

—Y entonces empezó a hablar. Del ataque que acababa de sufrir. De los comunistas. De que no se podía bajar la guardia. De que siempre estaban ahí, escondidos. De que todo lo que él, y los suyos (los nuestros), habían hecho, lo hicieron para erradicar esa plaga. Y no solo a los comunistas, claro. También a los judíos. Lo dijo así, como quien enumera una lista de tareas cumplidas. Dijo que algún día la gente lo vería con claridad. Que la historia le daría la razón.

»En ese momento supe que no había cambiado. Que nunca cambiaría. Que esa gente… esa clase de gente… no se redime. Peiper seguía pensando que el Reich había sido bueno. Que todo, desde la invasión de Polonia hasta los hornos de Auschwitz, había tenido sentido. Que Hitler estaba en lo cierto.

Golpeó su puño derecho contra la palma de la otra mano.

—Algo explotó dentro de mí. No sabría describirlo. Me levanté, saqué mi arma y le disparé cuatro veces. Sé que fueron cuatro por el informe del forense, pero no recuerdo nada después del primer disparo. Lo siguiente que recuerdo es su cuerpo en el suelo, los ojos abiertos, incrédulo, desangrándose. Murió como había vivido.

Un perro ladró en la distancia.

—Salí fuera. Los comunistas se habían dejado atrás tres cócteles molotov y varios cargadores de una escopeta semiautomática.

Recogí dos botellas, las encendí y las lancé contra la fachada. Vi cómo las llamas subían, cómo la casa ardía. Nadie saldría vivo de allí.

«Recogí mis cosas. La tienda, mi campamento… todo. Limpié con cuidado y me volví a Madrid. Pensé que ahí acabaría todo.

«Lo más increíble, la ironía suprema, fue que, al cabo de cuatro semanas, un niño rico, estirado y neonazi, vino a contratarme para investigar el crimen que yo mismo había cometido.

Una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro.

—Me pareció una señal del destino. Una oportunidad de cerrar el círculo. De borrar cualquier huella que pudiera haber dejado. De deshacerme de cualquier cosa que me incriminase… desde dentro de la investigación.

»Hice bien, porque había una huella, una pista… algo que me incriminaba. Una sola cosa. Tú, Julien.

Levantó la vista y lo miró con seriedad.

—El primer día, cuando coincidimos en este mismo lugar, Antoine estaba presente. Él me obligo desde el principio a investigar con cuidado, a interrogar a todos los sospechosos, a fingir que pretendía encontrar al asesino. De no haber estado aquí, toda habría sido más sencillo. Habría fingido que investigaba y habría cobrado de don Álvaro. Punto. Pero Antoine estaba aquí y te oyó decir "hoy hueles bien". Y, aunque conscientemente no le diera importancia, algo hizo clic en su cabeza. Lo almacenó como quien guarda una ficha sin saber todavía a qué juego pertenece.

Otto dio un paso hacia Julien.

—Y cuando surgió la pista del vagabundo… el hombre sucio… la intuición de Antoine le llevó a ti. Porque tú siempre estás por el pueblo, dando vueltas, viendo lo que otros no ven, oyendo cosas que otros no escuchan. Habló contigo. No sé lo que le dijiste. No creo que le revelaras nada definitivo. Pero con Antoine no hacía falta mucho. Sabía montar el puzzle con media docena de piezas sueltas. Era un tipo listo.

Julien abrió la boca lentamente, como si fuera a decir algo, pero

solo se le cayó un hilo de baba.

—No dije nada —explicó, como si cada sílaba le costara esfuerzo —. Antoine no… no me gusta. Me tiró al suelo una vez. Él… no me gusta —repitió.

—Ya. A mí tampoco. Pero, aunque no sacara nada de ti, me di cuenta de que estaba a punto de atar cabos. Estaba a punto de darse cuenta de algo muy simple. Si dices "hoy hueles bien" a una persona, es porque otro día coincidiste con ella y olía mal. "Hoy hueles bien… no como la última vez que nos vimos". Tan simple como eso. El primer día de la investigación le dijiste a Antoine que yo ya había estado aquí. Que yo era el hombre sucio. Pero era una asociación de ideas compleja. Tardó en verlo.

Otto señaló hacia un árbol retorcido.

—Le maté aquí mismo. Lo seguí. Lo vi hablar con Eisenhut y luego despedirse. Echó a caminar entre los restos calcinados de la casa de Peiper, cabizbajo, pensativo. Y entonces levantó la mirada. Vi en su cara que lo había descubierto. Que había dado con esa solución imposible pero evidente: que Otto, la persona que le habían enviado a investigar el crimen, era el asesino. Supe que era el momento; me acerqué sigilosamente y saqué mi cuchillo. Fue su fin.

El sol comenzaba a descender. No tardaría mucho en ponerse del todo.

—Antoine, aunque era mala gente, no merecía morir. Pero los que son como Peiper no merecen vivir. Hay algo que… algo que le he contado a nadie hasta ahora. Tú serás el primero. Varias veces a la semana tengo pesadillas. Casi todas las noches, en realidad. Sueño con las personas que no pude salvar. Con todas las cosas que vi. Con el infierno que me espera tras la muerte por haber permitido que todo aquello pasase.

Otto terminó de caminar en dirección a Julien. Se detuvo a menos de un metro, clavando los ojos en él.

—Lo que quiero saber ahora —dijo— es si me entiendes. Si eres capaz de callar. Si vas a dejar de decir que huelo bien. No quiero que un día señales una foto mía y digas: "Antes no olía bien, cuando era

un vagabundo; ahora huele mejor". ¿Comprendes mi preocupación?

Lo miraba de frente, con los labios apretados. No pensaba matarlo, no lo haría pasara lo que pasase. Pero necesitaba asustarle, por eso había cavado una fosa y por eso lo amenazaba. Quería forzar una chispa de razón, algo, lo justo para sentirse seguro. Quería saber que cuando, en unos meses, otro nazi como Antoine, con ansias de venganza, viniera a husmear, Julien no hablaría más de la cuenta.

—Dime que entiendes lo que te digo o tendré que matarte —mintió—. Y no quiero más fantasmas que me acosen en sueños. No me obligues a hacerlo.

Julien se llevó el dorso de la mano a la boca y se secó un hilo de baba que le colgaba de la comisura. Otto pudo ver cómo se le tensaban los músculos de la cara, como si su mente estuviera recogiendo, una a una, todas las piezas sueltas del lenguaje. Un esfuerzo monumental.

—No hueles tan bien —dijo al fin—. No… no te he visto nunca. No te conozco.

Otto asintió. Era suficiente.

—Voy a correr un gran riesgo dejándote vivir. Pero te juro una cosa, Julien: si tengo que volver, te mataré a ti, a tu perro si lo tienes, a tu madre y a quien haga falta. Yo no soy Peiper… pero puedo serlo. ¿Entiendes? Puedo serlo, y por eso las pesadillas no me abandonan.

Julien, que hasta ese momento había escuchado todo el monólogo con mansedumbre, se quedó paralizado. El miedo, esta vez, fue evidente. Le temblaron los labios y la barbilla.

—Mamá… ¡mamá no! Ella no, por favor —gimió con voz desgarrada.

Otto lo miró, perplejo. No se había esperado esa reacción. Julien, tan pasivo hasta ese momento, acababa de alzar la voz como nunca antes. Su grito había sido visceral, un grito de niño herido.

—A ella es a la que menos me costaría matar —dijo Otto sin pensar, aún bajo el influjo de su propia furia—. Te trata como a un gusano, no te quiere y…

—¡Sí me quiere! —aulló Julien—. ¡Solo es que… soy tonto! ¡Ella no quería un hijo tonto!

Otto se quedó inmóvil. Sintió una punzada de culpa, honda, repentina. Él nunca había conocido a sus progenitores. Era huérfano y se había criado en una escuela especial que inculcaba valores nacionalsocialistas. Nunca sabría lo que era que una madre te abrazara, te reprendiera, te negara, te cuidara o incluso te zarandeara. Esa ignorancia, tan íntima, le hacía incapaz de comprender lo que Julien sentía.

—Perdona —dijo finalmente, abrumado—. No te preocupes. No tocaré a tu mamá. Y estoy seguro de que te quiere. Me equivoqué al decir eso. Estaba enfadado. Mentí.

Julien se tranquilizó poco a poco.

—Mi mamá me quiere —repitió, como si necesitara reafirmarlo.

—Por supuesto que sí —dijo Otto.

Y entonces se acercó. Abrió los brazos y rodeó a Julien con un gesto lento, sin violencia. Al principio, Julien se quedó rígido, como una figura de piedra. Pero poco a poco, temblando, devolvió el abrazo.

—Eres el mejor de este pueblo de hijos de puta. No lo olvides. Olvídate de mí, pero no olvides eso. Y ahora adiós, amigo.

—A… adiós.

Julien se volvió, empezó a caminar. Iba con su paso peculiar, desacompasado, los pies pesados y las manos medio abiertas, como si no supiera muy bien qué hacer con ellas. Pero de pronto se detuvo.

—¿Peiper era… hombre malo? —dijo, como si necesitase saberlo, como si necesitase entender lo que acababa de pasarle.

—Un hombre malísimo.

Julien meditó largamente la siguiente pregunta antes de hacerla:

—¿Y Otto?

Se miraron. Solo un segundo.

—Yo también soy un hombre malísimo —dijo Otto finalmente—. Pero… la diferencia es que sé que lo soy. Y créeme, Julien, esa

distinción lo cambia todo. Si Peiper se hubiese sentido culpable, aunque fuese solo un poco, no estaría muerto.

Julien no dijo nada más. Siguió caminando hacia el pueblo. Su silueta, torpe pero decidida, se recortaba contra el último resplandor del día. El jersey descolgado, las mangas caídas, una zancada irregular. Pero avanzaba, paso a paso, con la determinación de alguien que, sin comprender del todo, había entendido lo esencial.

Cuando desapareció tras una curva del sendero, Otto se sentó en el coche. Cerró la puerta sin prisa, encendió la luz y sacó la cartera. Dentro, doblada con esmero, había una carta vieja, manoseada, amarilla por los bordes. Era de Rolf Weilern, su hermano.

La desplegó con los dedos temblorosos. La había leído cien, mil veces. Era la letra de alguien joven, ingenuo, que escribía con esfuerzo. Otto le había insistido mucho en que aprendiera a escribir bien, que no pareciera un bruto, que podía ser un nazi culto, instruido.

Lo había presionado. Lo había moldeado. Como otros lo moldearon a él.

Y ahora, tantos años después, Otto se arrepentía.

Se arrepentía de no haberle preguntado si tenía miedo.

De no haberle dicho que lo quería, que no le importaban sus limitaciones.

Otto leyó por fin las viejas palabras que escribiera Rolf, trazadas con una inocencia y verdad que ni el tiempo había conseguido borrar:

"Te quiero, Otto. He leído mucho y aprendido cosas. Pero ahora que comienzo a darme cuenta de que no soy tan tonto, sería una pena dejar este mundo sin poder enseñarte que, tal vez, Otto, tú tampoco eres tan listo: has dejado que los nazis te convirtiesen en otra anónima res que va camino del matadero del nacionalsocialismo. Y avanzas convencido de estar sirviendo a una patria para la que solo eres eso, una res, y no un ciudadano.

Te amo, hermano, y tenemos mucho de lo que hablar y mucho que vencer juntos. Que esta guerra (o cualquier otra) no nos lo impida."

Otto releyó la frase final una, dos, tres veces. Aquel párrafo, aquella carta entera, había sido el principio del fin. Su hermano la escribió un día antes de morir. Fue esa carta, más que los horrores que él mismo presenció, la que quebró su coraza. Fue esa voz familiar, tan cargada de amor como de lucidez, la que abrió la grieta por la que se colaron las dudas hacia el nacionalsocialismo que todos en su entorno adoraban.

Aquella carta le cambió la vida. Le devolvió el juicio. Lo arrancó del rebaño, lo convirtió en alguien que por fin se hacía preguntas.

Le debía todo a su hermano. Todo.

Otto la dobló con una lentitud reverente, como si fuera un documento sagrado. La deslizó de nuevo en la cartera, cerró la solapa con gesto automático y entonces, solo entonces… se echó a llorar.

FIN

COMIENZA UNA NUEVA SAGA

NO TE PIERDAS...
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA
en el PACÍFICO



UNA FICCIÓN HISTÓRICA QUE NOS REVELA
NO SOLO LAS BATALLAS DEL FRENTE DEL PACÍFICO,
SINO LAS VIVENCIAS ÍNTIMAS Y LOS CONFLICTOS INTERNOS
DE LOS MILITARES Y EL PUEBLO DEL JAPÓN,
DÓNDE EL HONOR Y EL DEBER SE ENFRENTAN
A LAS PASIONES PERSONALES.

Acompaña a Otto Weilern, enlace con el Reich de Hitler, y al general Tomoyuki Yamashita, a las entrañas de Ejército Imperial

Japonés, en el umbral de un conflicto que reconfigurará el destino de naciones enteras y de todo el orden mundial.

Conoce de primera mano a personajes como Hiro Hito, Tojo, Yamamoto, Nagumo, Togo, Roosevelt y MacArthur, entre muchos otros.

Una historia trepidante narrada de forma espléndida y con pulso firme, que nos desvela los misterios de un horror que no puede repetirse y que causó cerca de 70 millones de muertos.

NOTA:

(No la leas hasta finalizar el libro porque se desvelan detalles de la trama)

Toda novela policial-histórica, por rigurosa que pretenda ser, exige ciertas licencias. Esta obra no es la excepción. Aunque procuré respetar el curso de los hechos conocidos y ceñirme a las fuentes más solventes, algunas modificaciones, omisiones y reordenamientos fueron necesarios para dar forma narrativa a esta historia.

Aquí menciono algunas de las más relevantes.

En primer lugar, cambié el apellido Ketelhut por Eisenhut. Fue una decisión deliberada, tomada no para ocultar, sino para crear una mínima distancia entre los hechos reales y la ficción que aquí los reinterpreta.

Asimismo, modifiqué el momento en que Eisenhut abandona la localidad de Traves para instalarse en Cussey-sur-l'Ognon. En la novela se sugiere que ese cambio ocurre poco después de la muerte de Peiper, pero en realidad se produjo años más tarde.

Un matiz adicional: cuando Eisenhut afirma que ofreció a Peiper pasar la noche en un molino cercano, se refiere en realidad a su propia casa, que era un antiguo molino restaurado como vivienda. Sin embargo, al leer sus declaraciones en la prensa, me sedujo la ambigüedad (dos lugares, dos posibles refugios) y decidí conservar esa ambivalencia en la versión novelada.

Respecto a la vida editorial de Peiper tras la guerra, trabajó en efecto en la *Stuttgarter Motorbuch Verlag* y firmaba sus traducciones con el seudónimo Rainer Buschmann. Pero, dado que existe un profesor y traductor contemporáneo con ese mismo nombre (o casi idéntico), y que dicho autor ha publicado libros en esa misma editorial y en otras, preferí no correr el riesgo de asociar su obra con la figura de Peiper.

En la novela, por tanto, el libro citado como traducido por Peiper es completamente inventado. Si bien encontré al menos dos títulos (uno anterior a su muerte y otro publicado póstumamente) que fueron traducidos por Peiper, opté por la cautela.

En la época en que fue asesinado, Peiper trabajaba en la traducción

de una obra del Dr. Charles Duffy. De nuevo (y por simple prudencia), decidí convertirlo en Charles Cuffy. El verdadero Dr. Duffy fue historiador militar del Departamento de Estudios de Guerra y Asuntos Internacionales en Sandhurst, pero en la novela lo trasladé a la Universidad de Defensa de Cranfield.

Del tiroteo contra la casa de Peiper no he alterado gran cosa: fue real, participaron varios atacantes con armas largas, cortas y cócteles molotov, tal y como se describe. La única diferencia es que Peiper no recibió ningún disparo; murió asfixiado y/o calcinado en el interior de su vivienda.

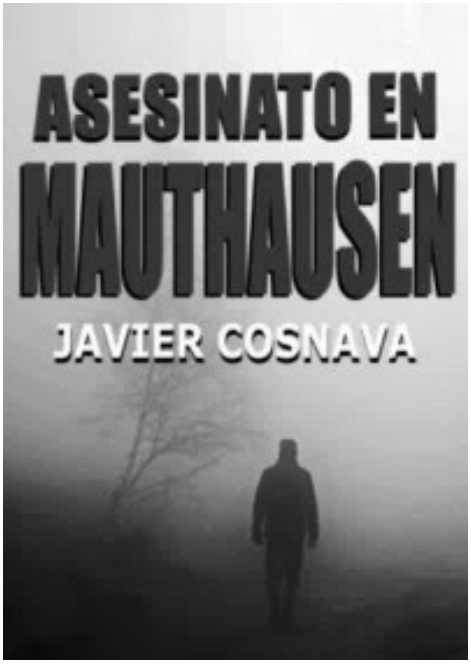
Finalmente, la licencia más significativa que he adoptado tiene que ver con Otto Weilern. En otras novelas anteriores (la saga de *La Segunda Guerra Mundial, la novela*) aparece cumpliendo condena en Landsberg, exactamente el mismo penal donde estuvo recluido Peiper. Por lo tanto, habría sido lógico desarrollar aquí un largo epílogo sobre esa convivencia carcelaria: los años, las conversaciones, la distancia entre ambos. Pero esta novela pedía otra cosa. Por eso decidí contradecirme a propósito y no explicitar en qué prisión estuvo Peiper. Imaginemos, si se quiere, cualquier otra.

Es todo. Una vez más, gracias por seguirme y por leer mis novelas.

Javier Cosnava

(Julio de 2025)

OTRAS NOVELAS CON EL MISMO PROTAGONISTA



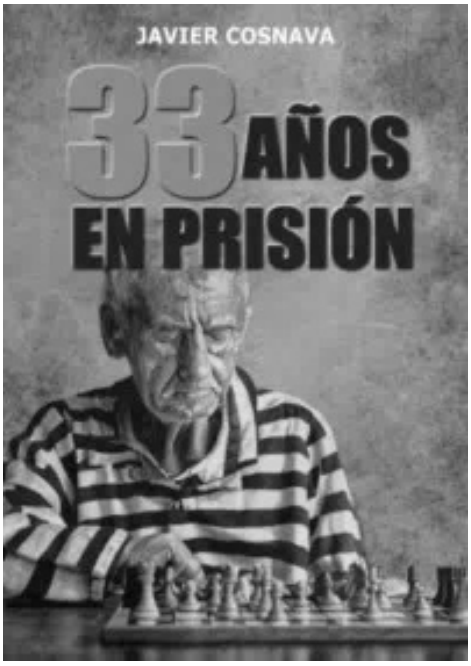
ASESINATO EN MAUTHAUSEN

Una novela que no olvidarás fácilmente, que te llegará al corazón y te hará reflexionar sobre la condición humana.

Un policial que se desarrolla en el famoso campo de concentración de
Mauthausen y en sus aledaños, durante los años de la eliminación de deficientes mentales (Aktion T4).

¿QUIÉN ESTÁ ASESINANDO A LOS GUARDIAS DEL
CAMPO DE CONCENTRACIÓN?,
esa es la pregunta que deberán resolver los investigadores,

los dos hermanos Weilern. Pero ni en la peor de sus pesadillas podrían imaginar el horror que van a encontrarse.



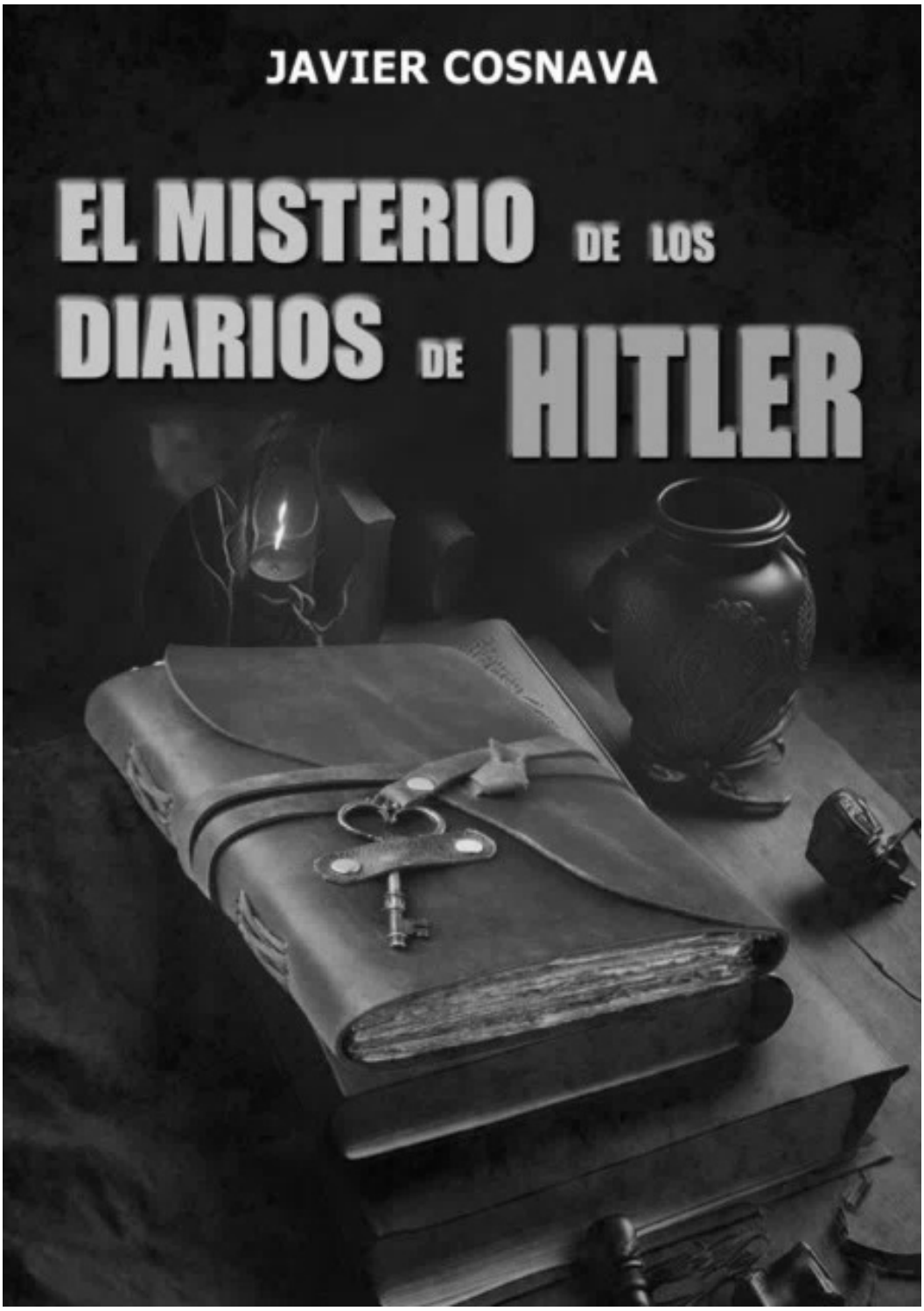
33 AÑOS EN PRISIÓN

Filipinas, 1978.
Campeonato de mundo de ajedrez entre el ruso Anatoli Karpov y el desertor Víktor Korchnoi, un duelo lleno de insultos y enfrentamientos,
una lucha sorda por el poder en el marco de la guerra fría.

Mientras todo esto sucede,
Otto Weilern, antiguo oficial de las SS, recibe un encargo especial de la CIA.
Pero antes de cumplir su misión deberá ayudar a un viejo amigo que acaba
de salir de prisión tras 33 años de cautiverio.

Juntos deberán resolver una serie de asesinatos que acabarán conmocionando

al país y cambiando el rumbo de sus vidas y hasta del campeonato del mundo de ajedrez.

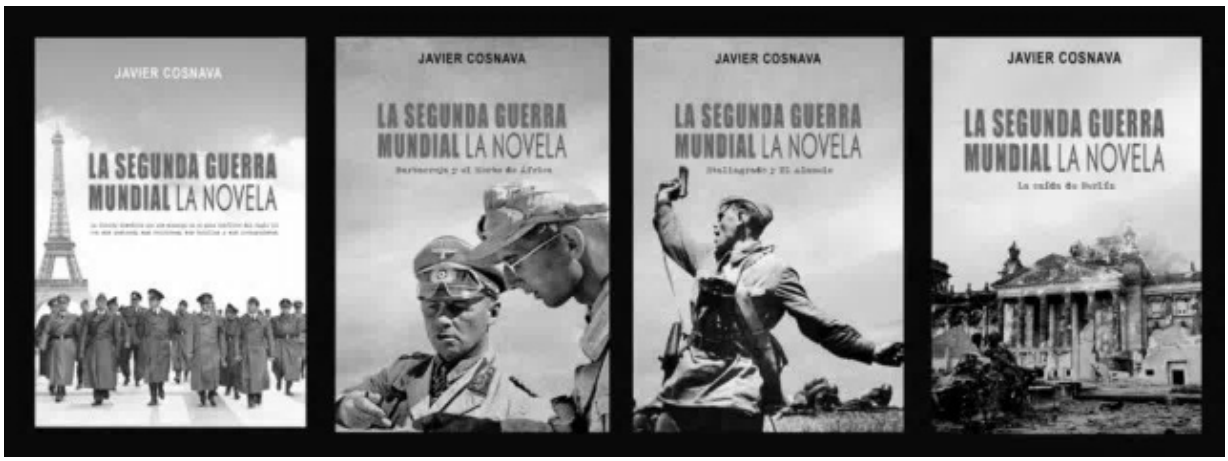

JAVIER COSNAVA
EL MISTERIO DE LOS DIARIOS DE HITLER

EL MISTERIO DE LOS DIARIOS DE HITLER

Alemania, 1980.
Los diarios de Hitler han sido hallados.
Han sobrevivido al accidente de aviación que sufrieron los documentos privados del Führer en 1945 y están a buen recaudo en la Alemania del Este.

Otto Weilern es enviado a negociar el pago que las grandes multinacionales ofrecen a cambio de su publicación.
Pero las cosas no saldrán como se había previsto y las dotes de observación del antiguo oficial de las SS serán puestas a prueba una vez más

2ª GUERRA MUNDIAL SERIE



1- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA (1939-1941)

LA FICCIÓN HISTÓRICA QUE NOS MUESTRA NO SOLO LAS BATALLAS SINO LA VIDA PRIVADA DE HITLER Y DE SUS GENERALES, LOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE SUS ESPOSAS O LAS LUCHAS DE PODER DENTRO DEL PROPIO PARTIDO NAZI.

Asiste junto a Otto Weilern, un joven oficial de las SS, al embrión de una guerra que acabará extendiéndose por los cinco continentes. Una historia trepidante narrada de forma espléndida y con pulso firme, que nos desvela los misterios de un horror que no puede repetirse y que causó cerca de 70 millones de muertos

2- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Barbarroja y el Norte de África

CONTINÚA LA NOVELIZACIÓN DEL CONFLICTO MILITAR MÁS IMPORTANTE DE TODOS LOS TIEMPOS.

Prosigue la ficción histórica que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales, los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

Asiste junto a Otto Weilern, ya retirado de las SS y al servicio del Afrikakorps de Rommel, a una guerra que llega a su momento crucial en Rusia y en Egipto. Una historia trepidante narrada de forma espléndida y con pulso firme, que nos desvela los misterios de un horror que no puede repetirse y que causó cerca de 70 millones de muertos.

3- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Stalingrado y El Alamein

LLEGA EL MOMENTO EXACTO EN QUE LA ALEMANIA DE HITLER PERDIÓ LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.
¿Cómo sucedió?
¿Cuándo exactamente?
¿Fue en Stalingrado?
¿O tal vez no?
Lo sabrás en esta ficción histórica,
que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales,
los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

4- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, La Caída de Berlín

ALEMANIA HA PERDIDO YA LA GUERRA, AUNQUE NADIE SE ATREVE A DECÍRSELO AL FÜHRER.

En esta nueva novela asistiremos al colapso final de los ejércitos del Reich.

Incapaz de hacer ya ofensivas estratégicas, la que dos o tres años antes fuese la máquina de guerra más poderosa del planeta, ahora está al borde de la aniquilación.

¿Pero cómo reaccionó Hitler ante lo inevitable?

¿Cómo era la vida privada de sus generales, de sus esposas y familia, de todo su entorno, en un momento de tanta trascendencia?

Otto Weilern, ahora al servicio personal de Adolf, nos mostrará los entresijos del círculo más cercano a Hitler: las traiciones, las fidelidades rotas, la lucha de poder entre los príncipes del nazismo.

Himmler, Goering, Bormann, Speer, Goebbels, Canaris, Schellenberg,... y muchos otros.

Una novela que revelará el lado más oculto de los nombres clave de la segunda guerra mundial.

Llega por fin la hora de la verdad a una saga con miles y miles de lectores.

Sigue a COSNAVA en:

Facebook : @COSNAVA
Twiter: @COSNAVA
Instagram: @COSNAVA

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS DE COSNAVA, AQUÍ ENCONTRARAS UNA GRAN SELECCIÓN DE ELLOS

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!